RUMBO AL EPISODIO VIII: LOS ÚLTIMOS JEDI

STAR WARS®



LAS LEYENDAS DE LUKE SKYWALKER

KEN LIU



LUKE SKYWALKER… Hacía tiempo que no oía ese nombre —dijo Ulina. Los niños y los droides se quedaron callados de golpe. El parche del ojo de Ulina parpadeaba del ámbar al magenta—. Se cuentan montones de historias sobre **Luke Skywalker**. Puede que algunas incluso sean verdad.

Los grumetes estaban pendientes de cada palabra. Ulina había conocido mucha más galaxia que ninguno de ellos y parecía saberlo todo.

—Cuéntanos más —le suplicó G'Kolu, con sus cuernos inclinados hacia delante por la expectación.

—Muy bien. Resulta que una vez oí una historia sobre Luke Skywalker…

He aquí una compilación de mitos y cuentos sobre el legendario caballero Jedi Luke Skywalker. Está escrito por Ken Liu, autor ganador de numerosos premios de Fantasía (Hugo, Nébula).



Las leyendas de Luke Skywalker

Ken Liu



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *The Legends of Luke Skywalker*

Autor: Ken Liu

Arte de portada: J. G. Jones

Ilustraciones: J. G. Jones

Traducción: Alejandro Romero Álvarez

Publicación del original: octubre 2017

 ubicación temporal indeterminada, tal vez 34 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: (sin revisar)

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

11.03.18

Base LSW v2.22

DECLARACIÓN

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Esther y Miranda.
Que la Fuerza siempre las acompañe.
K. L.

Para Dawn. Gracias por todos tus cuidados, tu amor y tu paciencia. Tú eres mi Fuerza.
J. G. J.



¿LUKE SKYWALKER? CREÍ QUE ERA UN MITO.

—REY



LA *WAYWARD CURRENT*

LA NAVE DE TRANSPORTE de largo alcance *Wayward Current* casi llegaba al fin de su viaje de seis semanas, el cual había empezado en el salvaje y escasamente poblado Mooshie Cluster, hasta llegar al deslumbrante y ostentoso Canto Bight, en el planeta Cantonica. Los marineros que se encontraban en el sollado acababan de terminar su guardia y se les había autorizado comer, socializar y jugar antes de dormir un poco.

Formaron un grupo muy variado, conformado por algunos humanoides y humanos, unos cuantos reptiles y aviarios, e incluso uno que otro droide. Casi ninguno de los marineros había alcanzado aún la madurez por completo, independientemente de los estándares de cada especie. Esto era importante, ya que Tuuma el Hutt, capitán de la *Wayward Current*, insistía en que la mayoría de los integrantes de la tripulación siguieran encantados con las infinitas posibilidades que depara el futuro; de ese modo, estaban dispuestos a aceptar un pago prácticamente nulo a cambio de la oportunidad de ver la galaxia.

Ulina, la tercera oficial de cubierta, vaciaba su taza de acre y té de olo extremadamente caliente, cuando se escuchó, en uno de los pocos pasillos iluminados de la nave, el eco de un gemido, como los últimos residuos de vapor que salen del horno de una granja de humedad. Había aproximadamente una docena de marineros reunidos alrededor de la baja y oxidada mesa, engullendo su comida. Ulina los recorrió con la mirada y fijó su atención en una chica desgarbada de quince años con el pelo corto.

—Parece que la potra terca en el compartimento de la esquina sigue teniendo problemas para conciliar el sueño —dijo Ulina. El parche que tenía sobre su ojo izquierdo brilló y se puso rojo como señal de molestia—. ¿La pusiste a hacer los ejercicios de resistencia en la cámara de doble gravedad hoy? Sabes que los fathiers necesitan mucho ejercicio cuando viajan encerrados en una nave como esta.

—Lo siento —dijo Teal, la chica de quince años—. Tuve que limpiar los combustores de reflujo…

—Sin excusas —la interrumpió Ulina—. Cada uno de esos fathiers vale más que tres años de tu salario. Ve a corregir tu error.

—¿Me darán sólo media ración en la siguiente comida? —preguntó Teal tímidamente.

—Has cometido muchos errores en este viaje. Casi siempre llegas tarde a tus deberes. —Aunque el tono de su voz era severo, el brillo rojo del parche de Ulina cambió a un tono naranja más suave—. Pero… estamos un poco escasos de personal. Si terminas y

vuelves rápidamente, tal vez ni siquiera recuerde que tuviste que cumplir tus tareas fuera de tiempo. Ya estoy vieja, como algunos de ustedes insisten en recordarme.

Los marineros jóvenes sentados alrededor de la mesa se rieron al escuchar este último comentario. Nadie sabía de dónde venía Ulina, pero se decía que era más vieja que todos los marineros juntos. La huraña oficial de cubierta tenía un lado amable que era muy raro encontrar entre los forajidos que surcaban las rutas comerciales más lejanas tratando de ganarse la vida.

—Aunque, si pierdes el tiempo y te topas con el primer oficial en una de sus rondas, tendrás que pasar hambre. Él tiene mucha mejor memoria que yo.

Escarmentada, aunque también aliviada, Teal guardó una pieza de pan y la pasta de nutrientes en su bolsillo y se levantó de la mesa.

—Actúas como si te fuéramos a robar la comida —dijo G'kolu, un chico anlari de doce años, cuyos carnosos cuernos eran apenas del grueso de un dedo humano. Sus cuernos se enroscaron, lo que era un signo de diversión—. De cualquier modo, no vas a disfrutar tu comida en los apestosos compartimentos de los fathiers. Déjala, prometo que seguirá aquí cuando vuelvas.

—No es por eso… —dijo Teal, sin terminar la oración.

—¿A poco piensas compartirla con los fathiers? —preguntó Jane, una chica de Tanto Winn, un lugar en donde todos tienen ojos verdes—. Ese pedacito de pan no alcanza ni para llenar los huecos entre sus dientes. No creo que lo aprecien.

Teal sacudió la cabeza.

—No es asunto suyo. —Se dio la vuelta y salió corriendo.

El eco de sus pasos rebotó contra las mamparas y los muros, lo que provocó más gemidos y relinchos por parte de los demás fathiers, criaturas enormes de increíble velocidad y gracia; claro, cuando no están encerrados en los apretados compartimentos de una nave espacial. Los fathiers dieron fuertes pisadas con sus cuatro patas, las cuales eran tan anchas como el tronco de un árbol y de algunos metros de largo, y el estrépito que hicieron tardó un poco en disminuir.

Los cuernos de G'kolu se retorcieron pensativamente, pero no dijo nada. La primera regla cuando uno se adentra en las profundidades del espacio con una tripulación es respetar la privacidad de los demás. Todos tenían sus secretos.

Ulina volteó a ver al resto de los marineros.

—Será mejor que traten de dormir. Estaremos en el puerto para la guardia matutina y será un largo día de descarga en Canto Bight.

—Creo que nos hace falta otra porción de colas de vegicus —dijo G'kolu—, necesitamos energía para el trabajo; hasta el capitán estaría de acuerdo, ¿cierto? —Nadie en la tripulación era tan bueno para sonsacar comida como G'kolu.

Ulina estaba a punto de objetar, pero Dwoogan, la cocinera de la nave, ya estaba encendiendo la freidora al otro lado de la barra. Dwoogan era una mujer alta y musculosa, cuyo rostro lleno de cicatrices indicaba un pasado misterioso. De algún modo, siempre se las arreglaba para transformar los ingredientes más asquerosos en algo

delicioso, incluso los vegicus, plagas que viven en el agua de caño y huecos de almacenamiento de las naves de largo alcance. Durante los viajes largos, cuando los suministros eran escasos, los cocineros ingeniosos como Dwoogan a veces los utilizaban como suplementos de proteína.

Ulina gruñó de manera evasiva, pero por el brillo verde punzante de su parche, los jóvenes marineros se daban cuenta de que había dado su consentimiento.

Pronto, un seductor aroma a aceite invadió todo el sollado. Los marineros vitorearon fuertemente con alegría, lo que provocó más gemidos provenientes de los compartimentos de los fathiers, en las entrañas de la nave.

—Me pregunto si veremos a alguien famoso en Canto Bight —dijo G’kolu, mientras sus cuernos se levantaban con entusiasmo. Los inmensos hipódromos de fathiers y los atestados casinos que había en la ciudad eran legendarios.

—¿A quién quieres ver? —preguntó Dwoogan. Dejó caer un puñado de colas de vegicus en el aceite hirviente, lo que provocó que a todos se les hiciera agua la boca mientras el grasiento olor invadía sus fosas nasales.

—¡A los jinetes! —dijo Jane, abriendo sus grandes ojos verdes, como si ya estuviera en la tribuna.

—¡A las holoestrellas! —dijo G’kolu.

—A la gente que tiene tanto dinero que usan su ropa una vez y luego la tiran —dijo Tyra, una chica humana de trece años, cuya familia había escarbado basureros por toda la galaxia.

—¡A los héroes de la Nueva República! —dijo Naldy, un chico delgado de piel rayada que nunca había querido decirle a nadie de dónde provenía.

—¿Algún héroe en particular? —preguntó Dwoogan. Su tono era afectuoso y juguetón. Mezcló las colas de vegicus con un cucharón y ni siquiera hizo una mueca de dolor cuando unas gotas de aceite caliente salpicaron sus poderosos brazos.

—Luke Skywalker —respondió Naldy.

—Pero no se le ha visto en años —dijo G’kolu, y sus cuernos giraron a medias en señal de escepticismo.

—Eso no significa que no podría estar en Canto Bight —dijo Naldy a la defensiva—. Solía montar tauntauns, ¿cierto? Apuesto a que sería un jinete magnífico.

—Yo apuesto a que preferiría ser piloto de carreras —dijo G’kolu—. Hay mucho más dinero ahí. Escuché que una vez recorrió el Corredor Kessel en menos de doce pársecs.

—Parece que piensas en otra persona —dijo Tyra. Ella y G’kolu compartían cuarto y siempre discutían como hermanos—. Una vez, Skywalker derribó veinte AT-ATs con su sable de luz.

Los otros marineros jóvenes empezaron a intervenir.

—¡Mi mamá me dijo que fueron doscientos! Y lo hizo montado en un tauntaun.

—Los tauntauns son incluso más difíciles de montar que los fathiers…

—Mi tío dice que estrelló dos destructores estelares con magia…

—No fue magia, fue su habilidad como piloto. Y fueron seis destructores estelares…

—*Twe-BOOP eek eek eek…*

—Ese es un nombre que no he escuchado en mucho tiempo —dijo Ulina. Los chicos y los droides se callaron de inmediato. El parche de Ulina vibró y cambió de ámbar a magenta—. Hay muchas historias sobre Luke Skywalker. Puede que algunas de ellas incluso sean ciertas.

Los marineros escuchaban cada palabra con mucha atención. Ulina había visto mucho más de la galaxia que cualquiera de ellos y parecía que no había nada que no supiera.

—¿Nos cuentas una? —suplicó G'kolu con gran interés y con sus cuernos inclinados hacia adelante.

—Es tarde —respondió Ulina.

Los marineros no cederían tan fácilmente.

—¡Sólo una! ¿Por favor?

—Pero trabajaremos más duro mañana.

—*¿Dwee BOOP tweetweetwee?* —Incluso el viejo droide custodio de la nave, G2-X, se unió al coro de celebración mientras dejaba sobre la mesa un platón con colas de vegicus fritas.

Dwoogan se acercó y se quedó de pie, con los brazos cruzados y una gran sonrisa, junto al grupo reunido alrededor de Ulina. Ella volteó a verla.

—¿Y tú por qué estás tan feliz?

—Cada noche dices que no. Y siempre se las arreglan para sacarte una historia de todos modos.

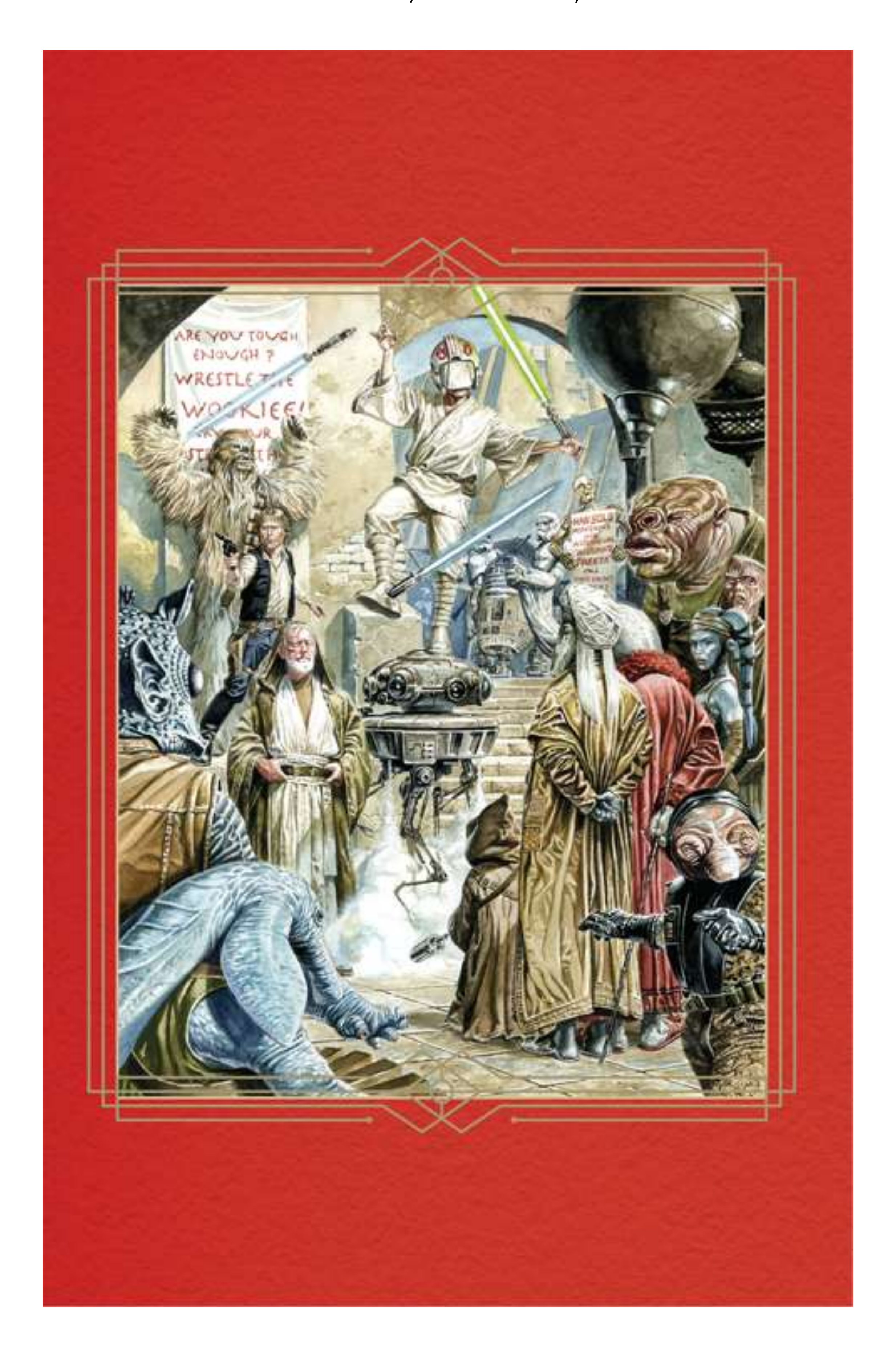
—Ya que te burlas de mi habilidad para mantener la disciplina, esta noche te asignaré a ti la tarea de contar la historia. —Ulina trató de ocultar su sonrisa, pero no le era sencillo.

Los marineros aclamaron de nuevo mientras tomaban con sus sucios dedos colas de vegicus calientes del platón. Una historia de Dwoogan era un premio incluso mejor.

—Está bien. De hecho, resulta que alguna vez escuché una historia sobre Luke Skywalker…

¡DESAPAREZCO UN RATO Y TODOS TIENEN DELIRIOS DE GRANDEZA!

—HAN SOLO


ARE YOU TOUGH
ENOUGH ?
WRESTLE

LA CAZADORA DE MITOS

NO SIEMPRE FUI COCINERA, pero probablemente ya se lo imaginaron por las cicatrices que tengo en la cara. Hubo un tiempo en el que podía recorrer el Corredor Kessel en menos de quince pársecs y pilotear mi propia nave de bloqueo contra la Federación de Comercio… pero esas son historias para otra velada. Cierto día, después de una persecución particularmente desagradable con dos patrullas aduaneras de la flota imperial, me detuve en Xu'hu para descansar y recuperarme un poco, que buena falta me hacía. Aterricé en la orilla del Lago Vette y empecé a caminar hacia Dande Donjon, que tenía la reputación de ser un bar abierto a cualquiera que quisiera participar en juegos de azar, beber un té de especias bien preparado, intercambiar relatos con desconocidos que no husmeaban en tu pasado y, lo más importante de todo, pagar con créditos que no podían ser rastreados.

Había un grupo de personajes con aspecto de tener mala reputación; estaban sentados en círculo en varias bancas alrededor de la barra de té de especias.

—Un trago doble, con pocas especias, y no seas tacaño con las burbujas —gritó una mujer al droide cantinero. Vestía un overol de ingeniero y las líneas en su rostro curtido daban a entender que llevaba muchos años batallando con máquinas obstinadas para forzarlas a obedecer. Después de un segundo, añadió—: Y agrégale toda la leche azul en polvo que puedas.

El droide asintió con un bip y empezó a preparar el dulce y espumoso brebaje. Hasta a mí se me hacía agua la boca.

Aunque nunca había estado en Donjon antes, supe de inmediato que este era el estilo de multitud ideal para mí. Hay tantos tipos distintos de establecimientos para tomar un trago, tantos como especies hay en la galaxia. En algunos lugares, los clientes pueden hasta tener un duelo de blasters sin que nadie se inmute. Yo, por otro lado, buscaba la compañía de gente que prefiere la leche azul a la especia mental.

—Yo quiero lo mismo —dije.

Unas cuantas personas alzaron la mirada para verme y asintieron en reconocimiento. Un togruta que estaba sentado dándome la espalda gruñó y se movió para hacerme espacio en la banca. Envidiaba la habilidad de usar sus montrals en forma de cuerno para percibir mi presencia.

Un minuto después, el droide cantinero trajo mi bebida. Inhalé el fuerte y delicioso aroma y tomé un pequeño sorbo, saboreando la deliciosa sensación de las pequeñas burbujas de aire azucarado que reventaban en mi lengua. Dicha pura.

Hasta ese momento fue cuando empecé a prestar atención a la conversación a mi alrededor. La ingeniera cuya orden de bebida había copiado discutía una teoría.

—Te digo, nadie, absolutamente nadie, lo ha visto comer algo, ni siquiera una sardina seca de Naboo o una galleta de ración. —Sus gestos animados y su voz apasionada mantenían cautiva la atención de la multitud.

—Pero, Redy —dijo mi compañero de asiento togruta—, tal vez sólo come cuando está bajo el agua.

—No —dijo la mujer—. Hay muchos hologramas y fotografías de rebeldes entrenando bajo el agua, y muchos de ellos aparecen devorando su almuerzo. Eso es propaganda elemental, ¿cierto? Si quieres que la gente pelee para ti, tienes que prometerles que al menos podrán comer. Y tampoco se le ve a Ackbar comiendo nada en esas imágenes.

—¿Y eso qué significa? —preguntó un hombre con una capucha que ocultaba su cara entre sombras. Tenía un vaso de leche azul frente a él, una elección tradicional y saludable. Su voz era áspera y grave; la luz parpadeante de las lámparas de luciérnaga flotantes me permitía ver que tenía una barba canosa.

—Pues tienes que armar todas las piezas —dijo Redy, esbozando una sonrisa pícara y triunfante. Se inclinó sobre el círculo de bancas y bajó la voz con tono de complicidad. Todos nos acercamos también, mientras ella contaba sus puntos, uno a uno, con los dedos.

—Piénsenlo: el movimiento de sus labios no concuerda exactamente con sus palabras, nosotros los ingenieros nos damos cuenta de esas cosas; abundan los rumores de que a veces se queda quieto por horas cuando piensa que nadie lo ve; nunca se le ha visto lejos de una fuente de energía por más de un día; y nunca lo han captado en cámara comiendo. —Hizo una pausa y la multitud contuvo la respiración—. La conclusión es inevitable: Él. No. Es. Real.

—¿Qué? —Mi compañero togruta casi escupe su té, una bebida oscura con un fuerte olor a carne especiada que parecía más bien un caldo.

Redy estaba encantada de explicar.

—Mi teoría es que Ackbar es un droide mecánico disfrazado de mon calamari y controlado de manera remota por los peces gordos de la Alianza Rebelde y la Nueva República. Es, literalmente, un títere.

Todos se quedaron callados por el impacto. Había escuchado muchas ideas descabelladas en cantinas alrededor de la galaxia, pero esta era una de las más originales. Después de un momento, decidí preguntar:

—¿Por qué…? ¿Por qué la Nueva República crearía un almirante títere?

—Es cuestión de apariencias. —Redy estaba preparada para responder ante el escepticismo—. Ackbar es guapo, alto y de aspecto impresionante, y la historia que le inventaron sobre sus orígenes podría conmover a cualquiera. ¿A quién no le agrada un soldado cualquiera que lucha por escalar de puesto y se vuelve un estratega brillante? ¿En verdad creen que un soldado acuático cualquiera, que nunca había piloteado un X-Wing,

habría podido idear las increíbles victorias en Endor y Jakku? Sin embargo, vaya que ayudó mucho a levantar la moral cuando dijeron que lo había hecho.

—Entonces, ¿piensas que alguien más ideó esos planes? —le preguntó otra mujer. Me gustaban sus botas. Eran puntiagudas y tenían figuras de monos-lagarto kowakianos. Me pareció un toque divertido.

—Sin duda. Yo imagino que Mon Mothma, Leia Organa, Jan Dodonna y los demás tenían un gran grupo de estrategas y pensadores que trabajaban para ellos en algún escondite sin ventanas. Como la mayoría de los ingenieros, hacen el trabajo difícil, pero no reciben el reconocimiento. Seguro muchos no son fotogénicos, claro, después de pasar años estudiando archivos militares con poca iluminación y sentados frente a una computadora todo el día ejecutando simuladores. Tal vez lucen demasiado intelectuales, muy bajos, muy insignificantes, muy simples… Los políticos necesitaban un símbolo apuesto para congregar a las tropas, así que crearon a Ackbar, el almirante títere. —Sacudió la mano dramáticamente en el aire—. Nunca subestimen el poder de la propaganda.

—Esa es toda una teoría —dijo el hombre con capucha. Notaba cierto aire de diversión en el tono de su voz—. Para ser una ingeniera sin licencia, sí que sabes mucho de política.

Redy se molestó.

—¡Sabes, no siempre he estado huyendo y viviendo de las sobras que me dan los contrabandistas por arreglar sus cubetas de óxido! Fui a la Universidad de Coruscant y alguna vez trabajé en una de las naves estelares más avanzadas que había en los astilleros imperiales. Tuve la oportunidad de conocer y codearme con almirantes reales e incluso les di una visita guiada del astillero a unos cuantos gran moffs. Sé de lo que hablo.

El hombre extendió las manos y agachó ligeramente la cabeza.

—No fue mi intención ofenderte. La galaxia es un lugar enorme y siempre es refrescante escuchar nuevas historias. ¿Por qué no nos ilustras más?

—Es que presto mucha atención a los detalles —dijo Redy, apaciguada y con orgullo—. No me llaman Redy «la Cazadora de Mitos» por nada. He descubierto conspiraciones incluso más elaboradas que pondrían su cabeza a girar.

En vez de seguir hablando, bebió el último sorbo de su té, suspiró con nostalgia y dejó la taza sobre la mesa de modo terminante. Sacó un crédito de uno de los bolsillos de su pecho y volteó a ver el monitor con el ceño fruncido y aire de preocupación.

—Supongo que es hora de buscar más trabajo —dijo entre dientes.

Aunque sabía justo lo que intentaba hacer, no pude evitar caer en su juego.

—Espera —le dije—. No puedes dejarnos así. Te invito otro trago. Cuenta la historia.

—No lo sé —dijo Redy, y lamió sus labios—. Es acerca de una leyenda de la Rebelión: Luke Skywalker. Pero es una historia bastante larga y también tengo hambre…

—Te invito algo de cenar —dijo el hombre con capucha. Al inclinarse hacia adelante en su asiento, la capucha se deslizó un poco y descubrió dos ojos avispados y un rostro

arrugado que, de algún modo, mantenía un toque de travesura juvenil—. Esto tengo que escucharlo.

Viendo que su ardid había tenido éxito, Redy llamó al droide cantinero.

—Un trago triple, con burbujas extra y mucha leche azul en polvo… Ah, y tráeme un plato de buñuelos de sardina de Naboo con salsa de lava. ¡Estos dos pagan!

Se recostó en la silla, con aire de satisfacción, y empezó a contar su historia.



Todo el mundo sabe la versión oficialmente aprobada de Luke Skywalker, el último Caballero Jedi, el guardián de la galaxia, el agente de confianza de la General Leia Organa, el mejor piloto de la Nueva República, el poderoso portador del sable de luz esmeralda, heraldo de la victoria en su X-Wing con cinco rayas rojas… podría seguir y seguir.

Ciertamente, las historias sobre él se han salido tanto de control que resulta imposible separar los mitos de la realidad. Bueno, ahí es donde entro yo.

Ahora, ya que tuve una buena educación y una carrera profesional en el Imperio, sé un poco más que el contrabandista promedio sobre cómo funciona el poder político. Todo gira alrededor del drama, las conspiraciones y las intrigas tras bastidores. No se puede confiar en nada de lo que dicen los hologramas parlantes que salen en las noticias.

La verdad está oculta lejos de la vista de todos, y tienes que estudiar una gran variedad de fuentes y usar tu cerebro para descubrir lo que ellos no quieren que sepas.

Casi todo lo que creen saber sobre Luke Skywalker es una mentira.

Incluso su nombre fue un invento. Él quedó huérfano desde pequeño y en Tatooine se le conocía como Luke Clodplodder. Fue criado por sus tíos, que tenían una granja de humedad, y Luke creció hasta convertirse en un joven flojo con serios delirios sobre sus habilidades como piloto de saltacielos y como mecánico…



—Eso es un poco duro —murmuró el hombre con capucha. Pero Redy lo escuchó.

—Para nada —respondió ella—. Les presentaré mi evidencia. Biggs Darklighter, quien creció junto a Clodplodder en Tatooine, es frecuentemente mencionado como la fuente de las proezas de Luke como piloto de saltacielos en el Cañón del Mendigo. Pero varios instructores de la Academia Imperial me han contado que Biggs era de los peores estudiantes que han tenido en la academia y que sus elogios hacia las habilidades como piloto del joven Clodplodder deberían ser tomados como los absurdos y exagerados relatos de un piloto similarmente incompetente.

—Relatos absurdos, ¿eh? No me digas —dijo el hombre con capucha.

—Pues sí te digo —respondió Redy, dándole un gran trago a su bebida extraespumosa y limpiándose la boca con la mano—. En cuanto a sus habilidades como mecánico, sabemos por varias fuentes que frecuentemente iba a la Estación Tosche en Tatooine para buscar convertidores de energía…

—Esas cosas pueden ser complicadas…

—¡Sólo si el chico era flojo! Cualquier mecánico de verdad podría decirte que los convertidores de energía que se usan en las granjas de humedad están diseñados para ser resistentes y fáciles de reparar en el campo. Comprar convertidores nuevos una vez al año cuando estos se desgastan es perdonable, pero tener que ir varias veces al mes a conseguirlos quiere decir que o era incapaz de repararlos o que simplemente los usaba como pretexto para ir a la ciudad a perder el tiempo con sus amigos igualmente flojos.

El hombre con la capucha rio entre dientes.

—Supongo que conocí a alguien que estaría de acuerdo contigo en eso. Perdona la interrupción. Por favor, continúa.



Puede ser que Clodplodder no tuviera ninguna habilidad que resultara valiosa ante ojos civilizados, pero sí tenía dos cualidades cruciales que podrían ser de gran utilidad para una mente sin escrúpulos: era bien parecido y persuasivo al hablar.

Después de que sus tíos desaparecieron misteriosamente, se marchó de Tatooine. (Yo apuesto a que ellos, como muchos granjeros pobres, apenas sobrevivían evadiendo impuestos imperiales. Finalmente, no pudieron seguir soportando a los asesores fiscales que los perseguían, así que empacaron y se marcharon del pueblo. Y seguro decidieron dejar al flojo de Luke, porque sus parientes pensaban que era una carga).

En los registros oficiales no queda muy claro cómo se marchó, pero después de haber hablado con muchos comerciantes, fugitivos, extroopers imperiales y otros que no fueron comprados o intimidados por los propagandistas de la Nueva República, esto es lo que he podido determinar: Clodplodder se unió a una pandilla de criminales.

El líder de la banda era Benny el Sabio O'Kenoby, un viejo estafador y el cerebro de la banda. Otros miembros incluían a Hansel Manos Relámpago Shooter, un experimentado contrabandista corelliano y mentiroso compulsivo que jamás cumplía un trato, y Chewie Greñudo Baccarat, un wookiee adicto a las apuestas que era el músculo y el medio de intimidación del grupo.

¿Que cómo encajaba Luke Cara Bonita Clodplodder? Él era el que se encargaba de cautivar a las víctimas de la pandilla y los hacía caer en sus múltiples trampas.

Sé que a la Nueva República no le gusta mencionarlo, pero a pesar de todas sus fallas (y vaya que fueron muchas), al menos el Imperio trataba de mantener bajo control a estos criminales insignificantes que se aprovechaban de la gente inocente. Después de

que empezó la Rebelión, hubo caos por todas partes; la pandilla de O'Kenoby, que recorría la galaxia en un traqueteado pedazo de chatarra pegado con goma y cables conocido como el Pavo Centenario, se aprovechó de la situación al máximo.

Volaban de un planeta a otro, sacando ventaja de todas las oportunidades que encontraban. Hacían trampa en las carreras de pods; falsificaban probabilidades en el hipódromo de fathiers; cometían fraudes en juegos de azar, de modo que, cada vez que la casa iba perdiendo, Chewie golpeaba su pecho fuertemente y le gruñía al desafortunado jugador. También aceptaban pagos por trabajos de contrabando y nunca entregaban la mercancía; en lugar de ello, se la vendían al mejor postor. No existía una sola forma deshonesta de ganarse la vida que ellos no hubieran probado, al menos una vez.

Fue Benny O'Kenoby, el astuto líder, quien ideó la artimaña que duró más tiempo que todas las demás: le aseguraron a todo el mundo que Clodplodder había aprendido los secretos de los jedi, el antiguo y misterioso culto, y que tenía poderes sobrenaturales. Volaron a algún planeta lejano y se instalaron en aldeas remotas, en donde a los habitantes les hacía falta entretenimiento de calidad. Y una vez ahí, se dedicaron a dar espectáculos que demostraban las supuestas habilidades de Clodplodder.

O'Kenoby y Shooter iban de casa en casa contando historias sobre Luke, para suscitar el interés de la gente. El wookiee se paseaba por el escenario improvisado con cartelones y anuncios pintados, llamando la atención con su cuerpo, sus gruñidos y gemidos. Luke se sentaba en el escenario y les sonreía a las chicas, para persuadirlas de que asistieran a ver todo aquel circo.

Su espectáculo constaba de varias partes. Una de ellas eran los «trucos mentales de jedi», un simple truco de hipnosis que no era más impresionante que el acto de cualquier artista callejero de Coruscant. También ponían a Luke a hacer malabares con sopletes encendidos, los cuales pintaban y decoraban para que parecieran sables de luz. Luego, hacían que Luke luchara contra el wookiee, una pelea falsa desde luego, y el wookiee se ponía a saltar y a estrellarse contra varias cosas, fingiendo que Luke lo había lanzado usando «la Fuerza».

Ya que Luke había crecido en el campo, al igual que las víctimas que estafaban, sabía exactamente cómo sacarle a los aburridos y poco sofisticados campesinos sus créditos.

Pero su acto más famoso era aquel en el que le vendaban los ojos y le daban un soplete para soldar. Luego, hacían que droides voladores le dispararan con sus blasters; Luke, usando los poderes sobrenaturales de «la Fuerza», desviaba todos los disparos sin ver. El público enloquecía con este acto.



—Disculpa que te interrumpa otra vez —dijo el hombre con capucha—, pero, ¿cómo lograban ese último acto?

—Me alegra que preguntes —dijo Redy. Remojó un buñuelo de sardina de Naboo en la salsa de lava, se lo metió a la boca y ofreció generosamente el plato a los demás mientras masticaba. La mujer con las botas de mono-lagarto tomó uno, lo lamió tentativamente y se puso pálida. Yo los rechacé. El togruta tomó dos.

Redy tragó y siguió hablando.

—Lo único que tenían que hacer era programar a los droides para que le dispararan al objeto más brillante en movimiento. Era sencillo hackear esas cosas porque eran droides que vendían para civiles y no tenían ninguno de los protocolos de seguridad que uno suele encontrar en equipamiento militar. Entonces, cuando Luke posaba y agitaba el soldador por todos lados, los droides le disparaban al arco eléctrico de su «sable de luz». Así que él sólo *aparentaba* anticipar a dónde irían los disparos. Cualquier niño de doce años que prestara atención en la escuela habría podido hacer lo mismo.

—Ya veo —dijo el hombre de la capucha y asintió—. Por favor, continúa. Estoy fascinado.



Después del espectáculo principal, la pandilla invitaba a todos los presentes a formarse para que Clodplodder pudiera usar el poder de «la Fuerza» para curar a los enfermos, adivinar el futuro, preparar pociones de amor y cosas por el estilo, todo por un precio muy «razonable». Chewie gruñía y le lanzaba una mirada amenazante a todo aquel que se atreviera a expresar el más mínimo escepticismo o que no se formara de inmediato. Era algo entre una estafa y un robo.

Finalmente, las autoridades recibieron suficientes quejas de las víctimas como para darse cuenta de lo que hacían. Aunque la pandilla de O'Kenoby operaba principalmente en lugares remotos, la Alianza Rebelde quería poner el ejemplo con ellos y demostrar que sí podía mantener el orden y mantener a la gente a salvo de criminales, tal como lo hacía el Imperio. Benny y su pandilla fueron arrestados y llevados a una base rebelde en Yavin 4. Se planeó un gran juicio, que no era más que otro espectáculo, y la Princesa Leia Organa, uno de los peces gordos de la Alianza, solicitó personalmente estar a cargo del juicio.

Entonces fue cuando la pandilla logró su mayor estafa. Lo que estoy a punto de decirles es tan secreto que ni siquiera todos los líderes principales de la Nueva República están al tanto de los detalles.

En resumen, para evitar una larga sentencia en la cárcel, Benny O'Kenoby ofreció poner las habilidades de su pandilla al servicio de la Alianza Rebelde.

—Escuchen —dijo él—, sé que a la Rebelión no le está yendo muy bien que digamos. La gente está perdiendo la fe en ustedes y el Imperio ha golpeado sus bases con todo.

—¿Y a qué viene todo esto? —preguntó la princesa con sospecha y cautela.

—Lo que necesitan es un buen espectáculo para restaurar la fe de la gente en su causa, y nadie sabe más sobre cómo dar espectáculos que este grupo —dijo Shooter.

—Ya tenemos un muy buen espectáculo planeado —dijo Leia—. Vamos a juzgarlos en una audiencia pública, a sacar sus crímenes a la luz y luego haremos que trabajen muy duro para pagar a sus víctimas…

—No, no, no —la interrumpió Clodplodder (acompañado de un gruñido de Chewie para dar mayor énfasis)—. Ese no sería el mejor uso para sus valiosos y limitados recursos. ¿Por qué juzgarnos como unos estafadores cualquiera cuando podemos hacer mucho más por ustedes?



—Eh, ¿cómo estás tan seguro de lo que dijeron en ese momento? —preguntó el hombre con capucha—. ¿Tú estuviste ahí?

—Claro que no —respondió de inmediato Redy—. Es obvio que me estoy tomando un poco de licencia poética para mejorar la historia.

—Ah —dijo el encapuchado—, licencia poética. Claro.

—He tenido que armar la historia de lo que ocurrió basándome en rumores y pistas que he reunido a lo largo de muchos años y muchos sistemas; una reconstrucción así requiere que uno llene un poco los huecos con algo de especulación. —El tono de Redy sonaba un poco a la defensiva—. Pero estoy *bastante segura* de que sé lo que ocurrió. Hace falta una mente bien entrenada para hacer las conjeturas lógicas necesarias y unir los puntos con las pistas más insignificantes, ¿me explico?

El hombre hizo un gesto, indicándole que continuara.



Habían despertado la curiosidad de la princesa, así que decidió escuchar lo que la pandilla tenía que decir, pero el plan que se le había ocurrido a O’Kenoby y su banda era tan absurdo, que Leia envió inmediatamente a todos de vuelta a sus celdas.

No obstante, tampoco siguió adelante con el plan original de juzgarlos a todos en público.

Ya que la situación de la Alianza Rebelde empeoraba día con día, la princesa acudía a hablar con la pandilla de vez en cuando. Entre más analizaba su plan, menos absurdo le parecía.

Para convencerla de una vez por todas, tanto Shooter como Clodplodder usaron sus considerables encantos en la princesa. Shooter incluso logró que ella se enamorara de él. Aún no me explico cómo lo consiguió.

Además, como ya habrán podido deducir a estas alturas, Shooter (o el General Solo, como lo conocemos) básicamente le debe toda su supuesta carrera a la Princesa Leia. Nunca sirvió ni como líder ni como combatiente. Todas esas historias sobre sus proezas no son más que inventos ideados por el gobierno de la Nueva República para que el esposo de Leia luciera más impresionante y glamuroso. ¿Un contrabandista con corazón de oro? ¡Por favor! ¿Un haragán que de pronto descubre su valor y habilidades de liderazgo gracias al amor de una princesa? ¿En serio? Ni en los holodramas se ven tramas tan trilladas y ridículas.



—A mí también me cuesta creer lo que dicen las leyendas de Han Solo —intervino mi compañero togruta—. He escuchado rumores de que era un poco canalla y de los que prefieren disparar primero y…

—Exacto —interrumpió Redy—. Pero la versión oficial de la Nueva República se ha encargado de eliminar todo lo que no sea remotamente heroico sobre Han Solo. Esto sólo comprueba que los gobiernos son los mayores estafadores.

Aunque algunos rostros en el círculo de bancas habían mostrado señales de escepticismo ante el resto de la historia de Redy, todos asintieron al escuchar esto, incluyéndome. El Imperio, la Alianza Rebelde, la Nueva República, la Primera Orden… si hay algo que uno aprende cuando trata de ganarse la vida en el espacio es que no se puede confiar en el gobierno. En ninguno. Nueve de cada diez sólo causan problemas.

—Leia en verdad es una persona extraordinaria —dijo el hombre de la capucha. Su tono era sosegado y melancólico—. En definitiva, es la más inteligente de esa familia.

Redy le lanzó una mirada extraña.

—Hablando de gobiernos y estafas…



El Imperio también tenía su propia estafa en ese momento. Para desmoralizar a los rebeldes, los especialistas en desinformación del Imperio habían pasado años esparciendo rumores de que se estaba construyendo una estación de combate llamada la Estrella de la Muerte: decían que tenía suficiente poder como para destruir un planeta entero.

Lo siento, pero tengo que salirme por la tangente aquí. De nuevo, como ingeniera, déjenme decirles que la Estrella de la Muerte es totalmente inverosímil. Para empezar, he hecho cálculos y no hay manera de que la tecnología existente pudiera generar tanta energía. Imposible. Y no me trago eso de los místicos «cristales kyber». (Ni siquiera voy a profundizar en el hecho de que el supuesto diseño de la estación no tiene sentido, desde

el punto de vista de la ingeniería. No les alcanzaría para invitarme todos los tragos necesarios para explicarles eso).

En segundo lugar, sería imposible construir un arma tan increíble como esa, que además funcionara, sin llevar a cabo ciertas pruebas. No me importa qué clase de ingenieros y científicos trabajen para ti, simplemente no es posible. Aun así, antes del caso de Alderaan, no existían pruebas verificadas de la funcionalidad de la Estrella de la Muerte. Ni una sola prueba. Sé que los locos de las conspiraciones argumentan que el accidente minero en Jedha fue una prueba disfrazada, pero yo he revisado la evidencia; lo único que tienen es un montón de especulaciones, ninguna prueba científica.

El punto es este: la Estrella de la Muerte fue un truco político del Imperio para asegurar la lealtad de sus moffs durante aquella etapa crucial de la guerra, cuando aún existía mucha incertidumbre respecto a quién prevalecería: el Imperio o la Alianza Rebelde. Y a pesar de lo inverosímil de esta idea, sirvió como propaganda por unos cuantos años.

Aun así, uno no puede mantener una mentira por tanto tiempo antes de que la gente empiece a dudar, y para apoyar su mentira, el Imperio orquestó la destrucción de Alderaan.



—¿¡Orquestó!? —exclamé—. Yo tenía amigos ahí. El planeta entero explotó. No me importa lo que te diga tu instinto de ingeniera, ¡eso fue real!

—No dije que lo que le ocurrió a Alderaan no fuera real —dijo Redy—. No soy una defensora del Imperio. La masacre del pueblo de Alderaan, que ni siquiera tenía armas, fue uno de los mayores crímenes cometidos por el Emperador. Pero no lo hicieron con una estación de batalla súper secreta.

—Pero yo vi los hologramas —dijo uno de los oyentes—. El Imperio lo hizo público como una demostración de su poder. —Todos asentimos y nos estremecimos al recordar las imágenes.

—Como dije, hay que enfocarse en los detalles —dijo Redy—. Si examinan el metraje con cuidado, y yo lo he hecho, cuadro por cuadro, se darán cuenta de que algunas tomas sólo muestran una bola brillante de chispas, mientras que otras muestran un anillo en expansión de material sobrecalentado en el espacio. *¡¿Cómo es posible que el mismo evento tuviera dos versiones distintas grabadas?!* Claramente fue falso.

—¿Entonces qué ocurrió en realidad? —preguntó el hombre de capucha con un tono de voz tenso.

—Escuchen, la masacre de Alderaan fue real, al igual que la destrucción del planeta. Mi teoría personal es que lo hicieron con una serie de torpedos de protón cuidadosamente colocados, dirigidos a lo largo de las fallas geológicas de las placas tectónicas del planeta. He hecho simulaciones en una computadora y es completamente posible. Repito: las

matemáticas no mienten. El Imperio decidió que matar a millones ese día no era suficiente. Tenían que crear una mentira aún más grande para causar intimidación política. Eso sí es maldad pura.

Todos asentimos nuevamente. Ya que todos éramos hombres y mujeres que vivíamos fuera de los límites de la ley, no podíamos negar que habíamos tenido nuestras diferencias con la Nueva República, pero todos estábamos de acuerdo en que la crueldad del Imperio no conocía límites.

Después de un momento de silencio para lamentar la pérdida de las víctimas de Alderaan, pregunté:

—¿Y qué pasó después?



La destrucción de Alderaan fue el catalizador que finalmente hizo que la Princesa Leia se decidiera a trabajar con la pandilla de O'Kenoby. Su planeta había sido destruido y su gente masacrada sólo para que el Imperio pudiera poner el ejemplo y extender la duración de su mentira. Era algo intolerable. La Alianza Rebelde tenía que contraatacar.

O'Kenoby, Shooter, Chewie y Clodplodder le habían dicho desde un principio que podían ayudarle a hacer algo con respecto a la Estrella de la Muerte. La conspiración entre Leia y estos estafadores era cínica, audaz, ridícula y exagerada a la vez. En otras palabras, era perfecta.

Primero, los conspiradores encontraron en sus registros históricos el expediente de un general de la Antigua República llamado Obi-Wan Kenobi, quien había desaparecido años atrás durante la Guerra de los Clones. Aseguraron que Benny O'Kenoby era en realidad la misma persona y declararon que Kenobi había salido de su retiro. Luego, dijeron que Kenobi había enfrentado a Lord Darth Vader, la mano derecha del Emperador, en un duelo a la antigua y que había sido asesinado. Esto le dio a la Alianza Rebelde un héroe y un mártir a la vez, alguien que podía enfrentarse cara a cara con el mejor guerrero del Imperio. O'Kenoby se llevó un buen botín de créditos de la Alianza Rebelde y desapareció. Marcador: un punto para los rebeldes.

A continuación, inventaron la historia de que la pandilla de O'Kenoby había hecho un valiente asalto a la mismísima Estrella de la Muerte para rescatar a la Princesa Leia, quien había sido capturada porque se las había ingeniado para robar los planos de la estación de batalla y los había ocultado en un droide astromecánico.

Para que todos sonaran más heroicos, les cambiaron el nombre a los miembros de la pandilla, y así es como terminaron siendo Luke Skywalker, Han Solo *y* Chewbacca. *Incluso su nave, el* Pavo Centenario *fue pintada y rebautizada como el* Halcón Milenario.

¿Se dan cuenta de que la princesa tuvo un papel crucial en su historia? ¡Espía experta! ¡Agente secreta! Es imposible encontrar a un político que rechace la oportunidad de quedarse con el crédito de algo, incluso si se trata de un logro falso. Esto

le dio a la Alianza Rebelde otra victoria, la cual proclamaron para mostrar a todos lo bien que les estaba yendo. Puesto que no existía la Estrella de la Muerte, el Imperio no tenía cómo refutar los rumores. Otro punto para los rebeldes.

Pero el último paso de su plan es el que nos muestra su verdadera genialidad. Luke Clodplodder, ahora conocido como Luke Skywalker, sugirió que destruyeran la Estrella de la Muerte.

A pesar de su infancia perezosa, Luke era un gran estafador y los impostores siempre parecen tener un increíble instinto para detectar a otros impostores. Debe haberse dado cuenta de que el Imperio nunca tuvo una Estrella de la Muerte y que la destrucción de Alderaan por medio de una superarma no había sido más que una cortina de humo para sembrar miedo en los corazones de los rebeldes.

Sin embargo, Luke pensaba usar las mentiras del Imperio en su contra.

Los rebeldes orquestaron toda la Batalla de Yavin.

Vamos, vamos, ya pueden levantar sus mandíbulas del suelo. No fue tan difícil de hacer como se imaginan. La base rebelde que se encontraba en Yavin 4 era diminuta, lo cual significaba que era ideal para controlar información. Casi ninguna ruta comercial hiperespacial pasa por el sistema Yavin, así que sabían que habría pocos observadores neutrales inesperados. Los únicos que estarían en posición de ver la Estrella de la Muerte imaginaria de cerca era una docena, aproximadamente, de pilotos de X-Wing, y la promesa de hacerlos héroes en los medios era suficiente para asegurar su cooperación.

Ya que todo ocurría en el espacio, lo único que los conspiradores tenían que hacer era proyectar unos hologramas desde el centro de comando para que todos en Yavin 4 creyeran que, muy por encima de donde ellos estaban, se llevaba a cabo una batalla de proporciones épicas. Se nota que no tuvieron mucho tiempo de organizarlo todo, porque los hologramas de propaganda sólo muestran imágenes parpadeantes y gráficos muy simples; ellos se lo adjudican al equipo tan primitivo que tenían en la base. Todos los que tenían un papel en la trama decían sus líneas mientras los gráficos cambiaban, y todos los que no estaban enterados de la conspiración pensaban que aquello era real.

Pero, para un ojo experto, la evidencia de que fue falso aparece por todas partes. Yo he estudiado los «esquemas filtrados» de la Estrella de la Muerte y no tienen sentido alguno. Sólo piensen en la vulnerabilidad del tubo de escape térmico que permitió la destrucción de la Estrella de la Muerte: ni siquiera un estudiante de Ingeniería de segundo año en la Academia Imperial habría cometido un error de tal magnitud. Además, incluso si lo hubieran cometido de algún modo, el error nunca habría sobrevivido a las múltiples etapas de evaluación burocrática y simulaciones. Por regulación del Imperio, ¡hasta el diseño de una letrina que fueran a instalar en una nave tenía que pasar por diecisiete rondas de revisión de ingeniería!

Sé que no soy la primera persona que se cuestiona sobre esta supuesta vulnerabilidad tan poco creíble, y he escuchado la teoría de que tal vez fue el resultado de un sabotaje deliberado. Pero si en verdad creen que aquel grupo dispar y

desarrapado de la Alianza Rebelde fue capaz de infiltrarse en los niveles más altos de los disciplinados laboratorios de investigación militar del Imperio, entonces tengo algunas parcelas frente al mar en Tatooine que me gustaría venderles.

A pesar de lo mal planeada que estuvo la destrucción falsa de la Estrella de la Muerte, los rebeldes sí que idearon una historia perfecta para acompañar a su victoria. No importaba que la historia no fuera real. Se sentía real. La gente deseaba que fuera real.

Fue todo un drama a la antigüita, de esos que te tienen al borde de tu asiento, sobre el clásico perdedor con mucho ahínco que supera obstáculos imposibles. El «disparo milagroso» de Luke fue el resultado de la Fuerza jedi que tenía y de sus increíbles habilidades como piloto. Solo y Chewie interpretaron un papel secundario, con un cambio de actitud de último momento. Y desde luego, la victoria sólo fue posible debido al valor y al sabio liderazgo de la Princesa Leia, la mejor espía y estratega militar de toda la galaxia (además, de paso, sentó las bases para su futuro ascenso al rango de general). Fue exactamente el tipo de historia que los desesperados rebeldes necesitaban, y Luke y Leia se las dieron.

Para el gran final, en una habitación oscura filmaron un modelo a escala explotando. Después, bastó con juntar unas cuantas naves espaciales abandonadas y módulos chatarra de la estación en Yavin 4 y ordenar que los X-Wings les dispararan y los hicieran añicos. Así, la Alianza Rebelde pudo generar los escombros necesarios para darle mayor credibilidad a su mentira.

La Batalla de Yavin fue un desastre mediático para el Imperio. Su estación de combate falsa había sido destruida en un combate imaginario. ¿Qué podía hacer el Imperio? ¿Admitir que habían mentido e inventado todo? ¿Sacarse una Estrella de la Muerte verdadera de la manga? Tuvieron que tragarse la derrota y admitir que habían sido timados por un estafador más inteligente que ellos.

(De hecho, sí respondieron y trataron de construir una verdadera Estrella de la Muerte después, aunque esa historia tampoco es como la cuentan. Pero la guardaré para otra ocasión).

La Batalla de Yavin también fue el comienzo de la leyenda de Luke Skywalker, el Caballero Jedi. La Alianza Rebelde lo explotó todo lo que pudo. Se convirtió en un héroe en prácticamente todas las grandes batallas de la Rebelión y no perdían oportunidad de mostrar su apuesto rostro por todas partes. Pronto, la gente comenzó a contar historias sobre el elegido, el héroe de orígenes campesinos… y así, el mito de Skywalker cobró vida propia.

Más y más sistemas empezaron a rebelarse y a unirse a la Alianza después de la batalla falsa. El Imperio decayó considerablemente debido a que se tuvieron que reducir las tasas de los impuestos; esto le afectó al grado de verse obligado a despedir a gran parte del personal de apoyo imperial. Yo fui una de las víctimas de ese recorte burocrático. Y desde entonces, mi misión ha sido descubrir lo que en verdad ocurrió.



Redy bebió el último trago de su té de especias y se comió el último buñuelo de sardina de Naboo, con un brillo de satisfacción en los ojos.

Todos estábamos demasiado impactados para hablar. Eventualmente, yo me atreví.

—¿Acaso has intentado publicar tus descubrimientos?

Redy negó con la cabeza.

—¿Cómo podría hacerlo? Esta conspiración llega hasta los niveles más altos del gobierno de la Nueva República. Hasta Mon Mothma debe estar implicada. Nadie me creería. ¿Y qué caso tendría? La Nueva República ha resultado ser mejor para la gran mayoría y nadie quiere enterarse de que sus héroes no son reales. Lo único que puedo hacer es compartir la verdad con mis otros viajeros espaciales; aquellos que, como yo, prefieren vivir lejos del largo alcance de la ley.

—¿Sabes lo que ocurrió con Luke Skywalker después? —preguntó el hombre con capucha—. Escuché que desapareció.

—Así es —dijo Redy—. Yo supongo que se aburrió de vivir como héroe y decidió volver a sus viejas mañas. He escuchado historias por toda la galaxia de un desconocido que blande un sable de luz y hace milagros para los desvalidos. De seguro es él, engañando pueblerinos ingenuos otra vez.

El hombre de capucha se rio. Una risa profunda que sonaba como una sincera expresión de júbilo.

—Creo que esa es una de las historias más interesantes que he escuchado y eso es mucho decir, tomando en cuenta mi vida. Gracias.

Redy asintió. Se notaba que estaba complacida.

El hombre de capucha dirigió su atención al droide cantinero.

—Disculpa, ¿podrías recargar este bloque de energía portátil al nivel de energía más alto? Tengo prisa de volver con mi droide. —Le entregó un pequeño cubo y un crédito al droide, quien se escabulló detrás de la barra.

—Creo que aún tengo un poquito de hambre —dijo Redy.

Todos los que estábamos en el círculo volteamos a vernos y sonreímos. A veces es divertido caer en el juego de ciertos estafadores.

—Te compraré otro plato de buñuelos —dijo el togruta.

—Pero tienes que contar otra historia —dijo la mujer de las botas decoradas con monos-lagarto.

—¡Oh, tengo muchas historias! —dijo Redy sonriendo. Volteó a ver al droide cantinero—. Dame un trago *cuádruple*, con muchas burbujas extra, y *toda* la leche azul en polvo que tengas… y otro plato de buñuelos de sardina de Naboo… pero subamos un poco la temperatura, dámelos con salsa *magma*. Estos dos pagan ahora. —Volteó a vernos—. Hablando de buñuelos de sardina de Naboo, ¿sabían que el Senador Jar Jar Binks y Lord Vader eran la misma persona? Mientras la audiencia de Redy exclamaba y

silbaba en apreciación, el cantinero rodó de vuelta a la barra para entregarle a Redy su comida y su bebida.

El hombre se levantó y estiró la mano para tomar el cubo de energía que estaba en la estación de carga detrás de la barra.

—¡Aún no! —La cabeza del cantinero droide giró mientras reprendía al hombre—. El cargador de hipercarga tiene que enfriarse.

Ya que una vez toqué un cubo de energía de carga rápida por accidente, sabía que el cantinero no estaba exagerando. Esas cosas pueden quemarte toda la piel de la mano si no se han enfriado. Es por eso que sólo los droides suelen recargarlos.

El hombre envolvió el cubo con los dedos, como si no hubiese escuchado.

—¡Espera! —grité y salté para detenerlo. Pero sabía que ya era demasiado tarde.

Sin embargo, en vez de gritar de dolor, él se limitó a darle las gracias al droide y volteó a verme con una sonrisa, sosteniendo el bloque de energía.

Llevaba un guante negro cualquiera en la mano derecha, pero no me imaginaba cómo era que un material tan delgado podía brindarle suficiente protección.

El hombre asintió al círculo de clientes y se dio la vuelta para salir del Dande Donjon. El resto de los clientes ya estaban totalmente fascinados por la nueva historia de Redy, tanto que casi ni levantaron la mirada. Por otro lado, yo me levanté y lo seguí.

Ya estaba a medio camino del amplio terreno verde que llevaba a la fila de naves estacionadas en la costa.

—¡Espera! —le grité. Él se detuvo, se dio la vuelta y esperó a que lo alcanzara.

Se quitó la capucha y, de algún modo, su cara me pareció vagamente familiar. Me quedé viendo su rostro descuidado y cansado, posiblemente de tanto viajar, y sus ojos centellantes.

—¿Tú, eh, sabes algo sobre los eventos de la historia de Redy?

Se me quedó viendo con serenidad.

—Digamos que sí.

—¿Algo de lo que dijo es verdad?

Él se rio entre dientes y dijo:

—Digamos que algunos de mis amigos no estarían de acuerdo con esa versión en particular.

—¿Entonces por qué no la corregiste?

Su mirada era tan intensa que sentía que podía ver hasta el fondo de mi alma.

—¿Y para qué?

—¡Para defender la reputación de los héroes de la Nueva República! Y a Luke Skywalker.

—Los héroes de la Nueva República no se consideraban héroes. Se consideraban hombres y mujeres ordinarios que hicieron lo necesario para restaurar la libertad y la justicia en la galaxia. Si la hubiera refutado, habría sido ceder ante el miedo, el miedo de que las reputaciones de ellos importaran más que sus obras. Y el miedo hubiera conducido a la ira, ira de que no fueran venerados por todos aquellos que se beneficiaron

de sus sacrificios. Y eso hubiera llevado al odio, odio basado en el hecho de que la verdad por sí sola no fuera suficiente. Y eso habría significado ceder ante el Lado Oscuro.

Reflexioné acerca de sus palabras y mi vida; pensé en todos los momentos en que había cedido ante el miedo, la ira y el odio. No sabía qué decir. Quería preguntarle más.

Pero él alzó la mano en un gesto de bendición y me dijo:

—Ahora volverás a disfrutar de otra historia y un reconfortante té de especias.

El viento en la costa era frío y, en ese momento, nada en el mundo parecía más maravilloso que envolver mis manos alrededor de una taza caliente y escuchar a Redy contar otra increíble historia.

—Volveré a disfrutar de otra historia y un reconfortante té de especias.

El hombre sonrió, se puso la capucha y se alejó.

INTERLUDIO UNO

LAS EXPRESIONES DE INCREDULIDAD según cada especie habían ido creciendo exponencialmente en los rostros de los marineros, mientras observaban a Dwoogan limpiar eficientemente el mostrador de la cocina y contar su historia a la vez. Cuando finalmente terminó, estalló una ola de gritos revoltosos.

—¡Ay, por favor! ¡Eso es ridículo!

—¡Redy no tiene idea de lo que habla!

—*¡TWWWWEEEEE THPFFFFTTTT WEEEEE!*

—¿Quién era el hombre con capucha?

Dwoogan enjuagó el trapo en el lavabo, sin parar de reír entre dientes.

—Ustedes pidieron una historia —dijo ella—. No me culpen si no es exactamente lo que esperaban.

—Pero… pero… —Teal, quien había vuelto justo a tiempo para escuchar la mayor parte del relato de Dwoogan, estaba sin palabras—. ¡Redy piensa que todo lo que la Nueva República ha estado diciendo es una mentira!

—Toda historia es verdadera para quien la cuenta —dijo Dwoogan—. Eso no significa que todas sean igualmente ciertas en el sentido más amplio. La única forma de saber cuál es la verdad en el gran esquema de las cosas es escuchar muchas narraciones.

—Escuchar relatos que no les gusten puede ser algo bueno. Les recuerda que no todo el mundo piensa igual —dijo Ulina—. El Imperio quería que todos pensaran igual, ¿recuerdan? De hecho, Luke y los héroes de la Nueva República pelearon para que la gente como Redy pudiera contar sus historias sin temer por sus vidas. Puede que la multen por ser una ingeniera sin licencia, pero las autoridades nunca la encerrarían por sus relatos. Eso es bueno.

Los marineros ponderaron esto.

Ulina estaba a punto de decirles a todos que volvieran a sus catres, cuando G’kolu dijo en voz alta:

—Me pregunto qué pensaría un soldado imperial acerca de Luke Skywalker.

Tyra se puso incómoda al escuchar esto. Siempre parecía estar particularmente al pendiente de los oficiales de aduanas e inspectores de seguridad de la Nueva República cuando la *Wayward Current* estaba en el muelle y prefería mantenerse fuera de su vista. Aunque era una regla entre los marineros no indagar en el pasado de los demás, algunos sospechaban que su familia estaba conectada de algún modo con el Imperio. Varios marineros se le quedaban viendo a Tyra con curiosidad, pero la chica esquivaba sus miradas.

Dwoogan intervino diplomáticamente.

—Ja, vaya que ellos tienen unas historias divertidas, sólo tienen que emborracharlos antes. No todos son malos. Algunos de ellos peleaban por el Imperio porque nadie les contó otro tipo de historias.

Tyra no dijo nada, pero le esbozó una sonrisa de agradecimiento a Dwoogan, mientras los otros marineros aprovechaban la oportunidad que la cocinera les había proporcionado.

—¡Cuéntanos una historia de un imperial!

—¡Cuéntanos!

—¡Sí!

—Pregúntenle a su tercera oficial. Ella solía ayudar a los imperiales que querían dejar esa vida a encontrar trabajos con bandas de contrabandistas —dijo Dwoogan asintiendo con la cabeza en dirección a Ulina.

Los marineros voltearon a ver a Ulina con más asombro aún y admiración en la mirada.

El parche brillante de Ulina pasó por toda una gama de colores, desde turquesa oscuro hasta bermellón brillante, mientras pensaba en una respuesta.

—Los uniformes pueden ser engañosos, tanto para quienes los usan como para quienes los ven. No es seguro compartir muchas de las historias que conozco. Puede que la Nueva República haya perdonado a aquellos que decidieron quitarse los uniformes imperiales, pero quedan algunos que no se los han quitado.

Los marineros se veían pensativos. Ciertamente todos tenían secretos que no querían que los demás conocieran; por eso era que habían elegido o habían sido arrastrados hasta esta vida alejada de la ley. Tyra mordió su labio inferior y asintió casi imperceptiblemente.

Ulina volteó a ver a Tyra y le preguntó de manera abrupta:

—Tú has estado en Jakku, ¿cierto?

Tomada por sorpresa, Tyra volteó a ver fijamente a Ulina.

—Mis familiares son carroñeros y estuve ahí con ellos por un tiempo —dijo y tragó saliva—. No podíamos… No podíamos conseguir otro trabajo.

—¿Alguna vez viste el cementerio de naves? —le preguntó Ulina.

Los ojos de Tyra se iluminaron.

—Oh, sí. Los restos eran magníficos. Mi abuela solía llevarme al lugar en donde ella… Me llevaba a explorar los cuarteles de los oficiales en algunos de los destructores grandes.

—En ese caso, les contaré una historia sobre Luke Skywalker y el cementerio de naves.

—¡No sabía que él había estado en Jakku!

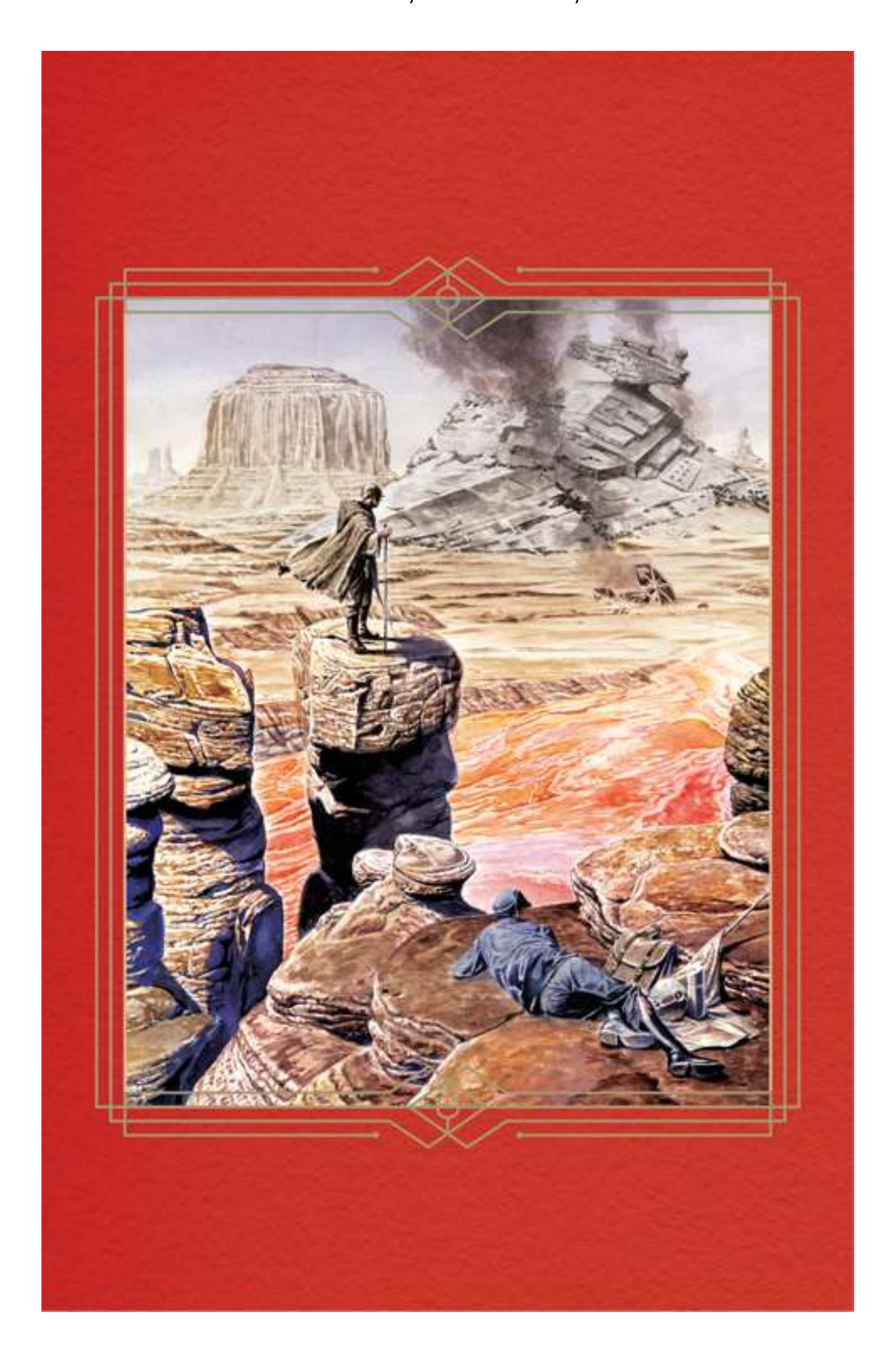
—Bueno, ya verán. La historia que estoy a punto de contarles ha sido transmitida de boca en boca en muchas tripulaciones de contrabandistas. El narrador original fue alguien que peleó para el Emperador.

La voz de Ulina se transformó, e incluso parecía que su cara se había intercambiado con la de otra persona al empezar a contar la historia desde el punto de vista del primer narrador.



RECUERDA SIEMPRE: TU CONCENTRACIÓN DETERMINA TU REALIDAD.

—QUI-GON JINN



EL CEMENTERIO DE NAVES

YO VIVÍ BAJO EL GLORIOSO reinado del Emperador Palpatine. También viví para ver cómo los insignificantes líderes de la Nueva República reñían por encima de las cenizas de la que fue, alguna vez, una gran galaxia. Yo sobreviví, pero mis camaradas murieron.

La Batalla de Jakku se celebra el día de hoy como la derrota final del Imperio Galáctico, pero para mí fue mi primer y último día de servicio como artillero a bordo de uno de los destructores estelares de la flota imperial. Era un hombre joven, de veinte años, dedicado a la causa del Emperador para traer el orden a la galaxia.

La vida de un artillero es una vida de espera eterna, interrumpida por destellos de terror.

Esperar… esperar… esperar… con los dedos tensos sobre la consola, con el corazón latiendo fuertemente, con el sudor escurriendo por la frente… *Ahí*, ¡destellos intermitentes a estribor! ¡Objetivo, rastrear, fuego! Esperar… esperar… esperar… el eco de la voz de la computadora resonando en la gran cubierta de mando, mientras que los bancos de consolas parpadean en la penumbra que hay bajo las estrellas, iluminando las caras aterrorizadas, cada una de ellas tan joven como la mía.

A pesar de mi poca experiencia, hasta yo sabía que la batalla no marchaba bien.

El Imperio había reunido prácticamente a todas las naves capitales en la órbita alrededor de Jakku; los rebeldes, inclinados al caos y a la destrucción, se habían reunido en el mismo rincón del espacio con su flota dispar y desarrapada. Esta sería una batalla para los libros de texto, un enfrentamiento entre la bondad del orden y la maldad de la anarquía.

Fieles a nuestro compromiso por la disciplina, las naves imperiales se acomodaron en filas ordenadas y formaciones cerradas. Por otro lado, los rebeldes, fieles a su despreciable veneración por el caos, no siguieron ningún código, ninguna táctica, ninguna regla de enfrentamiento. Pasaron volando alrededor de nuestras filas, por encima de nuestros puntos ciegos, y se negaron a enfrentarnos cara a cara.

Se escucharon una serie de explosiones contra el puente. Las brillantes luces nos cegaron momentáneamente. Nos habían dado. Nos habían dado con todo.

La cubierta se sacudió, tanto hombres como mujeres se cayeron de sus asientos, las pantallas de visualización y las ventanas se inclinaban y se movían enloquecidamente, mostrando vistazos de estrellas que giraban sin control y del largo y brillante arco del planeta desértico que se encontraba debajo.

«Pérdida de altitud», entonó la computadora. Las bocinas empezaron a resonar. «Los vectores de velocidad son incompatibles con la órbita estable».

Estábamos cayendo hacia el planeta, sin poder escapar de la trampa letal de su campo gravitacional.

Mis compañeros y yo nos movíamos con dificultad mientras la cubierta se estabilizaba y los oficiales vociferaban sus órdenes. Afuera de las ventanas, podíamos ver la enorme proa que tenía un brillo anaranjado debido a la fricción causada por el contacto con las capas superiores de la atmósfera.

La cubierta se tambaleó otra vez; gritamos, tropezamos y nos caímos de espaldas.

Mi cabeza golpeó una consola mientras caía y la sangre empezó a escurrir por mi cara, entorpeciendo mi visión. Entre la mezcla de sangre, sudor y terror, alcancé a ver un holograma que brillaba y giraba sobre la consola.

MÁS BUSCADO: LUKE SKYWALKER, CRIMINAL DE GUERRA JEDI, EXTREMADAMENTE PELIGROSO.

El canal interno que mostraba los hologramas tenía la función de mostrar las características físicas y los crímenes de los rebeldes más peligrosos. En funcionamiento normal, el canal tenía el efecto de elevar nuestro estado de alerta y prevenir la infiltración de los rebeldes. Pero ahora, tirado en el suelo, me resultaba aterrador ver la imagen de este jedi terrorista encapuchado, girando lentamente con las estrellas como fondo, acechándome como un monstruo burlón.

Mi corazón se detuvo por un segundo cuando la cubierta se sacudió otra vez. En medio de los gritos y la lluvia de chispas, y más allá del holograma frente a mí, enfoqué mi mirada en las ventanas principales del puente. Un poderoso rayo de energía pasó volando a través del espacio y le dio al destructor estelar imperial. El ángulo en el que se encontraba el holograma giratorio de Skywalker daba la impresión de que él estaba flotando en el espacio y de que el rayo cegador había salido de la punta de sus dedos.

No me considero un hombre supersticioso, pero admito que mi cuerpo se estremeció ante la horripilante imagen.

Instantáneamente, empezaron a aparecer grietas brillantes en el casco gris oscuro de la nave, y el destructor golpeado parecía estar gimiendo de dolor en medio del silencio del espacio.

Como un antiguo barco surcando las aguas del océano, la nave en forma de daga empezó a descender y a caer hacia la superficie de Jakku. La velocidad de su descenso aumentaba más y más, y la nave gris empezó a tomar un brillo rojizo, luego naranja y, finalmente, blanco brillante mientras se desplomaba hacia la espesa atmósfera y hacia su muerte.

Mi corazón se convulsionó al imaginarme las voces pidiendo clemencia a bordo de la nave condenada.

Como un dios iracundo y caprichoso, el holograma del jedi siguió girando mientras que dos rayos más parecían salir disparados de él. Los rayos cruzaron el tramo de las ventanas del puente y les dieron a otros dos destructores estelares imperiales.

Desintegrándose lentamente, las naves se hundieron en el enturbiado océano de aire que se encontraba debajo de ellas, como un fénix corosiano; los escuadrones de cazas TIE viraban sin sentido en el espacio, tan indefensos como polluelos huérfanos.

Era una señal. Era una pesadilla. Tenía que significar *algo*.

Varios rayos y luces entrecruzaron las ventanas y derribaron más destructores estelares imperiales. Como bestias lazadas, los elegantes y oscuros gigantes metálicos se desplomaban y luchaban contra los rayos tractores. Pero su lucha era en vano. Una a una, las naves perdían velocidad, empezaban a descender y se desplomaban hacia Jakku.

No alcancé a ver ningún crucero estelar rebelde que pudiera haber lanzado los rayos. De hecho, todos los disparos parecían llevar hasta el holograma del jedi, que no paraba de girar. Su máquina de muerte, la X-Wing con rayas rojas, flotaba sobre él como un ave de rapiña entrenada o el espíritu familiar de un hechicero.

Despreocupadamente, casi con pereza, el holograma dio una última vuelta y se detuvo frente a mí.

Yo di un grito ahogado. En vez de rostro, sólo veía un óvalo brillante sin facciones debajo de la resplandeciente capucha. Los circuitos holográficos empezaron a chisporrotear y silbar, y un olor penetrante invadió mis fosas nasales. Aparecieron aparatos de interferencia en la proyección. El holograma extendió las manos hacia mí, como si quisiera agarrar mi garganta.

Antes de que pudiera gritar, el proyector holográfico empezó a fallar y el jedi desapareció en un parpadeo, previo a una luminosa explosión electrónica.

Detrás de donde se encontraba el holograma, vi que las ventanas del puente se llenaban rápidamente de columnas de energía en expansión.

«Colapso de escudos», entonó la computadora. «Brecha inminente en el casco. Prepárense para el impacto. Prepárense. Prepárense…».

Sentí una fuerte sacudida, como si todo el destructor estelar hubiera sido levantado por una mano gigante y estrellado contra el suelo. Mis dientes y mis huesos repiquetearon. Mi visión se enturbió. Mis oídos se llenaron de un zumbido incesante y agudo.

El puente se oscureció: todas las luces, las del techo, las pantallas de visualización, las luces parpadeantes de las consolas, las tiras de iluminación de emergencia en el suelo, todas se apagaron. A nuestro alrededor sólo estaba la oscuridad del espacio; el brillo débil y frío de las estrellas distantes; la luz tenue del aire delgado y caliente de la atmósfera superior en contraste con las ventanas del puente.

Me reventaban los oídos. Luego, escuché el inhumano y ensordecedor rugido metálico y el chillido de una nave muriendo en el espacio.

Los generadores de gravedad empezaron a fallar y experimentamos la sensación de una caída libre mientras nuestros cuerpos se alzaban desde el suelo hasta el techo de la cubierta.

Mis compañeros de tripulación y yo gritamos hasta que nos quedamos sin aire. El ruido ya no se escuchaba como gritos de personas sino como un reemplazo del zumbido inquietante de los motores, que se habían quedado en silencio de repente.

La nave perdió velocidad, se movió a la deriva, se detuvo y, entonces, apareció ante nuestros ojos la escueta y desolada superficie de Jakku que llenaba las ventanas mientras caíamos.

Caímos.

Gateando, empujando y pateando, de algún modo logré llegar hasta una de las cápsulas de escape; entré y me ajusté los cinturones. El único pensamiento que pasaba por mi mente, antes de perder el conocimiento, en medio de los rechinidos y crujidos de los puntales y mamparas forzados al límite, era este:

«No pudimos haber perdido; no debimos haber perdido; esta no fue una batalla justa».



El calor de mil soles. Una sed insoportable. Un dolor como nunca había sentido.

Al abrir los ojos, lo primero que vi fue la mueca de una mujer que portaba la gorra negra que formaba parte del uniforme de la Armada Imperial. No la reconocí. Traté de hablar, pero sólo salió un croar de mi sedienta garganta. Me le quedé viendo a los ojos, esperando que dijera algo.

Observé sus labios agrietados, su mentón ensangrentado, su…

Mi mente quería huir de aquella visión, pero mi cuerpo no respondía.

Aquel rostro le pertenecía a una cabeza que no estaba unida a un cuerpo. Estaba tirada en la reluciente arena del desierto, como un cactus. La arena que estaba debajo de la cabeza tenía un color carmesí oscuro.

A mi alrededor estaban los restos esparcidos de la cápsula de escape y muchos cuerpos torcidos en posiciones imposibles. También había un humo acre, olas de calor provenientes de los escombros que seguían ardiendo, cadáveres y más cadáveres.

Traté de gritar, pero no tenía aliento. Me desmayé otra vez.



No pudimos haber perdido; no debimos haber perdido.

Estaba de vuelta en el espacio, como una conciencia sin cuerpo, observando la batalla desde alguna parte de la órbita alta. La todopoderosa flota imperial deambulaba a la deriva debajo de mí: un ejército de gigantes derrotados por los cruceros estelares menos poderosos y el enjambre de cazas estelares de los rebeldes.

Y el holograma del jedi también estaba ahí.

No, no era un holograma. Era real. Una figura brillante, que parecía estar hecha de magia y hechicería. Flotaba en medio del espacio, con los pies a horcajadas sobre las estrellas, con su capa ondeando con un poder arcano que ningún simple mortal podría comprender.

Saltaba de un crucero estelar rebelde a otro, con su espada flameante en la mano. Un destructor estelar apuntó todos sus cañones a él, y él desvió todos los disparos tranquilamente con elegantes giros. Se lanzó desde un crucero, dobló las piernas y cayó por el vacío del espacio, lanzando rayos de energía desde su espada en toda dirección. Un destructor estelar tras otro se desintegraba bajo este ataque sobrenatural.

Era imposible. Era increíble. Sin embargo, era verdad. El jedi estaba eliminando naves capitales tan sólo con su espada mágica.

De pronto, cansado de este juego, el jedi guardó su espada brillante. Extendió los brazos y estiró las manos hacia la flota imperial; delgados filamentos de energía chispeante salieron de las palmas de sus manos, tal como una red para pescar lanzada hacia el océano que representaba la galaxia. Los filamentos brillantes alcanzaron las naves y las atraparon, y el jedi se rio cual niño jugando a la orilla del mar. Arrastró las naves como si fueran pescados que daban coletazos y las lanzó hacia Jakku. Parecía un dios jugando, excepto que sus juguetes eran estructuras metálicas del tamaño de una ciudad que contenían decenas de miles de vidas.

«Por eso perdimos».

«Había llegado, el jedi vengador que podía derribar naves de los cielos con un sable de luz».



Abrí los ojos y temblé. Estaba acostado y hacía muchísimo frío.

También estaba oscuro.

Sobre mi cabeza, las estrellas brillaban sin piedad, como los ojos de un universo al que no le importan los cientos de miles de vidas que acababan de perderse. La galaxia existía desde mucho antes de que nosotros naciéramos y seguiría ahí mucho después de que partiéramos.

Me di cuenta de que me estaba moviendo, iba a la deriva entre el mar de estrellas.

«¿Estaba muerto? ¿Acaso esta era la vida después de la muerte?».

Bajo la tenue luz de la luna y el brillo de las estrellas, advertí un enorme edificio a mi izquierda. Estaba iluminado por aquí y por allá; había oficinas y habitaciones ocupadas por personas que aún no se dormían.

«¿En qué ciudad estoy? ¿En qué planeta?».

Me percaté de que las luces no tenían el brillo fijo característico de la electricidad, sino que parpadeaban y echaban chispas. Fuego. Algunas partes del edificio estaban en

llamas. Una brisa pasajera trajo hasta mi nariz un olor a plastoide quemado y aislamiento térmico. La forma del edificio me parecía cada vez más familiar…

La edificación eran los restos de un destructor estelar caído, que ahora parecía la espada abandonada de un gigante, encajada en la arena de este campo de batalla desierto.

Levanté la cabeza con dificultad para ver a mi alrededor.

Había tres o cuatro destructores y cruceros estelares a la vista, montañas de acero y desesperación, un cementerio de gloria imperial. Había pedazos rotos de naves más pequeñas y vehículos terrestres que ensuciaban el paisaje. Era una visión de pesadilla sacada de un cuento de hadas; un bosque oscuro en llamas por el que yo me arrastraba como una hormiguita.

No, no me arrastraba. Me iban arrastrando.

Estaba recostado sobre una camilla hecha de delgados puntales terminales atados a pedazos rotos de una nave. Los cojines de una cápsula de escape, que aún olían a plastoide derretido y humo, me proporcionaban un poco de acolchonamiento. Mis piernas estaban entablilladas y el dolor que invadía mi cuerpo cada vez que la camilla se movía erráticamente por la arena del desierto me indicaba que estaban rotas. Unos vendajes muy pesados envueltos alrededor de mis muslos y mi cintura ocultaban heridas que no quería ni ver. Mis brazos estaban atados a los lados de la camilla y había unos retazos de tela que aseguraban mi cintura. Cerca de mis pies había unos cuantos costales; podía ver tablas de circuitos, cabezales de sensores y módulos de computadora rotos que sobresalían por la abertura del costal. También amarrados a la camilla, cerca de mis muslos, había unas cuantas cantimploras y paquetes con provisiones.

Frente a mí, una figura humana envuelta en una túnica ondeante me jalaba con mucho esfuerzo usando unos cables que tenía amarrados a los hombros.

—¿Quién eres? —dije con voz ronca.

Se detuvo y se dio la vuelta. No había suficiente luz para que pudiera ver su rostro. Su cabello tenía un corte diminuto y estilo eficiente, y se notaba que era bastante delgado por debajo de esa ondulada túnica.

—Te encontré —dijo—. Fuiste el único sobreviviente de esa cápsula.

—Recibirás una recompensa si me llevas de vuelta a un puesto fronterizo de la Armada Imperial.

Él se rio entre dientes.

—No siento aprecio por el Imperio.

Un rebelde entonces. Vaya suerte la mía.

—¿Qué quieres conmigo? —le pregunté.

—¿Contigo? —Aparentemente, esta pregunta le resultaba graciosa—. ¿Qué quiere un ser vivo con otro ser vivo en medio del desierto? No hay muchas respuestas, es fácil deducirlo.

Se dio la vuelta y se inclinó para jalar de los cables de arrastre. La camilla se tambaleó y avanzó.

—Déjame ir —susurré roncamente.

No sé si no me escuchó o no le importó. Simplemente siguió avanzando. Un paso tras otro.

Una ola de mareo y náusea recorrió mi cuerpo. Era su prisionero, y no había nada que pudiera hacer.

«Su túnica se ve igual que la vestimenta brillante que portaba ese jedi».

Dejé de resistirme, me recosté y dejé que el sueño me invadiera.



Cuando era niño, mi madre me contaba tenebrosos relatos sobre magos antiguos que usaban sus poderes para traer el fuego de las estrellas a las especies pensantes y de villanos que lanzaban hechizos para transformar planetas enteros, llenos de vida, en cáscaras secas. En esas historias, el simple hecho de escapar de las garras de los poderosos magos te convertía en un héroe.

Tomé un sorbo de la cantimplora. Mis brazos ya no estaban amarrados a los lados de la camilla. Me dolía todo el cuerpo y alguna infección había invadido mi sangre, por lo que me sentía febril y cansado. Necesitaba una clínica o un droide médico. Pero, por lo que podía ver, no había una versión funcional ni de uno ni del otro por ahí.

Pero mis piernas estaban mejor, o por lo menos dormidas. Me sentía capaz de levantarme, de ser necesario, y dar unos cuantos pasos, aunque fuera a tropezones.

—Ahora puedes sostenerte tú solo a la camilla —me había dicho la primera vez que desató mis brazos. Tal vez quería hacerme creer que sólo me había amarrado para que no me cayera. Claro, los villanos nunca te dicen sus verdaderas intenciones.

Al menos mi captor no trataba de negarme las necesidades básicas de todo ser vivo, aunque no tenía idea de cuáles eran sus planes para mí.

—¿De dónde eres? —le pregunté, tan inofensivamente como pude.

—Del mismo lugar que todos nosotros —respondió. Trazó la línea del horizonte con su brazo. No entendía a qué se refería. ¿El cielo? ¿El desierto? ¿Los cascos abandonados de naves espaciales?

—¿A dónde vamos?

—Al mismo lugar al que vamos todos —señaló a la distancia y yo no entendía si se refería a algún reino místico o a un destino en concreto.

Llevábamos días recorriendo aquel valle, entre las sombras de naves muertas. De vez en cuando, el hombre dejaba mi camilla en la sombra de algunos restos mientras iba a investigar las montañas metálicas, que seguían estando llenas de cráteres ardientes y agujeros que humeaban como volcanes activos. Yo observaba mientras él trepaba acantilados escarpados y cruzaba puntales precariamente equilibrados, como una pulga saltando sobre el cuerpo de una cargobestia.

Empecé a apreciar la belleza del desierto. Contrario a mi primera impresión, no era un lugar sin vida. Parches de plantas con flores se asomaban obstinadamente de las dunas

del desierto, así como árboles torcidos y espinosos. Los steelpeckers salvajes saltaban o se deslizaban por las dunas, y sus picos metálicos brillaban bajo el sol mientras se dirigían a las carcasas de los destructores estelares: un festín de carroña para ellos.

O tal vez sólo eran alucinaciones conjuradas por mi cerebro febril. Parecía imposible distinguir la realidad de las pesadillas en este planeta.

Después de una hora o dos, regresaba, a veces con las manos vacías, a veces cargando piezas de maquinaria o dispositivos electrónicos que había logrado rescatar.

—No encontré otros sobrevivientes —decía—. Si acaso había alguno, espero que hayan tenido tanta suerte como tú.

Así que estaba buscando a más prisioneros.

«¿Qué quiere un ser vivo con otro ser vivo en medio del desierto?».

Comérselo, usarlo para algo, explotarlo para sustentar su propia vida… disfrutar con su sufrimiento.

Recordé las palabras de los hologramas de entrenamiento que nos habían mostrado en el destructor estelar. «Los rebeldes crean caos y sufrimiento». Me torturarían incluso si sólo fuera un humilde artillero sin información alguna sobre los grandes planes imperiales de batalla o cualquier otro secreto que quisieran conocer.

Guardó los últimos premios de su excursión en las bolsas que estaban junto a mis pies.

—Pronto vendrán más carroñeros —dijo, mientras revisaba las naves. No sabía si se refería a los steelpeckers o a otras personas como él.

—¿Qué estás buscando? —le pregunté, tratando de orillarlo a una conversación que lo hiciera bajar la guardia.

No respondió. En vez de eso, se quedó viendo las ruinas de un AT-AT que se encontraba unos metros al sur, fuera de nuestro curso. Además de las enormes montañas formadas por naves caídas, el desierto estaba lleno de esquifes, cazas TIE, AT-ATs, bombarderos y todo tipo de vehículo que el Imperio o la Alianza Rebelde habían utilizado en la Batalla de Jakku. La batalla parecía algo tan lejano en el tiempo y el espacio ahora que mi vida se había reducido a languidecer por el próximo sorbo de agua o el siguiente bocado de provisiones, en medio de un mar de arena sin fin.

—Esas cosas tienen sistemas más independientes —murmuró para sí mismo—. Será mejor rescatar… Ah, en la extremidad de esa nave se abrió un agujero más grande. —Volteó a verme—. Te recomiendo que tomes una siesta. Me tardaré un poco más que de costumbre.

Observé cómo avanzaba entre el reluciente aire caliente hacia el AT-AT, hasta que desapareció de mi vista. Esperé un poco.

Esta era mi oportunidad.

Tomé todas las cantimploras y amarré las correas alrededor de mi cuello. Metí todas las barras de provisiones que quedaban en la pretina de mi harapiento uniforme. Después de un instante de duda, tomé una de las barras y la regresé al costal de mi captor, y dejé una de las cantimploras en la camilla.

Me libré de la camilla y empecé a alejarme a gatas. No tenía caso soportar mi peso con las piernas a menos que fuera necesario. Estaba en muy malas condiciones debido a la infección. Me palpitaba la cabeza; mi cuerpo se retorcía por los escalofríos. No estaba seguro de poder ponerme de pie sin desmayarme.

A unos 400 metros de distancia, el casco de un destructor imperial clase interdictor sobresalía del desierto. Si lograba llegar hasta él y entrar, estaba seguro de poder encontrar un lugar para ocultarme en donde mi captor jamás me encontraría. Después de todo, era un artillero entrenado de la Armada Imperial y sabía dónde se encontraban todos los conductos y espacios por donde podía arrastrarme en la nave. Prácticamente crecí en la milicia después de que mis padres murieron en un ataque rebelde. Una nave imperial era lo más cercano a un hogar para mí.

Después de arrastrarme arduamente por el desierto por unos cien metros, me detuve para recuperar el aliento. Normalmente, habría podido recorrer esa distancia en menos de quince segundos corriendo sin cansarme, pero gatear me había tomado diez minutos y había consumido todas mis fuerzas. Me arriesgué a mirar hacia atrás. No había señal alguna de mi captor. Una gran nube oscura se arremolinaba en el horizonte como una pared viviente. Los pájaros steelpecker dejaron de alimentarse y se detuvieron en los puntos más altos del casco, como marineros en la cubierta de una nave cuando llegaba al muelle, listos para la inspección del almirante. Se quedaron viendo la nube oscura en silencio.

Era una vista espeluznante, pero no estaba asustado. Si se aproximaba una tormenta, eso sólo podría ser de ayuda para mí. La lluvia no sólo me proporcionaría agua, el recurso más preciado en un planeta desértico, sino que también borraría mis huellas en la arena mientras yo me arrastraba hacia la libertad.

El sol brillaba con fuerza en la parte posterior de mi cuello y ya me había quemado; mi piel había comenzado a ampollarse en algunas partes. Me enfoqué en la nave interdictor y forcé a mis brazos a seguir arrastrando mi cuerpo hacia adelante, un centímetro a la vez. Tenía que alejarme de ese hombre retorcido que sólo hablaba con acertijos. Los hologramas imperiales me habían explicado claramente lo que les ocurría a los leales soldados del Imperio si caían en manos de los desalmados rebeldes. Especialmente este rebelde, si acaso era quien yo creía. Temblé al pensar en la clase de sondeos y torturas mentales que un jedi sería capaz de hacerme antes de convencerse de que no poseía información de valor.

Sólo unos cuantos metros más.

Volteé atrás de nuevo. Las nubes se veían más grandes, más oscuras y más amenazantes. El último de los steelpeckers que quedaban se introdujo en los escombros como un gusano enterrándose en un cadáver. Evitaban las partes de la nave de donde aún salía humo. No estaba seguro de cuánto tiempo seguirían ardiendo; las naves eran enormes.

Un sentimiento de temor se apoderó de mi garganta. Traté de tragar, pero no pude.

«¡Apresúrate, apresúrate!», me dije a mí mismo. Me deshice de las pesadas cantimploras que iban salpicando agua. Su peso me dificultaba avanzar y la tormenta me traería agua. Las barras de provisiones se habían pulverizado mientras me arrastraba con dificultad y las migajas se habían dispersado entre el viento y la arena.

No fue el mejor plan de escape. Mi entrenador de supervivencia imperial habría estado avergonzado.

Con desesperación, reuní todas las fuerzas que me quedaban y me arrastré los metros que había entre el crucero imperial y yo. Este surgía imponente ante mí, como una de esas magníficas torres en Coruscant; anhelaba el refugio que encontraría adentro.

Ya que mis piernas eran básicamente inservibles, no podía trepar demasiado alto. En vez de eso, logré llegar hasta una de las toberas de propulsión en medio de la nave. Tenía más de cinco metros de profundidad, lo que me daba espacio más que suficiente para ocultarme de la tormenta que se aproximaba. Arrastrándome, entré a la tobera en forma de cono como si estuviese entrando en la oreja de un gigante. Estaba empapado en sudor. Jadeando y con la lengua seca, deseaba haber conservado una de las cantimploras.

Pero al menos me sentía a salvo por primera vez en días. Una sensación de alivio me inundó, mis nervios y músculos tensos se relajaron. El sentimiento de seguridad que me daba esta soledad era tan dulce como un vaso de leche azul y lo único que deseaba era quedarme dormido.

Imaginando la refrescante lluvia que pronto llegaría, sonreí.

El espacio dentro de la tobera se oscureció. Mi corazón saltó hasta mi garganta. La figura del hombre bloqueaba toda la luz.

—Morirás en diez minutos si te quedas aquí —dijo—. Vamos, suficientes tonterías.

Me puso sobre su hombro y salió de la tobera. Luego, me aseguró a su espalda con un arnés y trepó lentamente por el casco hasta que encontró una abertura dentada. Se tambaleó dentro de la nave, con dificultad debido a mi peso. Estábamos dentro de una cabina de servicio, que se usaba para guardar suministros de todo tipo. Me soltó bruscamente en una repisa de almacenamiento.

—¿Vas a comportarte o tengo que amarrarte otra vez? —me preguntó, respirando con dificultad.

Sacudí la cabeza: no más intentos de escape.

Se marchó y regresó poco después con la camilla. Mientras yo estaba recostado, recuperándome, él maniobró la camilla para bloquear el agujero por el que habíamos entrado. Aseguró esta puerta improvisada a la nave con los cables de arrastre. Con la ayuda de una lámpara de emergencia que había rescatado, apiló algunos escombros sobre la camilla para darle más peso, así pudo sellar el espacio entre ella y el casco con pedazos de plastoide derretido y pedazos de tela.

La oscuridad dentro de la cabina era casi absoluta. Sólo entraban unos delgados rayos de luz por los pequeños agujeros que los steelpeckers habían hecho en lo alto de la nave. Penetraban débilmente en la penumbra, como esperanza perdida en medio de un oscuro mar de desesperación.

Afuera, un gemido que parecía salido de otro planeta empezó a crecer continuamente hasta convertirse en un aullido chirriante, seguido del staccato *pit-patpat* de la lluvia que caía sobre el casco de acero. Las diminutas explosiones se entremezclaban, creando un sonido metálico constante y resonante en nuestro oscuro santuario.

Ya no sonaba como lluvia. Sonaba como un regimiento de stormtroopers disparando sus blasters contra la destruida nave.

—Una tormenta de arena —dijo el hombre.

Me imaginé a mí mismo en la tobera afuera, golpeado por la sofocante arena. Imaginé mi piel desollada por miles de granos azotados por el viento. Me imaginé a mí mismo como un esqueleto, recostado en la tobera, la carne de mis huesos devorada por los animales y decolorado por el sol.

—¿Cómo me encontraste? —le dije con voz ronca.

—Llevas más de una semana con esa ropa —dijo él—. Podría olerte a más de medio kilómetro a la redonda. Al menos pude recuperar el agua que te robaste.

«Entonces, no usó magia. Tal vez este planeta le robó la magia justo como le robó la vida a todas las naves que se estrellaron contra él».

—¿Creciste aquí? —pregunté—. ¿Por eso sabías de las tormentas de arena?

—Crecí en un desierto —respondió—. Uno muy parecido a este. Necesitas comer. Y tomar agua.

Bebí con avidez de la cantimplora que sostuvo frente a mi boca. Sacó la última barra de provisiones de su costal, me la dio y dejó el costal vacío en el suelo. Se recostó de espaldas en la otra repisa de la cabina y se durmió.



En las historias oscuras que mi madre me había contado, los héroes necesitaban entender a los villanos para poder derrotarlos. El conocimiento era el primer paso del control, del poder y del orden.

Necesitaba conocer a este hombre que me había hecho su prisionero y que también me había rescatado de una tormenta de arena y me había entregado su última porción de comida. Necesitaba conocer a este hombre que me aterrorizaba, pero que también me intrigaba.

Había visto los carteles de «se busca» y el metraje parpadeante de los hologramas. Recordaba la figura brillante en la cubierta del crucero rebelde, derribando naves imperiales del cielo con sus propias manos. Recordaba la forma en que había escalado las ruinas de la nave con dificultad, conmigo amarrado a su espalda, negándose a dejarme abandonado a merced de una muerte segura. Tal vez sólo quería salvarme porque tenía algún otro propósito siniestro planeado para después… o tal vez no. Pensaba saberlo todo sobre este hombre, pero en realidad, no sabía nada.

Cuando pasó la tormenta de arena, seguimos con nuestro viaje.

Perdí la cuenta de todas las naves por las que pasamos y las piras funerarias de cada una de ellas seguían ardiendo. Ya que nos habíamos quedado sin provisiones, comimos raíces amargas que él desenterraba de las dunas y pequeños ratones de campo que atrapaba con redes tejidas a partir de los delicados cables conductores de iones de las naves imperiales. A veces cocinaba la carne, en ocasiones la arrancábamos de los huesos con nuestros propios dientes. Mi estómago tenía retortijones por esta dieta barbárica.

Empezamos a escalar una colina, y el hombre tuvo que detenerse constantemente para recuperar el aliento.

Me resultaba difícil relacionar la figura de este hombre (mortal, débil y ordinario) con la imagen del poderoso jedi que había contemplado en el puente de mi nave. ¿Acaso lo había imaginado todo? Ante las interminables e inexorables dunas del desierto, todos somos iguales, ya seas un mago o un soldado común y corriente.

Se detuvo de nuevo, pero esta vez, en lugar de descansar, volteó a verme, destapó una cantimplora y colocó la espita frente a mis labios.

Sacudí la cabeza y aparté la cara. Después de hornearse bajo el calor del sol durante tantos días, el agua tenía un sabor amargo y metálico. Al tomarla, sentía ganas de vomitar.

—No has bebido nada desde hace una hora —dijo—. Sé que te sientes muy mal, pero la deshidratación empeorará todo.

En verdad me sentía en el umbral de la muerte. Mi visión era borrosa e inestable. La fiebre era tan intensa que me sentía casi igual que las ruinas en llamas por las que pasábamos. Cerré los ojos para que el mundo dejara de moverse.

No podía respirar.

Mis ojos se abrieron de golpe. El hombre me estaba pellizcando las fosas nasales. ¿Qué clase de tortura era esta?

Entré en pánico y abrí la boca para tomar algo de aire. Él esperó a que tomara aire antes de forzar la espita de la cantimplora entre mis dientes. Mordí, pero era imposible mantenerla fuera de mi boca; la había empujado demasiado adentro.

—Bebe —gruñó él—. O empezaré a verter el agua y no me interesa si te ahogas.

Asentí y él me soltó. Tragué el amargo y repugnante líquido. No dudaba que fuera capaz de cumplir su amenaza. Los rebeldes, en especial un jedi, son capaces de cometer cualquier acto de crueldad.

Después de que bebí, siguió jalándome por la empinada duna.

—Necesito un doctor —dije con la respiración entrecortada. Para un soldado imperial, era indigno suplicar, pero ya estaba más allá de la vergüenza.

—Lo sé.

Me balanceé de atrás hacia adelante mientras él me arrastraba hacia el cielo deslumbrante. Volteé a ver el cementerio de naves, que brillaban en el intenso calor. Tal vez pronto me uniría a ellas, y a todos mis camaradas muertos.

—Hay un lugar rodeado por muros más allá de la duna —dijo él. Debido al estado semicomatoso en el que me encontraba, su voz sonaba lejana e irreal—. Está vigilado por

stormtroopers y he escuchado rumores de que soldados enmascarados con túnicas carmesí patrullan la zona de vez en cuando. Te llevaré allá.

No podía hablar. Entonces ese era su plan: asaltar una fortaleza imperial. ¿Acaso pensaba usarme como rehén? Seguro sabía que eso sería inútil. En la Armada Imperial estamos entrenados para tratar a los rehenes exactamente igual que a sus captores, porque fueron débiles y permitieron que los usaran como escudos. Quería decirle que el arrastrarme con él no le daría ninguna ventaja.

Sin embargo, unos momentos después, mi lenta mente pudo captar la importancia de sus palabras. Si el recinto del que hablaba estaba protegido por stormtroopers y la guardia real del Emperador, seguramente se trataba de una fortaleza importante (y seguramente yo no sabía nada de ella porque era una fortaleza secreta). No sería fácil traspasar las defensas de un lugar así, incluso para un jedi.

Todavía podía redimirme si saboteaba su ataque.

Y si sobrevivía de algún modo, habría doctores, droides médicos, agua fresca y seguridad.

La esperanza, que ya daba por muerta, cobró vida en lo profundo de mi mente.

Con un último tropezón, llegamos al punto más alto de la duna y miramos hacia el otro lado.

El hombre no había mentido. El recinto amurallado yacía en el desierto como una corona negra. Los muros se interrumpían a intervalos regulares por torres de vigilancia. Me esforcé por ver a los imponentes stormtroopers, pero estaban demasiado lejos.

El hombre se sentó en la camilla, junto a mis pies. Desató dos palos largos que terminaban en paletas planas. Sabía lo que eran: aspas de una de las bombas de circulación de aire que había en las naves. Colocó los palos sobre sus rodillas, como si fueran los remos de un bote, y metió las paletas planas en la arena.

—Vamos —dijo y comenzó a empujar con fuerza.

Nos deslizamos por la gran ola de arena en la balsa fabricada con la litera; él maniobraba los remos ágilmente, sabía cómo ganar más velocidad cuando lo creía necesario, y nos apartaba de los esqueletos de animales y matas de vegetación que sobresalían de la arena cada vez que nos acercábamos a estas.

Navegamos cada vez más rápido. Fue el paseo más emocionante y extraño de mi vida.

Me preparé para hacer un esfuerzo desesperado en cuanto aparecieran los primeros guardias imperiales. Lo empujaría de la camilla y empezaría a gritar, pidiendo ayuda para que los stormtroopers supieran que yo era leal y que no estaba indefenso ante este peligroso criminal, que aún podían rescatarme.

Pero al acercarnos a los muros, no apareció ninguna armadura blanca que me diera esperanza. Las puertas del recinto estaban abiertas de par en par. Del interior salieron unos cuantos hombres y mujeres, arrastrando camillas, muy parecidas a la camilla donde estaba yo, cargadas de montones de bienes robados.

El poco orgullo y resistencia que me quedaban me abandonaron; lloré sin esperanza alguna.



Otra habitación quemada. Aparatos electrónicos destruidos, fragmentos de núcleos de memoria, las ruinas humeantes que habían quedado como resultado de cargas explosivas, diseñadas para borrar todo rastro del trabajo que se llevaba a cabo en los laboratorios.

Ocasionalmente, escuchaba voces furiosas de hombres y mujeres en algún lugar del recinto. Carroñeros peleando por restos.

El hombre volvió. Con sólo ver su cara supe todo lo que necesitaba saber.

Luego, levantó los cables y me arrastró por el laberinto de corredores alicatados y laboratorios vacíos otra vez.

No había stormtroopers, guardias imperiales, doctores o droides médicos funcionales. Lo que sea que hubiera sido esta instalación, los ocupantes la habían abandonado al principio de la batalla y habían destruido todo lo que no pudieron cargar.

De vez en cuando, pasábamos junto a más carroñeros que esperaban encontrar objetos de valor en el recinto fantasma. Nos observaban con cautela y algunos mostraban los dientes, agitaban las solapas de su cuello o alzaban sus cuernos de manera intimidante. Pertenecían a una amplia variedad de especies, algunos eran humanoides, aviarios y otros cuantos acuáticos y anfibios; la mayoría eran especies desconocidas para mí. Todos en harapos. Jakku no era un planeta rico y estas eran personas que nunca habían logrado reunir lo suficiente como para marcharse.

El hombre logró negociar con ellos e intercambiar algunos de los bienes que había conseguido rescatar por provisiones. Devoró unas pocas porciones y me entregó el resto.

Sacudí la cabeza. El dolor era tan intenso que el solo hecho de estar consciente era una tortura. Quería algo, lo que fuera, que acabara con mi miseria.

—Déjame aquí —murmuré—. Déjame morir.

El hombre no dijo nada. Simplemente siguió arrastrando la camilla. Se detuvo para revisar todas las habitaciones en ruinas, para buscar lo que yo ya sabía que no habría ahí.

Pasábamos junto a una de las habitaciones que tenía una estrecha ventana, como una hendidura, cuando ocurrió. Primero, un brillante destello que nos obligó a ambos a apartar la mirada. Luego, un gran estruendo que recorrió nuestros huesos y retumbó en nuestros oídos. El suelo tembló como si estuviéramos en el mar o en la cubierta de una nave atacada. El hombre cayó al suelo, así como todo lo que estaba en las bancas o colgado en las paredes.

¿Un terremoto? ¿Una erupción volcánica?

El hombre gateó hasta mí y me arrastró a la entrada, donde el marco de la puerta nos proporcionaba algo de refugio. Nos amontonamos juntos, con la esperanza de que el edificio no colapsara encima de nosotros.

Después de que la situación se calmó, nos abrimos paso hacia la salida. Los otros carroñeros, una docena más o menos, se habían reunido silenciosamente en uno de los balcones elevados con vista a la entrada del recinto. Lo que ahí nos esperaba nos dejó a todos sin palabras.

Los restos del enorme destructor estelar que se encontraba a unos cuantos kilómetros habían desaparecido y, en su lugar, había un lago de fuego burbujeante de un color anaranjado brillante. El líquido rojizo y caliente, como lava, se había extendido hasta llenar el surco entre las dunas donde se encontraba el recinto. Los muros del recinto contenían las turbulentas olas del lago de fuego, pero las paredes pulidas por la arena no resistirían mucho tiempo.

Estábamos varados en medio de un lago ardiente y los diques estaban fallando.



Medio dormido, escuché las voces de los carroñeros.

—Seguramente los núcleos del reactor de la nave se derritieron…

—Qué suerte que nadie estaba cerca de ella…

—… no es lava. Es arena derretida.

—… un mar de vidrio líquido.

—Ya hay grietas en las paredes…

Era de noche y el frío aire del desierto era más tolerable por el calor que emanaba del lago de vidrio. El líquido ardiente emitía un tenue resplandor rojo en los rostros de los otros carroñeros. El fuerte viento, resultado de un cambio drástico en la temperatura del desierto en el día y la noche, formaba grandes ondas y olas en la superficie. Rodeado por un lago de vidrio tempestuoso y una docena de criaturas inadaptadas de toda la galaxia, de nuevo tuve la sensación de que estaba en un tenebroso cuento de hadas creado por mi madre.

—No podemos quedarnos aquí —dijo el hombre que me había llevado ahí—. Cuando los muros colapsen, nos ahogaremos en fuego.

—¿Qué sugieres entonces? —preguntó uno de los otros carroñeros. Llevaba un chaleco sencillo, hecho de cables entretejidos sobre su cuerpo peludo, y todas sus preciadas posesiones rescatadas (pequeños dispositivos electrónicos, herramientas, fuentes de energía y relucientes fragmentos de cristales) colgaban de su chaleco de red como pesca de un extraño mar.

El hombre no tenía respuesta. No quedaba ningún vehículo funcional en el recinto e incluso si hubiera, ¿de qué nos servirían simples ruedas o bandas en un lago de vidrio líquido ardiente? Sólo un AT-AT podría salvarnos, pero no había ninguno aquí.

Me quedé dormido. Iba a morir, pero el gran villano de la Rebelión, quien estaba atrapado conmigo, tampoco escaparía. Eso me daba un poco de consuelo.



Cuando desperté, el hombre se había marchado.

Me reacomodé con dificultad y revisé frenéticamente a mi alrededor. Los carroñeros se sentían abatidos y ya que no encontraban forma de escapar a su destino, se amontonaron en pequeños grupos en el balcón. Se entretenían con juegos de azar, compartían historias o simplemente se quedaban viendo a la nada.

Una pequeña figura que estaba abajo, encima de los muros, llamó mi atención.

Estaba amarrando algo plano y grande a sus pies. Entrecerré los ojos en medio de la brisa caliente que emanaba de la superficie del lago.

Eran las paletas de las bombas de circulación de aire.

Sin advertencia alguna, el hombre saltó al lago. Yo me quedé demasiado impactado como para gritar.

Pero en vez de hundirse en las olas mortales, se mantuvo a flote. Al igual que las botas anchas que se les entregaban a los soldados imperiales para caminar por terrenos cubiertos de nieve, las paletas funcionaban como botes miniaturas que distribuían el peso equitativamente en un área amplia. Tomó un paso vacilantemente hacia adelante, como un insecto zapatero de largas extremidades flotando en un charco.

Paso a paso, iba adquiriendo más confianza. Mientras observaba su túnica ondulante flotando sobre el lago llameante como un loto floreciente, imaginé que el líquido caliente se enfriaba hasta convertirse en vidrio puro y cristalino. Lo imaginé a él atravesando la superficie con la misma facilidad de un niño corriendo a zancadas por una capa de hielo. Imaginé las estrellas reflejadas en el vidrio, un cielo al revés por el cual él caminaba.

Él era Skywalker… el caminante del cielo. Casi reí en voz alta al pensar esto. Claro que lo era.



—¡Es una idea ridícula!

—¡De ninguna manera!

—Un resbalón y estamos muertos.

—Seguramente quieres matarnos para que puedas robar nuestras posesiones.

—Los muros están resistiendo, creo…

—Tal vez deberíamos tratar de apilar los escombros aquí y construir una torre. Incluso si las paredes se derrumban…

—¡Basta! —gritó el hombre. La cacofonía de voces se detuvo—. Sé que están aterrados. Yo también. Pero no hay otra solución. Ya vieron los muros. No durarán mucho más. Incluso si lograran apilar todos los escombros y construir una torre lo

suficientemente alta para sobrevivir la inundación, ¿creen que las provisiones les durarán hasta que el vidrio se enfríe? Tenemos que salir caminando de aquí.

Los otros carroñeros voltearon a ver con escepticismo las paletas que tenía amarradas a los pies. La simple de idea de confiar sus vidas a unos artilugios tan endebles en un lago ardiente era absurda.

Se alejaron del hombre; algunos se quedaron solos, mientras que otros se juntaron en grupos de dos o tres para seguir con sus juegos sin sentido y sus inútiles fantasías. Se negaban a reconocer la realidad del destino que ahora compartíamos.

Le hice señas al hombre para que se acercara. Sorprendido, se agachó para escuchar lo que tenía que decir.

—Diles quién eres —le susurré.

Él se alejó y se me quedó viendo con cautela. Le pedí que se acercara otra vez.

—Yo sé la verdad —le dije—. Te vi allá arriba. —Señalé las estrellas—. Y también aquí abajo. Pensé que habías perdido tus poderes. Pero luego te vi caminar por el lago, así que supe que los habías recuperado. Sigues siendo Luke Skywalker, el jedi. Ellos te seguirán, pero debes decirles la verdad.

El hombre se enderezó y se me quedó viendo con una expresión que no podía identificar. Unos segundos después, las comisuras de sus labios se arquearon hasta formar una sonrisa.



Nuevamente, me movía bajo las estrellas, del mismo modo en el que había llegado a ese planeta.

—No se alejen de mí —exclamó Luke Skywalker. Docenas de voces le respondieron desde atrás.

Haciendo un esfuerzo, volteé. Una larga y serpenteante caravana se abría paso sobre el lago de vidrio fundido. Luke Skywalker estaba al frente de la caravana, y lucía magnífico con su túnica resplandeciente de jedi y arrastrándome sobre una camilla. Las paletas amarradas a sus pies le permitían dar grandes pasos y jalarme con confianza, y la lámina metálica brillante, la cual había rescatado de un recinto imperial y portaba en vez de su chal grueso, lo mantenían frío al reflejar el calor de la arena fundida y mantenerlo lejos de su cuerpo.

Detrás de nosotros, aquellos de alma valiente usaban paletas iguales a las que Luke traía en los pies. El vidrio derretido era tan denso que nos permitía flotar sin necesidad de hacer las paletas demasiado voluminosas. Estas personas iban arrastrando botes y balsas fabricadas con otros materiales aislantes, y aquellos que estaban demasiado asustados como para caminar por su cuenta iban amontonados en las naves improvisadas y se cubrían con lámina metálica reflejante para mantenerse fríos.

—Estoy usando la Fuerza para guiarlos —les dijo Luke en medio de la oscuridad—. Mientras se mantengan cerca de mí, no sufrirán daño alguno. La Fuerza está con nosotros. Somos uno con la Fuerza.

Los que venían detrás de mí repitieron el mantra. En realidad no confiaban tanto en los artilugios que los mantenían a flote, más bien creían en el poder místico del hombre que los guiaba.

Tenían un buen punto. Después de todo, esta misma fe le había permitido a un grupo de rebeldes desharrapados derrotar a un Imperio que se extendía por toda la galaxia.



Las olas ardientes del lago de vidrio derretido rodeaban la orilla que se encontraba detrás de nosotros. Los botes, las balsas y los zapatos de paleta improvisados se encontraban dispersos en la playa de arena. Estábamos a salvo.

Ver al jedi en acción había sido una experiencia increíble. Había convencido a un grupo de hombres y mujeres asustadizos, y que no confiaban el uno en el otro, de caminar sobre un lago de fuego. Tal vez este era un ejemplo de los famosos y siniestros trucos mentales de los jedi. Pero no se sentía siniestro. Se sentía… esperanzador.

Uno a uno, los carroñeros se acercaron para despedirse.

Cada uno le dejó a Luke Skywalker la posesión más preciada que habían logrado rescatar. Algunas provenían del recinto imperial abandonado, aunque no todas. No era precisamente un pago, era más como una muestra de agradecimiento, un tributo para alguien más grande que todos nosotros.

—Esta celda de poder debe valer al menos diez raciones completas…

—Nunca había visto cristales así antes. Seguramente los que estaban a cargo de la autodestrucción no los vieron. Si uno logra descifrar la codificación.

—Esta mano de droide es la más intrincada que he visto. Seguro proviene de uno de los sirvientes personales del Emperador.

—No sé qué es esto. ¿Una brújula tal vez? La encontré en un estuche que decía «Pillio». Quién sabe a dónde lleve. Tal vez a algún lugar donde nadie pasa hambre ni se preocupa de que le caigan naves del cielo.

Skywalker le agradecía a cada uno de ellos. Cuando el último carroñero se marchó, se arrodilló junto a mi camilla y me entregó dos píldoras.

—Tómalas —me dijo—. No podrán curar la infección, pero al menos te quitarán el dolor por un buen rato. Las encontré en el cuarto del comandante cuando estuvimos en el recinto.

Tomé las píldoras. El jedi no me había matado hasta ahora, pero tal vez había llegado el momento. Al menos era piadoso de su parte tratar de hacerlo sin que sufriera.

Luego me entregó algo más. Era un objeto en forma de huevo y tenía una pantalla de cristal diminuta que mostraba una serie de números que se desplazaban. En uno de los

lados, había un gran botón anaranjado. Sabía bien lo que tenía entre mis manos: un transmisor guía imperial.

Sin comprender, volteé a verlo.

—Voy a dejarte ahora —me dijo—. Como ya te había dicho, no tengo mucho aprecio por el Imperio. Después de que me vaya, oprime el botón y una patrulla imperial vendrá a buscarte. No te preocupes, el lago mantendrá alejados a los animales como gnaw-jaws y gusanos nightwatcher. Nadie ni nada te molestará hasta que lleguen tus rescatadores.

«¿Qué quiere un ser vivo con otro ser vivo en medio del desierto?».

Arrastrarlo por un mar de arena durante días y mantenerlo con vida. Transportarlo por un lago de vidrio fundido. Entregarle un faro de esperanza.

Había pocas respuestas, pero no había sido fácil descubrir la verdadera, en especial cuando te han dicho ciertas cosas toda tu vida, que resultaron ser mentiras.

Ya se había alejado un poco cuando le grité:

—¿En verdad eres Luke Skywalker?

Se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—Todos somos Luke Skywalker.

Luego, desapareció en la oscuridad.

Oprimí el botón.



Me recogieron, me llevaron a una nave hospital y me curaron.

Luego me interrogaron como a un desertor, posiblemente un traidor.

Les dije todo lo que sabía.

—¡Mentiroso! —me gritó el interrogador en la cara—. ¡El criminal de guerra, Luke Skywalker, nunca estuvo cerca de Jakku! ¿Por qué tratas de ocultar lo que ocurrió en la superficie del planeta? ¡Confiesa que te has convertido en un agente rebelde!

Me torturaron. Me drogaron.

Las imágenes y los recuerdos estaban mezclados en mi mente. No podía diferenciar lo que era un sueño de la realidad. Pero sostuve mi historia lo mejor que pude.

A veces, el hogar al que tanto deseas volver resulta ser el bosque tenebroso. A veces, las personas en las que más confías resultan ser monstruos. A veces, los villanos son los verdaderos héroes.

«Todos somos Luke Skywalker».

Me imaginé como Luke Skywalker. Me imaginé como un ser luminoso.

Sobreviví. Apenas.



Me expulsaron de la Armada Imperial, así que volví a Jakku como carroñero, uno más de tantos que habían acudido como en manada al planeta para sobrevivir en el cementerio de naves.

Ahora, mi hogar son los restos de un caza TIE. Las alas me proporcionan un buen refugio contra las tormentas de arena y utilizo piezas de vidrio negro que he recolectado del lago congelado para construir paredes adicionales y un techo por el cual puedo contemplar las estrellas.

Sé que él está allá afuera, que sigue recorriendo la galaxia a zancadas y que sigue peleando por todos nosotros.

INTERLUDIO DOS

—¿DE VERDAD ERA LUKE SKYWALKER? —preguntó Tyra, la niña carroñera.

—Pues… depende de tu punto de vista —dijo Ulina. El parche que tenía en el ojo cambió a un suave y brillante tono azul—. Las leyendas de nuestros héroes no son lo más importante; lo más importante es lo que decidimos hacer de nuestras vidas cuando estas leyendas nos inspiran —añadió.

Tyra mordió su labio inferior y asintió.

Los otros marineros empezaron un acalorado debate.

—En realidad, Luke no podría haber estrellado destructores estelares en Jakku con magia, ¿o sí?

—Ah, ¿entonces ahora eres experto en magia?

—Tal vez el soldado imperial estaba confundido.

Finalmente, Ulina intervino y les dijo que ya era hora de que todos se fueran a la cama. Mientras Dwoogan y G2-X limpiaban la galera y la cubierta, Ulina se dirigió a la bodega de carga para revisar que los contenedores de la nave estuvieran asegurados antes de atracar.

Cansados, los marineros avanzaron bostezando por los estrechos corredores y las desvencijadas escaleras hasta los diminutos cubículos y literas que estaban apretadas entre tubos y conductos. La *Wayward Current* estaba diseñada para aprovechar hasta el más mínimo espacio de carga, y la tripulación tenía que acomodarse en los rincones y recovecos que quedaban.

Teal esperó a que todos se marcharan del sollado antes de acercarse a Dwoogan y entregarle un crédito.

—¿De nuevo? —preguntó Dwoogan sorprendida—. Has estado comprando prácticamente cada noche. Sabes, en verdad deberías tratar de ahorrar. Si sigues estando hambrienta después de una ración completa, probablemente te haga falta dormir más. No puedes gastar toda tu paga en bocadillos y bebidas. Cuando tenía tu edad…

—Es *mi* dinero —respondió Teal abruptamente—. No me digas qué hacer.

Dwoogan suspiró y tomó el crédito para revisarlo. Luego, abrió la puerta de la despensa y sacó otro paquete de raciones. Dividió el pan y el tubo de pasta de nutrientes a la mitad, y le entregó la media porción a Teal.

—Gracias —dijo Teal—. Y por favor no le digas…

—Es tu dinero —dijo Dwoogan—. Mientras no estés robando de la nave, lo que hagas no es asunto de nadie, ni siquiera del Capitán Tuuma.



Teal caminó silenciosamente de puntillas hasta el armario de mantenimiento, el cual se encontraba junto a la sala de máquinas. Esperó en las sombras hasta asegurarse de que no había nadie cerca y se escabulló dentro del armario. Gateó por el espacio que había entre dos gruesos tubos refrigerantes hasta que llegó a una reja. La levantó, entró por la abertura y siguió gateando hacia abajo. Después de algunos giros y vueltas, llegó a una pequeña habitación, que apenas tenía espacio para que ella pudiera estar de pie o recostada. Posiblemente uno de los dueños anteriores de la *Wayward Current* había construido este compartimento para usarlo como escondite en caso de un ataque pirata, o tal vez sólo lo habían dejado olvidado durante alguna remodelación. De cualquier modo, ninguno de los miembros de la tripulación de Tuuma sabía de su existencia, excepto Teal.

—Oye, te traje un poco más de comida.

La mujer que se encontraba en la habitación era un poco mayor que Teal. Portaba una túnica blanca de un material grueso y con movimiento fluido, su largo cabello negro estaba atado en una cola de caballo sencilla; era la viva imagen de la simplicidad, completamente fuera de lugar entre las tuberías zigzagueantes y los nidos de ratas fabricados a base de cables expuestos que la rodeaban.

—Gracias —le dijo a Teal—. La comida que me trajiste antes fue suficiente. No necesito gran cosa, ya que no me muevo mucho. Me siento muy mal de tomar tu comida todo el tiempo.

Teal partió el pan a la mitad y le entregó el pedazo más grande, junto con la pasta de nutriente, y empezó a morder el resto del pan hambrientamente.

—Necesitarás tus fuerzas —masculló mientras masticaba—. Cuando lleguemos al puerto mañana, van a escanear toda la nave. Tendremos que trabajar un poco esta noche para preparar tu escape. Tuuma nos mataría a ambas si se entera.

La mujer asintió y no protestó más. Masticó lenta y pensativamente, como si no estuviera preocupada en lo absoluto por ir como polizón en una nave cuyo capitán no tenía escrúpulos ni dudaría en lanzarla fuera de los compartimentos herméticos si la descubriera.

Teal se terminó su pedazo de pan de unas cuantas mordidas. En vez de quedarse viendo la comida en la mano de la mujer, decidió distraerse contándole a la mujer las historias que Dwoogan y Ulina acababan de relatar.

La atención de la mujer se agudizó en cuanto Teal mencionó la X-Wing de Luke Skywalker; su mirada pareció iluminarse, pero no dijo nada; siguió masticando y escuchando a Teal.

—Sabes, puede que yo también conozca una historia de Luke Skywalker —dijo en cuanto Teal terminó.

—¿En serio? —preguntó Teal sorprendida. La mujer no le daba la impresión de ser una viajera experimentada o una aventurera. De hecho, parecía haber quedado fascinada

por las historias que Teal le había contado durante las últimas semanas, exclamando emocionada por la más mínima de las victorias; por ejemplo, aquella vez en la que Teal logró convencer a un comerciante en Ara Dyelle de que un huevo de lagarto ordinario era en realidad un artefacto que valía cinco raciones completas. Por otro lado, la mujer no le había contado a Teal ni una sola historia.

—¿Puedo escucharla? —preguntó Teal emocionada.

La mujer dudó.

—De donde provengo… en realidad se supone que no debo…

Teal no insistió. Todos tienen derecho a guardar sus secretos. A ella tampoco le gustaba hablar de su pasado con cualquiera.

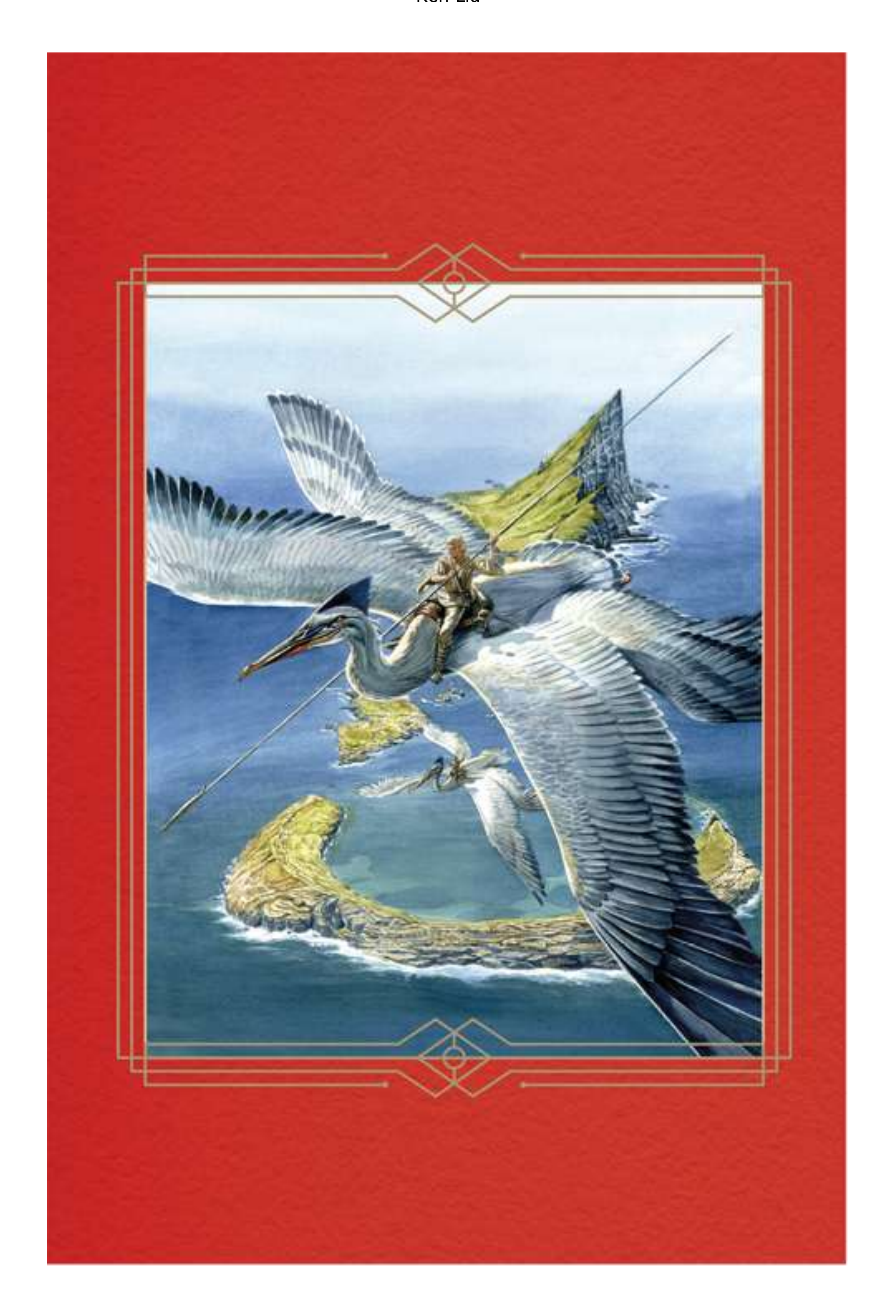
Teal había descubierto a la mujer ocultándose en los compartimentos más apartados prácticamente al inicio del viaje de la *Wayward Current* y, en vez de reportarla a sus oficiales, Teal había decidido ayudar a esta polizona a ocultarse. Simplemente sintió que era lo correcto. Después de todo, la primera vez que escapó de los esclavistas en las colonias, un Hutt mecánico muy amable la había ayudado a ocultarse en un transporte minero sin pedirle nada a cambio.

La mujer cerró los ojos, parecía estar meditando o pensando mucho la situación. Teal estaba a punto de recordarle que necesitaban prepararse para su escape en la mañana cuando la mujer abrió los ojos y asintió decididamente.

—Confío en ti, y confío en que el hecho de que me hayas hablado de Luke Skywalker esta noche significa algo. Déjame contarte una historia…

SIEMPRE HAY UN PEZ MÁS GRANDE.

—QUI-GON JINN



PESCANDO EN EL DILUVIO

HACE MUCHO TIEMPO, lo más lejos posible del brillante centro de la galaxia, los humanos se instalaron en un planeta cubierto por el océano. Unas cuantas islas sobresalían obstinadamente de entre las interminables aguas por aquí y por allá. La gente llamó a este planeta Lew'el, que significaba «diluvio».

Al pasar el tiempo, mientras imperios y repúblicas se alzaban y caían a lo largo de la galaxia, Lew'el permaneció en el olvido de aquellos que ansiaban el poder. Tenía pocos recursos, que además podían obtenerse con mayor facilidad en otro lugar, y rara vez los comerciantes se molestaban en detenerse ahí. Ocasionalmente llegaban algunos aventureros debido a la belleza del planeta, pero sólo echaban un vistazo por su superficie, como quien juega a lanzar piedras en el agua, y no se quedaban mucho tiempo.

La gente de Lew'el vivía de y para el mar. El océano les ofrecía todo lo que necesitaban: las ballenas con tentáculos les proporcionaban combustible que fabricaban de su grasa y huesos para sus construcciones; el marlín de triple arpón proporcionaba tanto cuero duradero como un suministro de herramientas prefabricadas; las almejas translúcidas y las ostras kiln les proporcionaban conchas decorativas y lustrosas perlas. Y lo más importante: había miles de peces variados y otros mariscos, por lo que los nativos de Lew'el tenían toda la comida que necesitaran.

Pero eso no significa que obtener dicha comida no requiriera esfuerzo alguno.



Cierto mes de primavera, mientras el sol se alzaba por el horizonte del destellante mar, dos figuras en forma de «X» despegaron de la playa de arena blanca de la isla de Ulon Atur y se dirigieron al este sobre el mar abierto.

—Te apuesto que conseguiré un pez mucho más grande hoy —gritó Aya-Glon, la chica que iba al frente. Tenía doce años y era tan fuerte como una ballena que se acerca al año de edad; un par de hoyuelos avivaban su rostro alisado por el viento. Le dio una palmadita en la cabeza al animal azul iridiscente, sobre el que iba montada, para que fuera más rápido.

—¡Reto aceptado! —gritó el chico que iba volando detrás de ella—. El perdedor tendrá que hacer todas las tareas del ganador por tres días. —El chico era Tonn-Glon, el

hermano mellizo de Aya. Acarició la cresta del animal color escarlata sobre el que iba montado para que alcanzara a Aya.

Como ya habrás podido darte cuenta, en contraste con las máquinas aéreas que son comunes en otros planetas, los vehículos voladores estaban vivos en este caso. Cada uno de ellos tenía cuatro alas de diez metros de largo cada una; estas gigantes y majestuosas aves, conocidas como wind-trusters, eran nativas de Lew'el. Pasaban casi toda su vida en el aire y sólo aterrizaban durante un día, de vez en cuando, para aparearse y poner sus huevos, los cuales llevaban consigo en el aire, suspendidos de sus patas en nidos tejidos a base de algas marinas. Eran excepcionalmente buenas para planear e incluso podían dormir mientras volaban. Los habitantes de Lew'el las habían domesticado y las usaban para cazar y pescar, así como para viajar entre asentamientos remotos que estaban esparcidos por toda la superficie del planeta.

Pronto, Ulon Atur se convirtió en un punto diminuto y desapareció detrás de ellos. Ambos voladores estaban solos, suspendidos entre el cielo y el mar. Los hermanos revisaron la extensión de agua uniforme, cubriéndose los ojos del brillo del sol naciente. Había nubes de tormenta en el horizonte, pero tardarían un poco en llegar.

De hecho, no es muy preciso decir que la profunda extensión de color aguamarina era uniforme, aunque podría parecerle así a un extranjero. Ante los ojos de Aya y Tonn, el mar estaba tan poblado como una metrópolis de Hosnian Prime. Había corrientes cálidas que llevaban consigo cardúmenes de anguilas migratorias. Dichas corrientes se veían tan concurridas como una autopista aérea: había columnas ascendentes de burbujas formadas por manadas de ballenas cazadoras; había bosques submarinos de kelp floreciente que se sacudía gentilmente con el movimiento de la marea; había arrecifes de coral de colores vibrantes, repletos de una amplia variedad de peces y crustáceos coloridos, tan llenos de chismes y moda como cualquier cuadra de ciudad.

Y, por supuesto, estaba la Marea, la siempre presente y siempre poderosa red que conectaba todo y a todos. Los hermanos podían sentir sus reconfortantes hebras, tan dulce y revitalizadora como la brillante y cálida luz del sol.

—¡Lo tengo! —dijo Tonn y apretó los muslos gentilmente alrededor del largo cuello de su wind-truster, que tenía dos años de edad y se llamaba Coni-Co. El ave emitió un fuerte ululato en señal de entendimiento, movió sus cuatro alas y cambió el curso.

Aya no apresuró a su orgullosa ave, que tenía tres años de edad y se llamaba Deek-Deek, para seguirlos. Después de todo, no tenía caso pelear por un premio que ya había sido reclamado por otro. Ese tipo de comportamiento era propio de niños chiquitos a los que había que amarrar del cuello para evitar que se cayeran de sus wind-trusters.

No, ella encontraría su propio pez y se aseguraría de que fuera más grande.

—Vamos a atrapar a un pez que pueda alimentar a toda la aldea hoy, ¿verdad, Deek-Deek? —susurró suavemente en la base del cuello de su ave.

«¡Ahí! ¡Vi un salpicón!».

Presionó los flancos de su wind-truster con los talones, entonces el pájaro gigante agitó sus cuatro alas y bajó en picada hacia el mar. El cabello de Aya fluyó detrás de ella

y su corazón latió de la emoción mientras descendían. Se sostuvo firmemente de la cresta de su wind-truster.

En menos de un minuto, la wind-truster había descendido de su altura de crucero y se encontraba a unos cuantos metros de la superficie del mar. Las olas se agitaban debajo de Aya y ella se quedó mirando atentamente el agua de tono azul verdoso, tratando de ubicar los destellos de las escamas de un marlín de triple arpón que revelaran su presencia.

—¿Lo ves, Deek-Deek?

La wind-truster ululó en señal de reconocimiento y circundó el lugar que Aya le había indicado. Agitó las alas vigorosamente y se elevó en formación de espiral. Aya se sostuvo con fuerza, cerró los ojos y tomó respiraciones profundas y constantes. Sintió cómo se desaceleraba su ritmo cardiaco; se enfocó en los remolinos de la Marea.

Aproximadamente a un kilómetro sobre el mar, Deek-Deek se niveló y movió el pico unas cuantas veces para indicar que estaba lista para el siguiente paso. Aya envolvió el cuello de la wind-truster con los brazos.

El ave dobló sus cuatro alas con elegancia alrededor de su cuerpo, como el opuesto de una polilla emergiendo de su capullo. Luego, se lanzó directamente hacia el mar.

Deek-Deek se zambulló cada vez con mayor rapidez; su largo y afilado pico iba dirigido directamente a la superficie ondulante y satinada. Aya se abrazó al torso del ave, minimizando la resistencia del aire para ambos. Su respiración era lenta y constante, y mantuvo los ojos abiertos hasta el último segundo posible para no quitar la mirada de su premio, justo antes de que el pájaro gigante se sumergiera en el mar.

El agua fría chocó contra ella como una pared, pero ella se sostuvo con fuerza. El impulso de la zambullida de la wind-truster fue suficiente para sumergir al ave y a la chica treinta metros antes de detenerse. Aya soltó el cuello de Deek-Deek y saltó hacia las profundidades, en tanto que el ave abrió sus alas y nadó hasta la superficie. A la silla de montar de bambú que llevaba Deek-Deek se ataba un delgado cordel que unía al ave con la chica.

Aya abrió los ojos y observó el mundo acuático a su alrededor. Se sentía ligera y poderosa, sostenida en medio del agua por la densidad del mar. Los destellos de las escamas plateadas de su presa estaban arriba y a la derecha de ella, así que empezó a patalear con sus fuertes piernas para perseguirla.

De no haber estado bajo el agua, habría gritado de alegría. Este marlín era el más grande que había visto; su cuerpo era casi tres veces más largo que la altura de la chica. Sus dos colmillos y su cuerno le agregaban otros dos metros a su longitud total, y sus tres arpones estaban cubiertos de ganchos filosos y dientes que podían usarse como anzuelos y cuchillos para eviscerar pescados.

Debido a la turbulencia y al ruido causado por la zambullida de la wind-truster, el conmocionado pez había volteado para investigar. El gran animal estaba mucho más interesado en la majestuosa figura de la wind-truster que se alzaba fuera del agua, rodeado de columnas de burbujas de aire, que en la pequeña figura de la niña que se acercaba a él.

Aya se detuvo a unos diez metros del marlín. El pez era demasiado grande como para usar técnicas de pesca convencionales. Necesitaba otro plan.

La chica permitió que su ritmo cardiaco se desacelerara, cerró los ojos e intentó conectarse con la Marea en su mente; trató de discernir la urdimbre y trama de hilos alrededor del marlín, de leer el patrón. La Marea lo controlaba todo y, para una caza exitosa, Aya tenía que seguir la atracción irresistible de la Marea.

«Por cada reflujo, hay un flujo; por cada flujo, hay un reflujo. La luna llena debe menguar, así como la luna nueva debe crecer. La felicidad se vuelve pena y de la pena renace la esperanza. No existe nada constante más que el cambio en la Marea y yo soy el Cambio».

«¡Ya lo tengo!».

Aya abrió los ojos de golpe.

Dando brazadas y pataleos frenéticamente, la chica se movió en el agua e hizo una gran curva, arrastrando la delgada línea de seda de cangrejo roca que estaba detrás de ella, con lo que formó un círculo flotante que se expandía y se contraía en la corriente como una medusa.

Después, sin aparente esfuerzo, Aya sacó una pequeña lanza con un diente de tiburón basher en la punta del cinturón de su túnica y la agitó hacia el marlín. La luz del sol que se filtraba bajo el agua captó el diente blanco y este brilló.

El gran pez, quien finalmente se había percatado de la presencia de la chica, la miró amenazadoramente.

Aya extendió los brazos y piernas para aparentar ser lo más grande posible y sacudió sus extremidades lánguidamente, imitando a un calamar estrella, la comida favorita del marlín.

Eso captó el interés del marlín. Aunque el pez no estaba seguro de por qué al calamar le faltaban algunas extremidades y olía tan extraño, seguía siendo una buena comida. Con unas cuantas sacudidas de su cola en forma de vela, avanzó directamente hacia Aya.

El corazón de Aya palpitaba fuertemente contra su caja torácica. Se obligó a mantener la calma y se quedó donde estaba, flotando en el agua como si los letales arpones triples no se dirigieran a ella, acercándose cada vez más.

El marlín, concentrado en Aya, no se percató de que su cabeza había entrado en el nudo de seda translúcido, y una vez que sus arpones habían pasado por la trampa, Aya se puso en movimiento. Con un fuerte tirón de su mano izquierda, apretó el nudo alrededor de la cabeza del pez y, luego, con una serie de patadas rápidas, salió disparada nadando como una anguila plateada.

Aunque los pulmones de Aya estaban a punto de explotar, se sumergió más en vez de dirigirse a la superficie. El otro extremo del cordel de seda estaba amarrado a Deek-Deek, quien había salido a la superficie, aunque todavía no podía despegar. La única manera de asegurarse de no perder al pez era lograr que se enredara más en el cordel.

Aunque Aya era una excelente nadadora, el marlín, quien había nacido en el reino acuático, era mucho más rápido que ella. Aya pataleaba y braceaba como nunca antes,

poniendo cada onza de su fuerza en sus extremidades. Aun así, la distancia entre ellos pronto se redujo y parecía que el marlín estaba a segundos de ensartar a su presa.

Los arpones estaban tan cerca que Aya podía sentir las ondas en forma de arco a través del agua. Cerró los ojos y oró para que la Marea se la llevara sin mucho dolor.

El marlín se detuvo de una sacudida, mientras su cola se agitaba más allá de su cabeza. Se retorció enfadado, de un lado a otro, dando de coletazos y revolcándose. Pero sin importar lo mucho que tratara, no podía acercarse ni un centímetro más a la chica. La línea de seda, casi invisible, lo mantenía estático en su lugar, ya que la distensión entre el pez y la wind-truster se había terminado.

En ese momento Aya cambió de dirección y empezó a nadar hacia arriba. En cuanto salió a la superficie, llenó sus pulmones con bocanadas de aire fresco. Deek-Deek graznó y chapoteó violentamente con las patas en el agua, tratando de mantener su posición, mientras que el pez, que estaba atado al otro extremo de la línea a su silla de montar, seguía sacudiéndose.

—¡Buen trabajo! —gritó Aya. La wind-truster alzó un ala y aceitó sus plumas de vuelo con la parte inferior de su pico, como diciendo, «No fue nada».

Sonriendo, Aya volvió a sumergirse. Ahora que el pez había sido capturado, tenía que matarlo rápidamente para que no sufriera más. Se acercó al pez que no dejaba de moverse por detrás y, con dos trazos hábiles, deslizó su lanza de diente de tiburón basher por los arcos branquiales. Los movimientos del pez se relajaron.

Después de agradecer al pez en silencio por entregarle su cuerpo a ella y a su gente, Aya regresó a la superficie.



Una hora después.

La mitad del cielo estaba cubierto, hacia el este, por capas de nubes densas que tenían el mismo color que la ceniza de un volcán. De vez en cuando, había relámpagos que destellaban por entre las ondulantes masas oscuras, como novas en el abismo del espacio.

Aya miraba fijamente el despejado y tranquilo cielo del oeste, esperando alguna señal de ayuda. Sabía que tenía que tomar una decisión pronto, probablemente ya hasta debería haberla tomado, pero no podía dejar ir al premio más grande de su vida.

Tonn también había atrapado un pez, una anguila porthomer de quince kilos, y aceptó sin protestar que Aya había ganado la apuesta. El marlín gigante que oscilaba sobre la superficie del agua era tan pesado que ni siquiera los dos wind-trusters podían cargarlo a casa. Así que Tonn había volado de vuelta a Ulon Atur con Coni-Co para buscar ayuda mientras Aya y Deek-Deek se quedaban para cuidar su premio.

Lo que no habían tomado en cuenta era lo rápido que había llegado la tormenta.

Las olas en aumento que golpeaban los lados de Deek-Deek ya eran de más de un metro de altura. La wind-truster giraba el cuello para voltear a ver a Aya y graznaba lastimeramente. Aya nunca la había visto tan asustada.

Aya se sentía sola. Entre el impasible mar y el eterno cielo, ella y Deek-Deek eran como dos pequeñas chispas que podían desaparecer en un instante. Aya se estremeció; en vez de sentirse como una presencia reconfortante, la Marea se sentía fría y desconocida.

«Confía en la Marea y haz lo que tengas que hacer».

El respirar profundamente la tranquilizó un poco. Tenía que volver a sumergirse en la Marea y encontrar su rumbo.

Alternó la mirada una y otra vez entre el marlín plateado flotando sobre la superficie y las nubes de tormenta. Mordió su labio inferior y tomó su decisión.

Saltó al mar y nadó hasta el marlín con unas cuantas brazadas. Mientras Deek-Deek observaba, Aya sacó su lanza de diente de tiburón basher. La sostuvo cerca de la punta como un bisturí para poder controlarla mejor, y empezó a machetear la base del cuerno y los colmillos del marlín.

Unos cuantos minutos después, mientras el cuerpo del animal se alejaba arrastrado por las olas, nadó de vuelta hasta su wind-truster con sus trofeos. No podía evitar lamentar la pérdida de un pez tan grande, pero se dijo a sí misma que en el gran ciclo de la Marea, nada se desperdiciaría. La carne del marlín serviría para alimentar a muchos peces y anguilas carroñeras, y lo que no se consumiera se hundiría al oscuro fondo del océano, donde sería una rica fuente de nutrientes para los gusanos blancos como leche y los cangrejos ciegos que rondaban por los abismos.

Se quitó la túnica mojada y la usó para envolver los tres largos arpones y proteger los aterradores dientes de sierra; luego, ató el paquete a uno de los tobillos de Deek-Deek. Empezaron a caer enormes gotas de lluvia y el viento azotaba al océano provocando un frenesí de olas.

—Salgamos de aquí —le dijo decididamente a su wind-truster y golpeó gentilmente los costados del ave con los talones.

La wind-truster extendió sus cuatro alas y remó a través de las agitadas olas hasta que se elevó del agua y sus pies golpearon contra la superficie. Un minuto después estaban en el aire y ganaban altitud constantemente. Mientras la lluvia comenzaba a caer con mayor fuerza, los remolinos de viento golpeaban al ave, empujando, levantando, sacudiendo y aporreando.

Más adelante, donde el cielo estaba despejado, Aya alcanzó a ver unas diminutas figuras en forma de X que contrastaban con el cielo azul. El corazón de Aya se llenó de esperanza. Eran Tonn y sus amigos, que venían a ayudarla.

Pero Aya había esperado demasiado y pronto la rápida tormenta alcanzó a la chica y a su wind-truster. Poderosas ráfagas y corrientes cruzadas arrojaban a Deek-Deek de un lado a otro y el ave graznaba de terror. La lluvia se intensificó y las rodeó en láminas de agua que se veían igual en cualquier dirección. Pronto, ya no podían distinguir el este del oeste, y los brillantes destellos de los relámpagos sobre ellas las confundían todavía más.

El estruendo de un gran trueno asustó a Deek-Deek, por lo que empezó a agitar las alas invadida por el pánico; Aya, empapada por la helada lluvia, se sostuvo al cuello del pájaro con todas sus fuerzas, sin poder ofrecerle ninguna guía útil.

«Confía en la Marea y haz lo que tengas que hacer».

Pero la Marea no le ofrecía ningún abrazo cálido, ni iluminaba su camino. Trató de conectarse con su mente, pero sólo logró encontrar la misma confusión tumultuosa, la misma indiferencia fría, las mismas órdenes imparciales de grandes fuerzas a las que no les importaba el destino de una niña y su ave. La Marea se sentía igual que la caótica tormenta alrededor.

Cubrió sus ojos con una mano y trató de ver por el espacio entre sus dedos. Había perdido todo sentido de la orientación, incluso arriba y abajo le parecían lo mismo. La wind-truster era una cometa sin hilo en medio de la tempestad, incapaz de encontrar su rumbo. Aya sintió un hormigueo en su cuero cabelludo, como si la estuviera picando una medusa, antes de que un rayo, acompañado de la descarga de un trueno, cayera junto a ella y las ensordeciera.

El miedo se apoderó de la mente de Aya. No volvería a ver la sonrisa confiada de Tonn, ni a escuchar la reconfortante voz de su abuela, ni a probar el sabor picante del jugo de doco fermentado, ni a oler el fresco olor a hojas de las arboledas de bambú primavera, ni a sentir las cálidas y suaves cabezas de las crías de wind-truster acariciando las palmas de sus manos.

Iba a morir y no había esperanza de que la rescataran ni de volver a casa. Gritó pidiéndole a la Marea que le pusiera fin a su sufrimiento lo más rápido posible para que pudiera fusionarse con ella. La oscuridad llenó su mirada mientras la tormenta borraba hasta el más mínimo rayo de sol.

De pronto, el mundo se iluminó con el resplandor del sol cuando sale por el horizonte del mar y, con un golpe estridente y ruidoso, un rayo le dio a DeekDeek, cuyo alarido quedo extinto casi de inmediato. Aya sintió cómo se separaba del cuerpo del ave y caía a la deriva por el aire, sin peso e impotente. Cuando se forzó a abrir los ojos, vio el cuerpo desgarrado de su wind-truster a unos metros de distancia que caía sin vida por el aire.

Sus sentidos estaban abrumados. Ella entendía intelectualmente que un rayo había matado a su ave y que pronto seguiría ella. Pero todo se sentía tan irreal que estaba demasiado impactada como para sentir temor.

Y entonces vio algo imposible: un pájaro gigante con alas blancas y brillantes en forma de «X», y cinco rayas rojas en cada ala, salía de la tormenta y se dirigía hacia ella.

«¿Así es como la Marea da la bienvenida a los que se unen a ella? ¿Con wind-trusters espirituales?».

Aya cerró los ojos y quedó inconsciente.



Aya hizo las alas de la figurilla funeraria con cuatro conchas de almeja, las cuales ató al torso que había tallado de un pedazo de coral. Enterró la pequeña figurilla en forma de wind-truster en la arena y colocó sobre ella una caracola rellena de hueva de anguila porthomer fermentada, el bocadillo favorito de Deek-Deek.

—Duerme bien, amiga mía.

El sol brillaba con intensidad y el aire era cálido. La tormenta que le había quitado la vida a su navega-vientos parecía una pesadilla ahora. Pero, desde luego, no había sido un sueño.

Aya lloró hasta quedarse sin lágrimas. Así era como sabía que la Marea quería que ella siguiera adelante. Incluso el dolor tenía que menguar eventualmente. Se puso de pie y empezó a caminar de vuelta a la aldea.

El ave metálica que la había rescatado estaba en el claro en medio de las chozas, con sus alas en forma de «X» cuidadosamente dobladas. El domo azul y plateado, que era como su cerebro, giraba y silbaba sobre su cabeza. Y el piloto del ave, un extranjero, estaba de pie bajo el ala izquierda, hablando con la Anciana Kailla-Glon-Vow.

—No es que no estemos agradecidos por lo que hiciste —dijo la Anciana Kailla—. Rescatar a mi nieta de esa tormenta fue… ni siquiera tengo palabras para decir lo que siento. Pero lo que pides es simplemente imposible. Debe haber otro modo en que podamos agradecerte.

—Me malentienden —dijo el desconocido. Volteó a ver a Aya, quien acababa de arribar al claro, y le sonrió. Aya le devolvió la sonrisa con timidez—. Simplemente estaba en el lugar indicado en el momento oportuno. No estoy pidiendo un pago por haber rescatado a Aya. Vine a Lew’el a estudiar con ustedes por las historias que he escuchado sobre su… magia.

—Las historias pueden ser falsas a menudo —dijo la Anciana Kailla—. Especialmente si hablan de magia.

—La gente suele llamar magia a todo lo que no entiende —dijo el desconocido—. Por eso es que nunca debemos dejar de aprender. —Había un poder en su voz que parecía hacer que el mismísimo aire se llenara de posibilidades.

—Él puede sentir la Marea —susurró Tonn, quien acababa de unírsele a su hermana.

Aya asintió. Podía sentir al hombre acercándose con su mente, casi acariciando inconscientemente las dunas de pasto y los árboles que se movían en la brisa.

La Anciana Kailla habló lenta y reflexivamente.

—El deseo de aprender es algo admirable, pero no es suficiente. También debe existir el deseo de enseñar.

—Espero encontrar ese deseo aquí —dijo el hombre. Su tono de voz era tan calmado y reflexivo como el de la Anciana Kailla.

Ambos se miraron el uno al otro, y aunque ninguno se movió, la tensión entre ambos era innegable. Tonn y Aya esperaban impacientemente.

—Entonces intentarás cambiar nuestro modo de pensar —dijo la Anciana; su voz era rígida y formal. El aire a su alrededor pareció congelarse.

—¡Abuela! —exclamó Aya, quien ya no podía seguir guardando silencio—. Él no quiere decir…

La Anciana Kailla estiró una mano para indicar a su nieta que guardara silencio; fulminó al desconocido con la mirada y se inclinó hacia adelante, como si se preparara para soportar una gran carga.

Pero el desconocido sacudió la cabeza.

—Un sabio maestro me dijo alguna vez: «Hazlo o déjalo. No hay intentos». Así que ustedes me enseñarán o no me enseñarán.

La Anciana Kailla se relajó.

—Tu maestro es sabio. Y veo que no tienes intención de obligar a la obediencia, aunque tu habilidad con la Marea es considerable.

—He recorrido toda la galaxia buscando a aquellos que son sensibles a la… Marea y la entienden. Sólo me interesa adquirir el conocimiento que se me entregue libremente y libremente lo recibo.

—Creo que no conoces a la Marea por ese nombre, Buscador.

—Hay miles de nombres para denominar a la verdad —dijo el hombre a quien la Anciana Kailla llamaba Buscador—. No importa cómo la llamemos, sólo importa que sea la verdad.

La Anciana Kailla infló las mejillas y soltó un largo suspiro.

—Puedes quedarte para el banquete de celebración esta noche, en el cual serás el invitado de honor. En la mañana, te marcharás.

El Buscador, sin mostrar señal alguna de sorpresa o intención de discutir, asintió.

—Gracias.

—¿Eso es todo? —dijo Tonn entre dientes—. Al menos deja que se quede unos días por si tiene buenas historias que contar.

La Anciana Kailla lo fulminó con la mirada.

—Ya lo escuchaste: «Hazlo o déjalo». Yo elijo «déjalo».

El Buscador les sonrió a Tonn y a Aya.

—Definitivamente les contaré algunas historias.



—Los jedi eran los guardianes de la galaxia —dijo el Buscador. Su cara parpadeaba en las sombras proyectadas por una avivada hoguera, alrededor de la cual bailaban y cantaban los lugareños—. Por más de mil años, usaron la Fuerza para preservar la paz. Eran amados por todos aquellos que estaban a favor de la paz y temidos por aquellos que servían al mal.

—¿Cómo es la Fuerza? —preguntó Aya fascinada.

—Es un campo de energía creado por todos los seres vivos. Nos rodea, se introduce en nosotros y mantiene unida a la galaxia.

—Suena como la Marea —dijo Aya—. Mi abuela dice que es una red que conecta todo: desde la estrella más brillante del cielo hasta el camarón más pequeño del fondo del mar. Su flujo y reflujo son el aliento de todo el universo, y su acenso y caída son el corazón de la vida misma…

—¡Aya! Recuerda lo que dijo la abuela —la reprendió Tonn.

Aya le sacó la lengua, pero se detuvo y trató de cambiar el tema.

—¿Cómo es la galaxia? ¿Es divertida?

—Es muy grande —dijo el Buscador—. Hay algunas partes divertidas y otras no tan divertidas.

—Cuéntame de algunos de los lugares que has visitado.

—De acuerdo, pero primero déjame comer algo.

El Buscador le agradeció al aldeano que se acercó para entregarle un gran plato de almejas asadas y tentáculos de calamar rostizados. Él comió del plato con mucho apetito y bebió jugo fermentado de cáscara de doco.

También observó cómo los aldeanos agitaban gruesas mantas, tejidas con fibras de doco, sobre una fogata mientras cantaban y formaban humos ascendentes con el fuego. Esta danza iba acompañada de un mensaje: una larga plegaria al ritmo eterno de la Marea.

Después, el Buscador les habló a los niños sobre cinturones de asteroides donde acechaban babosas espaciales gigantes, sobre planetas desérticos donde los forajidos y contrabandistas se reunían en cantinas de mala fama, sobre planetas selváticos donde las ruinas antiguas de civilizaciones perdidas hace mucho tiempo se deterioraban, sobre planetas cuya superficie entera estaba cubierta de edificios y llena de miles de millones de seres sensibles de todas las especies conocidas, sobre la belleza y desolación de viajar a través del hiperespacio, de un planeta a otro, como una rana saltando de una hoja flotante a otra.

Cuando el Buscador finalmente se detuvo, Tonn volteó a verlo con escepticismo.

—No sé qué tanto de lo que cuentas es real. Esas historias suenan como sueños.

Pero Aya suspiró.

—Suenan increíbles. Me gustaría ver el resto de la galaxia. Aquí nunca pasa nada.

El Buscador rio entre dientes.

—Entiendo cómo te sientes. ¿Qué te gustaría hacer allá afuera?

—No lo sé —dijo Aya—. Tal vez pilotear un ave metálica, como tú.

—Serías un buen piloto. He escuchado que montas aves excelentemente.

Aya estaba complacida. Pero entonces recordó a Deek-Deek y la pena ahogó su orgullo.

—Un jinete sólo es tan bueno como su montura.

El Buscador asintió.

—Una sabia reflexión. Debe existir confianza entre el piloto y su montura.

—¿Cómo puedes confiar en una máquina? —preguntaron Tonn y Aya al mismo tiempo.

Antes de que el Buscador pudiera responder, la Anciana Kailla se acercó a ellos.

—Niños —dijo la Anciana—, ya es hora de que dejen en paz a nuestro invitado y se vayan a acostar.

De mala gana, Aya y Tonn se despidieron y echaron a correr.

La Anciana Kailla se sentó junto al Buscador. Compartieron un tazón de doco, pasándoselo mutuamente, bebiendo a sorbos el dulce jugo fermentado.

—Nuestras historias dicen que antes de su Imperio, antes de su Antigua República, incluso antes de que existieran los jedi, nuestra gente vino a este planeta buscando refugio —dijo la Anciana sin dar pie a una respuesta.

El Buscador bebió un sorbo del tazón y no dijo nada.

La Anciana siguió hablando en tono de ensueño, como si hablara para sí misma más que para el Buscador.

—La Marea es una fuerza poderosa y puede tanto ahogarte como elevarte. Mucho antes de venir a Lew'el, nuestros ancestros habían aprendido a montar la Marea. Por un tiempo, fueron las estrellas más brillantes de la galaxia y atraían el interés de aquellos que añoraban el poder y buscaban la ayuda de mis ancestros en su búsqueda por tener más. Algunos de mis ancestros sucumbieron ante la tentación y creyeron que podían dominar una fuerza que sustentaba el tejido de la existencia misma; otros creyeron que era imposible y moralmente repugnante tratar de convertir a la Marea, el éter que conecta todo y a todos, en un instrumento de dominación. La guerra entre ellos trajo gran sufrimiento y devastó miles de planetas antes de que finalmente se acabara. Los sobrevivientes vinieron a Lew'el para ocultarse y juraron nunca más permitir que el conocimiento de la Marea se usara para corromperla.

—Le temes al Lado Oscuro de la Fuerza —dijo el Buscador.

La Anciana Kailla sacudió la cabeza.

—No pensamos en la Marea de ese modo. Ambos, flujo y reflujo, son fases de la misma Marea, no dos lados opuestos. *Usar* la Marea es corromperla.

Más aldeanos se levantaron y se fueron a dormir. Sólo quedaron unos pocos, que seguían danzando, riendo y cantando alrededor del fuego.

Después de unos cuantos minutos, el Buscador rompió el silencio:

—Cuando damos el salto al hiperespacio, podemos viajar más rápido que la luz. —Señaló el cielo estrellado—. La luz de esas estrellas que vemos tomó cientos de años, incluso miles, para llegar hasta aquí. De hecho, lo que vemos allá arriba no es un reflejo de la realidad. Algunas de esas estrellas ya se han movido de las posiciones que ves en las constelaciones.

La Anciana Kailla rio entre dientes.

—No hace falta que me hables en parábolas. La Marea conecta a todo el universo en una sola red, así que los grandes temblores se sienten instantáneamente a través de todos los hilos. No ignoramos la realidad que existe a lo ancho de la galaxia.

—Entonces también deben saber que algunas de esas estrellas ya no existen, que algunos de esos planetas han sido destruidos y con ellos millones de voces han sido silenciadas de golpe por aquellos que buscan el poder por encima de todo.

La expresión en el rostro de la Anciana decayó.

—He sentido esas conmociones en la Marea, como si un gran tsunami se extendiera sobre un arrecife de coral, dejando devastación y esqueletos desteñidos a su paso. El color de la vida es drenado de las corrientes y sólo queda el sombrío dolor del luto.

—Algunos se han convertido al Lado Oscuro de la Fuerza y han querido ahogar a la galaxia en una marea creciente de sufrimiento. Depende de los que tenemos conocimiento sobre la Fuerza detenerlos y restaurar el equilibrio. Pero las muertes de los jedi han provocado que mucho del conocimiento sobre la Fuerza se olvide, y es por eso que busco su conocimiento, para que podamos derrotar al Lado Oscuro.

—Ya te lo dije: no existe «Lado Oscuro» ni «Lado Luminoso» —dijo la Anciana—. La Marea está más allá del poder de cualquier individuo o grupo. Aquellos que buscan dominarla y controlarla, sea cual sea la excusa que inventen para sí mismos, son los que traen el sufrimiento. Nuestro conocimiento no debe compartirse.

—El conocimiento puede usarse para bien o para mal —dijo el Buscador—. Si yo estudio la Fuerza no es para obtener poder, sino para regresar el equilibrio y la justicia a la galaxia. Sé que ustedes son pacifistas, pero la maldad debe ser confrontada y ustedes pueden ayudar. Las últimas palabras de mi maestro fueron: «Comparte lo que has aprendido. Es un deber».

La Anciana suspiró.

—Nunca nos convenceremos mutuamente.

El Buscador vació el tazón de doco.

—¿Entonces por qué se molestan en enseñarles a sus niños sobre la Marea? ¿Por qué no dejar que el conocimiento se hunda en el abismo del olvido?

—No les enseñamos sobre la Marea hasta que han probado que están libres del deseo de dominarla.

El Buscador se quedó viendo la cáscara de doco vacía por un momento; aparentemente, trataba de tomar una decisión.

—Entonces déjame probártelo. Háganme la misma prueba que les hacen a sus niños.

La Anciana Kailla se quedó mirando fijamente al Buscador.

—¿Estarías dispuesto a ser tratado como niño para obtener este conocimiento?

—No es motivo de vergüenza desaprender lo que he aprendido en mi búsqueda por la sabiduría.

La Anciana sacudió la cabeza y rio.

—Sólo espero que algún día, un estudiante tan persistente como tú te moleste para aprender lo que no deseas enseñarle.



La aldea era un hervidero de emoción. Por primera vez desde que se tuviera memoria, un extranjero iba a tratar de pasar las antiguas pruebas que se utilizaban para seleccionar a aquellos a los que se les otorgaba el privilegio de estudiar el arte de montar la Marea.

Tonn estaba particularmente emocionado, ya que había sido elegido para aplicarle la prueba al Buscador.

La primera prueba era también la más simple: caminar por las nubes.

El Buscador se veía confundido.

—Quieres decir que tengo que… ¿caminar en el cielo?

—No —dijo Tonn riendo—. El nombre es una metáfora. Te mostraré.

Los aldeanos de Ulon Atur dejaron la isla montados en parvadas de wind-trusters y se dirigieron al mar abierto por el sur. Aya, quien seguía de luto por la muerte de Deek-Deek, montó con la Anciana Kailla. El Buscador montó detrás de Tonn en Coni-Co y lo bombardeó con preguntas acerca de cómo «pilotear» un ave gigante. A Tonn le gustaba hacer el papel de maestro.

Una vez que la Anciana Kailla dio la señal, la parvada descendió salpicando en el mar tranquilo cerca de un atolón que apenas sobresalía del agua.

—Se dice que este atolón, llamado Ulon Ipo-Lito, son los restos de una isla hundida que alguna vez albergó un asentamiento como el de nosotros. Por generaciones, ha sido el campo para la prueba de caminar por las nubes.

—Entra al agua y observa —dijo Tonn. Se lanzó de la espalda de Coni-Co y desapareció bajo la superficie casi sin salpicar. Cautelosamente, el Buscador respiró hondo y lo siguió hacia el mar.

Bajo el agua, el atolón se expandía y formaba una montaña subacuática que descendía hasta las oscuras profundidades. La punta de la montaña, la parte bañada por la brillante luz solar que se filtraba por el agua cristalina, era de aproximadamente un kilómetro. La montaña, cubierta por coral colorido y algas que se mecían en el agua, también estaba salpicada de pequeñas cuevas de las cuales emergían oleadas de burbujas. Los remolinos de burbujas en verdad parecían remolinos de nubes alrededor del pico de una alta montaña.

Tonn nadó directamente hacia uno de los remolinos de burbujas y se sostuvo de la montaña. Ahí, levantó dos rocas y se las ató a los tobillos con pedazos de alga. Sostenido por el peso de las rocas, volteó a ver al Buscador, sonrió, señaló su boca y entonces se agachó sobre la corriente de burbujas y se las tragó como si se las estuviera comiendo.

Después de que se llenó, empezó a caminar por la montaña submarina por un sendero que parecía estar ya desgastado, mientras dejaba salir la corriente de burbujas por su nariz. Cuando llegó a la siguiente nube de burbujas, abrió la boca de nuevo y tragó más aire.

El Buscador no pudo aguantar más la respiración y nadó hasta la superficie, emergiendo con una ruidosa salpicadura.

—Una vez que dé inicio la prueba, no puedes salir a la superficie hasta que hayas caminado alrededor de toda la montaña, usando solamente las nubes de burbujas como

aire. Si sales a la superficie, pierdes. —La expresión de la Anciana Kailla era engreída, como si estuviese segura de que el Buscador no era apto para la prueba encomendada.

Pero para su sorpresa, el Buscador asintió, respiró profundamente y se sumergió de nuevo.

Los aldeanos observaban con expectación montados en sus wind-trusters. Casi todos ellos habían tratado de hacer la prueba alguna vez, aunque no todos la habían pasado, y sabían que tenía mucho que ver con tu talento natural. Algunos niños nativos de Lew'el parecían tener un entendimiento intuitivo para respirar bajo el agua y confiaban en que las nubes de burbujas serían suficientes para reponer el suministro de aire en sus pulmones. Otros no podían olvidarse de su miedo de ahogarse y nunca se sentían del todo cómodos con la idea de vivir al borde de la muerte.

Tonn ya estaba a cincuenta metros de donde había comenzado. Se detuvo un momento para ver lo que haría el Buscador.

El Buscador se deslizó por el agua hasta la primera nube de burbujas. Mientras nadaba, se quitó la túnica. Cuando llegó a la montaña submarina, traía su túnica en la mano y la colocó sobre las burbujas como una manta sobre una fogata.

—¿Qué está haciendo?

—Ni siquiera está tratando de respirar el aire.

—Debe estar aterrado.

Los confundidos aldeanos que se encontraban por encima de la superficie charlaban entre ellos.

Mientras las burbujas se iban acumulando bajo su túnica, esta se iba inflando como un globo. Cuando el Buscador determinó que el globo era lo suficientemente grande para su comodidad, metió la cabeza bajo la túnica, en la bolsa de aire, y tomó una gran bocanada. Luego, se sostuvo del borde inferior de la túnica como una medusa flotante, y, con ayuda de esta flotabilidad, empezó a saltar a lo largo de la escarpada superficie del acantilado submarino hasta que llegó a la siguiente nube de burbujas, donde rellenó el globo de túnica y respiró otra vez.

Los aldeanos estaban mudos de la impresión.

—¡Eso es trampa! —dijo una de las niñas después de un momento.

—No hay ninguna regla que diga que está prohibido usar la ropa que trae como ayuda —dijo Aya. Ya que el Buscador la había rescatado, sentía el deber de defenderlo.

Para ese momento, Tonn ya se había recuperado de la sorpresa. Sonriendo, se quitó la túnica e imitó la técnica del Buscador. Ambos se balancearon por la superficie de la montaña submarina, saltando de una nube de burbujas a otra. Para sus espectadores, parecían dos medusas que habían salido a dar un paseo.

—Abuela, ¿lo que el Buscador está haciendo va contra las reglas?

La Anciana Kailla sacudió la cabeza, pero Aya no podía identificar la emoción que denotaba la expresión en su rostro.

Después de unos quince minutos, tanto Tonn como el Buscador recorrieron toda la montaña y volvieron a la superficie.

—Es una solución poco ortodoxa —dijo la Anciana Kailla.

—Pero funcionó —dijo el Buscador, flotando en el agua mientras se quitaba el cabello mojado de los ojos. La túnica, que seguía llena de aire, se mecía en la superficie.

—El punto de la prueba es la adaptabilidad. Se suponía que aprendieras que la Marea siempre está ahí para sustentarte, que debes tratar de abandonar tus preconcepciones —dijo la Anciana Kailla—. Al confiar en la Marea, puedes respirar bajo el agua.

—El confiar en algo no significa que no puedas adaptar y dar forma a tu entorno también —argumentó el Buscador—. No significa que no puedas reunir pequeños bolsillos de poder y concentrarlos hasta convertirlos en algo más grande.

—El flujo natural de la Marea no debe ser adaptado, uno tiene que adaptarse a él —dijo la Anciana.

—Las islas que se encuentran sobre el mar dirigen el flujo de la Marea alrededor de ellas. ¿En qué aspecto es menos natural la túnica de un hombre que una isla? En el gran flujo de la Marea, todo le da forma a todo lo demás. La adaptación no significa mera aceptación.

—Puedo ver que tus maestros deben haber tenido muchos problemas contigo —dijo la Anciana Kailla. Sin embargo, no se escuchaba decepcionada.

—En eso tienes razón —dijo el Buscador. Su tono de voz se tornó nostálgico—. Discuto mucho con mis maestros. —Luego sonrió—. Ya que estamos discutiendo, ¿significa que has accedido a ser mi maestra?

—¡Por supuesto que no! —dijo la Anciana Kailla, pero tuvo que suprimir su propia sonrisa, con dificultad.

Cuando pensaba que su abuela no estaba viendo, Aya le mostró un pulgar arriba al Buscador.



—Ahora que has pasado la primera prueba, más o menos, es hora de enfrentarte a la segunda: el largo viaje sobre la espalda de un wind-truster —dijo la Anciana Kailla.

El Buscador suspiró de alivio.

—Me encanta volar.

La Anciana Kailla lo ignoró y continuó.

—Pero, tomando en cuenta que eres un piloto con experiencia y no un niño, tu desafío debe ser más difícil que el que le damos a los jóvenes. Debes circunnavegar nuestro mundo.

Aya se quedó viendo a su abuela con la boca abierta.

—¡Pero, abuela, él pilotea el pájaro mecánico! Ni siquiera sabe cómo…

—Tú le enseñarás —dijo la Anciana.

—¿Qué? —preguntó Aya confundida.

—La prueba será difícil, pero también justa. Aya, tú volarás con él como su guía para enseñarle lo que necesita saber para sobrevivir. Sin embargo, tu papel es el de guiar y moderar, no proteger ni ayudar. ¿Entiendes la diferencia?

—Pero Deek-Deek… —Aya no pudo terminar la oración. No estaba segura si estaría lista para volar otra vez tan pronto.

—La felicidad se vuelve pena y de la pena renace la esperanza —dijo la Anciana con una voz llena de ternura y compasión—. Confía en la Marea, pequeña. Te llevarás a Tigo-Lee, mi ave. Le ha dado la vuelta a nuestro mundo más de siete veces.

Aya mordió su labio inferior y asintió. El Buscador volteó a verla y sonrió.

La Anciana siguió hablando:

—Ya que a nuestro invitado le gusta hacer cosas inesperadas, Aya, tú también lo acompañarás para asegurarte de que no tome atajos. —Volteó a ver al Buscador—. Sólo en caso de que estés pensando en otros trucos, déjame decirte que esta es una prueba de resistencia física y espiritual. Deslizarse con la Marea no es un camino sencillo.

—Entiendo —dijo el Buscador con expresión solemne.

La Anciana Kailla asintió satisfecha.

—Un wind-truster puede pasar toda su vida volando, enfrentándose a tormentas en invierno y tifones en verano; sólo rozan la superficie ocasionalmente para conseguir comida. Dependen completamente del viento y deben encontrar la corriente aérea indicada para desplazarse, ganar suficiente altura de las corrientes ascendentes para atravesar zonas muertas y elegir el momento perfecto para alejarse del borde de una tormenta sin ser consumidos por ella.

»Circunnavegar el mundo en un wind-truster significa aprender la insignificancia que tiene el ave en el gran viento que representa todo el sistema meteorológico de Lew'el, lo cual a su vez es una representación de la insignificancia de un individuo en la gran red de la Marea.

»Aya también se asegurará de que pases por los Doldrums, la zona de calmas ecuatoriales, si es que llegas hasta ahí.

—¿Qué? —intervino Aya nuevamente—. Eso es imposible…

—Es a la Marea, y no a ti, a quien le corresponde decidir lo que es imposible —dijo la Anciana.

—¡Pero son los Doldrums! Ningún extranjero ha…

—¡Suficiente!

Parecía que Aya quería seguir discutiendo, pero el Buscador intervino.

—Está bien. No le temo a las adversidades: siempre te enseñan algo.

—Puedes montar a Coni-Co —dijo Tonn, a quien había empezado a agradarle el Buscador incluso más después de la primera prueba—. Es joven, pero conoce las corrientes de viento tan bien como cualquier wind-truster adulto.

—Gracias —dijo el Buscador, esbozándole una cálida sonrisa al chico.

—Si en algún momento se te dificulta demasiado seguir adelante —dijo Aya—, sólo comunícaselo a Coni-Co. Se dirigirá al terreno más cercano y te conseguirá ayuda. —

Hizo una pausa y luego, después de un momento, añadió—. No te lo pondré fácil. Después de todo, esto es una prueba.

—No esperaría nada menos —dijo el Buscador—. La única forma de descubrir quiénes somos realmente es sobrepasar nuestros límites.



Finalmente, llegó la mañana para realizar la prueba. El sol se asomaba por el este del horizonte y todo el mar parecía oro líquido. Era un día calmado y sin nubes, el clima perfecto para volar.

Los aldeanos trajeron cáscaras de doco partidas a la mitad y llenas de jugo dulce, y platones con carne de marlín para que Aya y el Buscador llenaran sus estómagos. También trajeron tiras de pescado seco envueltas en hojas de árbol de doco y manojos de docos frescos para que los dos los llevaran como suministros.

La aldea entera se reunió en la playa, con sus wind-trusters formados detrás de ellos. En frente se encontraban orgullosamente Tigo-Lee y Coni-Co, con el Buscador y Aya en sus espaldas. Las aves se veían bien descansadas y sus plumas brillaban.

La Anciana Kailla silbó fuertemente y los otros wind-trusters reaccionaron a este llamado.

—¡Adelante! —gritó ella.

Ambos wind-trusters despegaron y se dirigieron al sol naciente en el horizonte.



Le tomó un tiempo al Buscador acostumbrarse a pilotear un wind-truster.

—No es igual a pilotar una máquina —le gritó a Aya—. Tengo que mover mi cuerpo en sincronía con el de Coni-Co. Lo bueno es que me tiene bastante paciencia.

—¡Aprendes rápido! —le gritó Aya—. Cuéntame cómo se siente volar en tu ave metálica.

Aya y Tigo-Lee volaban a un ritmo pausado junto al Buscador y a Coni-Co. Aya no volaba más lento para ayudar al Buscador; los wind-trusters eran capaces de pasar tanto tiempo en el aire precisamente porque ahorraban energía siempre que podían. De hecho, los wind-trusters apenas agitaban las alas, a menos que estuvieran despegando o zambulléndose para buscar comida. Los wind-trusters trataban de deslizarse sobre las corrientes más fuertes, aferrarse a la más mínima corriente ascendente y volar sin usar mucha energía siempre que era posible.

—No es tan divertido como montar un wind-truster, pero hay algunas cosas que son iguales…

Lo mejor que un jinete de wind-truster podía hacer era minimizar la carga para el ave, no fatigarla al desplazar su peso y desbalancear su centro de gravedad. Esta era otra manera sutil en la que el montar un wind-truster se comparaba con la psicología necesaria para deslizarse con la Marea: la persona tenía que fluir junto con el ave, en vez de tratar de imponerle su voluntad. Los mejores jinetes navega-vientos eran aquellos que aprendían a moverse en sincronía con el ave, a anticipar los cambios en el viento antes de que la misma ave los sintiera.

—¿Entonces supiste cómo pilotear un X-Wing porque aprendiste a volar en un brincacielos?

—Saltacielos. Y sí, los controles son similares. De hecho, solía ir a un lugar llamado el Cañón del Mendigo…

A Aya le encantaba escuchar sobre las aventuras que el Buscador había vivido en el resto de la galaxia. El mar era vasto e ilimitado, pero la galaxia parecía infinitamente más grande. Ella deseaba poder ver algunos de los arrecifes e islas que él describía e incluso las islas a las que él nunca había ido.

Cerca del mediodía, con el sol directamente sobre sus cabezas, el Buscador guio a Coni-Co para volar por encima de Tigo-Lee. La sombra proyectada sobre Aya por las cuatro enormes alas del ave le proporcionaron gran alivio de los rayos del sol.

—No hagas eso —dijo Aya. Con el ceño fruncido, volteó hacia arriba para ver al Buscador—. ¿Tanto me menosprecias que crees que necesito que me protejas del sol?

—Lo siento —dijo el Buscador—. No fue mi intención insultarte y debí haberte preguntado antes. Cuando uno vuela en formación, es normal que los miembros del equipo se turnen para hacer rebufo.

—¿Rebufo?

—El calor crea una corriente ascendente sobre el mar, así que, si vuelo encima de ti, tú recibes mayor beneficio de esta corriente, a la vez que te proporciono sombra. Después de un rato, cambiamos de posición para que yo reciba el beneficio de la corriente mientras que tú me haces sombra. Somos iguales.

—Pero se supone que yo soy tu guía.

—Una vez cargué a mi maestro sobre mis hombros. Eso no le quitó en lo más mínimo el papel de mi maestro. Muchas cosas en la vida mejoran cuando existe cierto equilibrio entre ellas: hacerles sombra a otros y que ellos te hagan sombra a ti, elevar a otros y ser elevado por ellos. Para usar la Fuerza es crucial que exista un equilibrio en ti.

—Ah.

Aya sentía que había descubierto una nueva manera de navegar la Marea, pero no acababa de comprenderla del todo.



Tal como Aya lo había predicho, el viaje se tornó mucho más difícil.

Cuando los wind-trusters empezaron a tener hambre, descendieron para almorzar bancos de peces voladores o formaciones flotantes de hongos acuáticos. El Buscador y Aya aprovechaban estas oportunidades para rellenar sus provisiones con algún pez o alguna bola de hongos que pasaban cerca de ellos esporádicamente cuando sus respectivas aves se acercaban a las olas. La piel cruda de los peces voladores era dura y correosa, pero tenía buen sabor, y las bolas de hongos estaban llenas de agua fresca.

Sin embargo, estos bocadillos no alcanzaban para llenar los estómagos de los wind-trusters, así que, ocasionalmente, tenían que sumergirse en el agua para buscar una presa más grande. Estas zambullidas resultaban particularmente desafiantes para los pilotos, ya que tenían que sostenerse de los pájaros sin moverse durante toda la difícil experiencia. Mientras las enormes aves se sumergían directamente en este reino subacuático, cientos de metros por debajo de la superficie, nadando y pataleando por las turbulentas corrientes para alcanzar a su presa, moviendo sus picos para atrapar escurridizos marlines o marsopas escamosas, flotando de vuelta a la superficie, agitando las alas y patas furiosamente para aumentar su velocidad y, finalmente, su altitud, los jinetes tenían que contener la respiración durante varios minutos y pegar sus cuerpos contra los lisos y aerodinámicos torsos de los pájaros para minimizar la resistencia.

Después de que Coni-Co se sumergió por primera vez para atrapar un marlín bebé, Aya se percató de que la experiencia había sido agotadora físicamente para el Buscador. Cuando emergieron, su rostro estaba pálido, temblaba sin control, tosía y expulsaba agua de los pulmones. Le preocupaba que se cayera del wind-truster y fuera a dar al mar. Su condición era el vívido recuerdo de cómo se había sentido ella la primera vez que Deek-Deek la había sumergido. Sin embargo, aunque sentía temor y compasión, tenía que recordarse a sí misma que no debía interferir. Después de todo, esto era una prueba y el Buscador tenía dos opciones: soportar o fracasar.

De algún modo, el Buscador se las arregló para sostenerse del wind-truster. Diez minutos después, una vez que la cálida luz del sol lo había secado y que había recuperado algo de fuerza, hasta logró levantar la cabeza y sonreírle a Aya.

Para la siguiente alimentación de Coni-Co, el Buscador ya se había inventado un nuevo artilugio: tomó la mitad de una cáscara de doco y le hizo dos hoyos, luego los cubrió con dos alas translúcidas que le había quitado a uno de los peces voladores que habían comido. Después, se colocó la cáscara sobre la cara como si fuera máscara y la aseguró a su cabeza con una cuerda corta hecha a base de hojas de árbol de doco torcidas. Lucía como uno de esos absurdos espíritus doco de las historias que la Anciana Kailla le contaba a Aya antes de dormir, tanto, que ella no pudo evitar reír.

Cuando Coni-Co volvió a sumergirse, Aya observó cómo el Buscador volteaba la cabeza de un lado al otro bajo el agua, podía ver a través de los oculares translúcidos de sus gafas protectoras improvisadas. En esta ocasión, cuando el wind-truster salió del agua nuevamente, el Buscador se quitó la máscara y gritó de alegría.

—Eso es muy ingenioso —dijo Aya con admiración.

—Los pilotos usamos cascos así durante los combates —dijo el Buscador—. De hecho, tengo uno en mi X-Wing; puedo mostrártelo cuando regresemos.

La mención de la guerra hizo que Aya se pusiera seria. El Buscador era alguien que quería controlar la Marea para causar dolor, tal vez incluso para matar. Se preguntó hasta qué punto un hombre podría ser capaz de entender el pacifismo de Lew'el.



Siguieron avanzando por el interminable mar, día, tras noche, tras día, siempre con el sol brillando frente a ellos y las estrellas girando sobre sus cabezas.

A veces una tormenta los separaba por algunas horas e incluso por unos cuantos días. Aya buscaba ansiosamente por mar y cielo en esos momentos y dudaba si volvería a ver al Buscador. Pero, de algún modo, siempre se las arreglaban para reencontrarse, apoyados por la vista y el oído agudo de los wind-trusters.

El Buscador aprendió a percibir corrientes de aire ascendentes sobre el océano por los cambios sutiles en el aire resplandeciente o los colores cambiantes del mar. Poco a poco fue mejorando su habilidad para guiar a Coni-Co y el ave también aprendió a confiar en su inexperto jinete, quien parecía tener una habilidad nata para percibir la dirección adecuada que había que tomar para atrapar las ráfagas más veloces.

Dormían en el aire, amarrados a las monturas de bambú. Agotaron sus provisiones y sufrieron el dolor del hambre cuando la alimentación de las aves era poco frecuente. Durante las tormentas, soportaban golpes del granizo y la fuerte lluvia. Bajo el ardiente sol tropical y el incesante calor sentían que su energía se drenaba con cada gota de sudor. Aya observaba cómo la piel del Buscador se ampollaba y su rostro se demacraba.

Había resistido y lograría pasar la prueba.

Finalmente, el momento que Aya tanto temía había llegado.

Habían estado volando por un mes, y se acercaban a Ulon Atur por el oeste. Les faltaban unos pocos días para completar la gran circunnavegación, cuando de pronto el viento debajo de las alas de los wind-trusters desapareció.

Ambas aves empezaron a caer precipitadamente antes de empezar a agitar las alas con vigor para recuperar altitud.

—Bienvenido a los Doldrums —dijo Aya.

Los Doldrums, o zona de calmas ecuatoriales, era un pedazo del océano cuyo tamaño y forma cambiaban con la llegada de cada estación. Una combinación de corrientes oceánicas y patrones meteorológicos que en conjunto creaban una parte sobre la superficie de Lew'el donde el viento moría. Volar por esta región era extremadamente difícil, ya que los wind-trusters tenían que mantener sus alas en movimiento todo el tiempo. A veces, los wind-trusters que llegaban a esta parte por equivocación entraban en pánico, perdían el sentido de la orientación y nunca lograban salir. Eventualmente, caían

del cielo muertos, tras haber utilizado hasta la última gota de energía para mantenerse en el aire.

Pero, ya que los wind-trusters rara vez venían aquí, era el lugar de reunión favorito de sus presas, especialmente los huidizos marlines dorados, cuyas escamas resplandecían con el brillo del oro líquido.

—Aquí es donde te enfrentarás a la tercera prueba —dijo Aya.

El Buscador volteó a verla, por encima de la brecha entre las alas batientes de sus respectivas aves, con el rostro lleno de preguntas.

—Cuando mi abuela me pidió que te guiara a los Doldrums, lo hizo con la intención de invocar una vieja tradición. La tercera prueba es una prueba de pesca y por lo general se espera que el joven que la hace atrape algo raro y valioso. Pero el pez más difícil de atrapar es el marlín dorado, que sólo se acerca a la superficie en los Doldrums.

—Me siento… halagado —dijo el Buscador—. Un maestro sólo les pone las pruebas más difíciles a sus alumnos más prometedores.

—No te creas —dijo Aya—. Mi abuela siempre dice que la prueba más difícil está reservada tanto para los estudiantes más prometedores, para impulsarlos, como para los más peligrosos, para excluirlos.

El Buscador asintió.

—Tanto la ambición como la vanidad llevan al Lado Oscuro. Entonces… ¿qué tengo que hacer?

—Te mostraré.



—¿Cómo… cómo se supone que haga algo con esto? —preguntó el Buscador. Su voz no sólo estaba llena de incredulidad, sino también de una especie de temor.

Era fácil entender por qué, ya que sostenía horizontalmente un poste largo y delgado, por la mitad, y este se extendía medio kilómetro de cada lado de Coni-Co. El poste era tan largo que cada extremo se desvanecía en la distancia desde su percha en el pájaro. Era como uno de esos artistas de circo que caminaban sobre alambres, en aquellos planetas del Núcleo Central donde estos seguían siendo populares. Excepto que, en su caso, el poste de equilibrio era ridículamente largo.

—Se supone que debes pescar —dijo Aya.

Tanto Aya como el Buscador se balanceaban precariamente sobre la espalda de sus wind-trusters, con las piernas firmemente abrazadas al cuello de las aves y atados por la cintura a las mismas con delgadas tanzas fabricadas con seda de cangrejo roca. Ya no estaban asegurados en sus sillas de montar. Esto se debía a que Aya había pasado aproximadamente la última hora enseñándole al Buscador cómo desarmar las sillas de montar de bambú pieza por pieza y conectar entre sí cada uno de los extremos de las

delgadas varillas segmentadas para así armar las lanzas de pescar de medio kilómetro de largo.

Aya siguió explicando:

—Ya que no hay nada de viento en los Doldrums, a los wind-trusters les aterra volar demasiado bajo, porque si se caen al agua, podrían no lograr volver a tomar suficiente velocidad para despegar. Aquí no se pueden zambullir para pescar. En vez de eso, tienes que arponear a los peces que quieras atrapar con la lanza desde la espalda del wind-truster en pleno vuelo.

—¡Pero ni siquiera puedo moverme con esta cosa! —dijo el Buscador—. No hay manera de que pueda pescar con ella.

—Obsérvame —dijo Aya y le dio un suave golpecito a Tigo-Lee para que se moviera.

Cerró los ojos y desaceleró su respiración.

«Por cada reflujo, hay un flujo; por cada flujo, hay un reflujo. La luna llena debe menguar, así como la luna nueva debe crecer. La felicidad se vuelve pena y de la pena renace la esperanza. No existe nada constante más que el cambio en la Marea y yo soy el Cambio».

El mundo se desvaneció en un instante y se esclareció. Aya era un nódulo en la red infinita que conecta a las estrellas nacientes más distantes en el núcleo de la galaxia con los más mínimos indicios de esperanza en lo más profundo de su corazón. Era un ser luminoso, una cuerda vibrante de Fuerza infinita, tan resistente como el mar, tan hermosa como toda la Creación, tan extraordinaria como toda la materia, forjada en el corazón de estrellas explosivas y refinada a través de eones de ciclos eternos de vida y muerte.

Aya abrió los ojos y soltó la lanza con su mano derecha. Lentamente, como las manecillas de un viejo reloj mecánico, sumergió la lanza con su mano izquierda como punto de apoyo, girándola desde su posición horizontal de descanso hasta que quedó apuntando hacia abajo. Soltó el agarre de su mano izquierda y la lanza se hundió, acelerando su velocidad a través del anillo suelto formado por su puño.

Justo antes de que la lanza cayera del todo, apretó los dedos, y mientras Tigo-Lee plegaba firmemente las alas sobre sí misma, Aya empujó la lanza de medio kilómetro de largo hacia el mar. Con un fuerte graznido, Tigo-Lee desplegó las alas y las agitó en una explosión de movimiento, impulsándolas a ambas en un ángulo agudo.

Aya gritó triunfalmente mientras la punta de su lanza de bambú salía del mar; había algo dorado y brillante que destellaba y se agitaba, lo cual significaba que había atrapado a un elusivo marlín dorado. Debía pesar al menos cinco kilogramos.

—¿Cómo…? —la voz del Buscador se desvaneció—. De acuerdo, déjame intentarlo.

Durante horas, el Buscador guio a Coni-Co en círculos sobre los Doldrums. Con la ayuda de Aya, aprendió a distinguir los reflejos reveladores del marlín dorado, y él se lanzó tras ellos con su lanza de medio kilómetro de largo. Aya estaba sorprendida por la facilidad que tenía el Buscador para conectarse con la Marea. Aunque se veía un poco torpe al principio, pronto aprendió a balancear y arrojar la pesada arma como si se tratara de una lanza para pescar de tamaño normal. Sus sentidos también parecían agudizarse

con cada intento. Para cuando cayó la tarde, el Buscador había logrado localizar marlines dorados incluso desde más lejos que Aya o cualquiera de los wind-trusters.

Aya pudo percatarse de que, al conectarse con los filamentos de la Marea, el Buscador canalizaba y daba forma a las corrientes y los afluentes de la misma para lograr estas hazañas. Su habilidad para manipular la Marea la fascinaba y la horrorizaba a la vez.

Aun así, el Buscador no había logrado atrapar uno solo de los marlines dorados. En el último instante, la punta de su lanza siempre fallaba y perdía su objetivo, a veces por cuestión de unos cuantos centímetros.

—No lo entiendo —dijo finalmente, con un tono de derrota—. He utilizado todos los trucos que conozco…

—¿Por qué no confías en la Marea? —preguntó Aya—. ¿Por qué siempre tratas de utilizarla?

—No entiendo —dijo el Buscador—. ¿Cómo puedo lograr lo que necesito sin invocar la ayuda de la Fuerza?

—Nunca había visto a alguien que fuera tan sensible a la Marea —dijo Aya—. Creo que ni siquiera mi abuela se te compara. Pero tú mismo te apartas de la Marea. No te permites sumergirte por completo en ella.

—La Fuerza es mi aliada.

Aya sacudió la cabeza con frustración.

—Eso no es lo que quiero decir. Necesitas soltarte. Siempre quieres estar en control. Pero debes confiar en la Marea; debes dejar que ella sea la que te levante y te empuje a donde ella sabe que debes ir.

El Buscador no dijo nada; se veía pensativo. Luego asintió para indicarle a Aya que le dijera más.

—No puedes atrapar al marlín por tu cuenta, sin importar lo mucho que trates de adaptar la Marea a tu voluntad —dijo Aya—. Tienes que confiar en que la Marea guiará al pez y a la punta de tu lanza para que estos se junten, y ponerte a disposición de la Marea, de su flujo y su reflujo.

—Entonces… quieres decir que debido a que no confío en que las cosas saldrán bien sin que yo intervenga, no puedo atrapar al pez —dijo el Buscador.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir.

—«Eso es por lo que fallas» —dijo entre dientes el Buscador.

—¿A qué te refieres? —preguntó Aya.

El Buscador sacudió la cabeza y sonrió.

—Sólo recordaba algo que mi maestro me dijo alguna vez, cuando no lograba aprender lo que quería enseñarme porque no creía que fuera posible. Gran parte de mi aprendizaje significó desaprender lo que creía saber.

Aya asintió.

—Suena a algo que mi abuela diría.

El Buscador rio entre dientes.

—Estoy seguro de que tu abuela y mi viejo maestro se habrían llevado bastante bien.

El Buscador cerró los ojos y guio a Coni-Co en un arco amplio y extenso. Aya se percató del cambio en la Marea al mismo tiempo que algo en la actitud de él cambió. Ya sin ansiedad ni impaciencia, el Buscador relajó todo su cuerpo, aparentemente despreocupado del hecho de estar en la espalda de un pájaro gigante y maniobrando vigorosamente sobre un vasto mar sin costa a la vista y sin viento en su espalda.

La punta de su lanza se sumergió y se balanceó sobre el mar como un péndulo. Estaba a la vez pasivo y preparado para actuar, con el potencial de la acción infinita contenido dentro de una sola posición de inacción.

Coni-Co se lanzó. La lanza se extendió desde la mano del Buscador como el llamativo tentáculo de una medusa. El wind-truster levantó el vuelo bruscamente y graznó mientras se esforzaba por ganar altura. El Confía-Marea que se encontraba sobre su espalda sacó la lanza del océano y en su punta tenía un gigantesco pez dorado que se retorcía y se agitaba.

—¡Debe pesar al menos unos cien kilogramos! —gritó Aya. No podía creerlo.

Coni-Co luchó lo más que pudo, pero no pudo soportar el peso del pez. Pronto, el pájaro empezó a bajar hacia el mar.

—¡Oh, no! —exclamó Aya—. ¿Cómo recuperaremos al pez?

—No lo haremos —dijo el Buscador. Sostuvo firmemente la lanza de bambú con ambas manos, como si fuera la empuñadura de una espada enorme. Aya vio cómo los músculos de sus brazos se marcaban por el gran esfuerzo y sintió cómo vibraban los filamentos de la Marea a su alrededor. La punta de la lanza, que se encontraba muy por debajo de ellos, giró en un patrón como los pétalos de una flor, y el pez, una vez liberado de la punta, cayó al agua con un estrepitoso salpicón.

—La lanza atravesó el cartílago debajo de su aleta superior —dijo el Buscador—. Estará adolorido por unos cuantos días, pero sobrevivirá.

Coni-Co, aliviado por la reducción en el peso, volvió a elevarse, y sus graznidos sonaban llenos de cansancio, así como de alegría.

—Deberíamos volver —dijo el Buscador—. Los wind-trusters llevan mucho tiempo sin viento. No creo que puedan mantenerse en el aire mucho tiempo más si seguimos en los Doldrums.

—Pero tu pez se escapó —dijo Aya—. Así no podrás pasar la prueba.

—Es momento de soltar —dijo el Buscador, pero su voz no tenía dejo alguno de pena o decepción, sólo de aceptación.

Aya asintió, y los dos wind-trusters emprendieron el largo vuelo hacia el este, hacia Ulon Atur.

—Estuviste muy cerca —dijo la Anciana Kailla—, mucho más que cualquier otro extranjero.

El Buscador asintió.

—Aunque no pasé la prueba, he aprendido muchas cosas valiosas.

—¿Qué has aprendido?

—A ver el Lado Luminoso y el Lado Oscuro de la Fuerza como espuma iluminada por el sol y remolinos sombríos que forman parte de la misma Marea; a aceptar que la Fuerza tiene mayor voluntad que un individuo; a confiar en que, a veces, ceder no significa rendirse sino disolver el ego en la gran red que conecta todo y a todos.

La Anciana Kailla sonrió.

—Puede que ya hayas aprendido todo lo que podíamos enseñarte después de todo. A veces, el no pasar una prueba es igual que pasarla. Un «no» puede ser tan bueno, si no es que más bueno, que un «sí».

El Buscador se inclinó ante ella y dijo:

—Y existen otras maneras de servir al bien además de pelear y confrontar al mal. También se puede servir al bien haciendo guardia y manteniendo grupos de paz y tranquilidad; también se puede reprender al mal mostrando que existe otro camino que no sea el de la muerte y la guerra. Todos estamos conectados a través de la Marea, y existe un tiempo y lugar para descansar, así como un tiempo y un lugar para actuar.

La Anciana se inclinó ante él en respuesta.

—Siempre serás bienvenido aquí, Buscador, Caminante de Nubes y Salvador de Peces.



El Buscador estaba en su cabina de mando, preparando al ave metálica para despegar. El cerebro azul y plateado del ave chirriaba y silbaba con emoción.

Aya pasó a despedirse.

—¿A dónde irás ahora? —preguntó Aya.

—A descubrir otros aspectos de la Fuerza, la Marea. La galaxia es enorme y siempre hay mucho más que aprender. Confío en que la Marea me guiará adonde tenga que ir. No siempre tengo que estar cazando peces; los peces vendrán a mí cuando el momento sea oportuno.

Aya sonrió.

—Podré ver la galaxia algún día —dijo ella, sin duda alguna en el tono de su voz.

El Buscador volteó a verla y le sonrió afectuosamente.

—Confía en la Marea y ve adonde ella te lleve. Pero Aya sacudió la cabeza.

—No, esto no es por la Marea. Yo quiero ver la galaxia. Tal vez no hoy, ni siquiera este año, pero lo haré. Sé que hay guerras y conflictos, así como bondad y maldad allá afuera, pero siempre puedo elegir el lado correcto, elevar a aquellos en los que confío y restaurar el equilibrio. —Después de un momento, añadió—: Tú me enseñaste eso.

—Nos turnamos para elevarnos mutuamente —dijo el Buscador.

Aya se despidió de él.

—Que siempre confíes en la Marea.

La expresión en el rosto de él se tornó melancólica.

—Que la Fuerza te acompañe.

INTERLUDIO TRES

«¿EL BUSCADOR TAMBIÉN ES Luke Skywalker?».

«¿Tú eres Aya? ¿Finalmente te has marchado de casa para ver la galaxia?».

«¿Tienes miedo de que si otros descubren que puedes nadar en la Marea traten de hacerte daño?».

«¿Por eso eres un polizón lleno de secretos?».

«¿Estás tratando de encontrarlo?».

Teal tenía un millón de preguntas rebotando en su cabeza, pero se mordió la lengua y se las tragó todas. Era obvio que a esta polizona le había costado bastante trabajo contarle todo eso y entendía que la confianza es algo que uno debe ganarse. Además, no había tiempo de conversaciones ociosas. Tenían que llevar a cabo el plan para escabullir a la mujer fuera de la nave en la mañana sin que el Capitán Tuuma se diera cuenta.

—Vamos —dijo Teal extendiendo una mano—. Hay que irnos. —Después de una breve pausa, añadió—: Canto Bight no se parece a ningún otro lugar en la galaxia. Está lleno de gente y cosas extrañas, todas provenientes de otras partes. Pero, también es un lugar en donde cualquiera puede encontrar un escondite y volverlo su hogar. Estarás a salvo si tienes cuidado.

—¿Como un arrecife de coral, en el que tanto la gran ballena jorobada como el diminuto camarón ángel pueden encontrar un escondite?

—Claro. Exactamente así. —Teal nunca había visto un arrecife de coral, pero sonrió al imaginarse a la ciudad de los artificios así—. Necesitarás un nombre… algo que no llame mucho la atención.

La mujer tomó a Teal de la mano.

—Llámame Flux. Soy el Cambio.



Ambas se escabulleron silenciosamente por los corredores, moviéndose entre las sombras, ocultándose detrás de ductos de ventilación y agachándose tras rutas de acceso cada vez que uno de los oficiales de la nave pasaba cerca de ellas. Finalmente, llegaron al sollado, que estaba totalmente vacío.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Flux.

—Al llegar, los oficiales portuarios siempre hacen una revisión a fondo de todas las zonas de carga de la nave en búsqueda de contrabando —dijo Teal—. Así que no podías

quedarte donde estabas. Los escáneres que usan tienen tanta potencia que podrían matarte.

—¿No escanean los cuartos de la tripulación?

—Hacen una inspección manual —dijo Teal—. También revisan a la tripulación y a los pasajeros, y los comparan con la lista de embarque.

—Pero aquí no hay donde esconderse —dijo Flux, volteando a ver las mesas bajas en el área del comedor y las diminutas alacenas en la cocina.

—Se me ocurrió un lugar que nunca revisarían —dijo Teal, con una sonrisa en la cara. Abrió una puerta estrecha y le mostró la entrada a una rampa deslizante que conducía a un lugar oscuro—. Esto lleva hasta el pantoque de la nave, donde se almacena el agua residual y la basura. Los inspectores de aduanas nunca revisan ahí, y una vez que atraquemos, el pantoque se vacía en las alcantarillas del puerto.

Flux volteó a ver la profunda rampa con escepticismo.

—No estoy segura de si es una buena idea…

—Allá abajo apesta —dijo Teal—. Pero te prometo que es el lugar más seguro en toda la…

—¡Thbttttttt! ¡Doo-weep!

Flux y Teal voltearon de golpe y vieron frente a ellas la figura bajita y cuadrada de G2-X, el custodio de la nave. El antiguo droide no se veía muy contento de encontrarlas invadiendo sus dominios.

—*¿Beep-doo-weep-weep? ¿Dee-thweep?*

—Es… eh… una pasajera que ha estado enferma todo el viaje —dijo Teal, tratando desesperadamente de inventar alguna excusa plausible—. Y ahora… eh… ahora se siente mejor, y pensamos que podríamos buscar algo de comer…

—*¡Dwoo! Eep-doo-TWEE-TWEE. Book-teek-teekTHWEE…*

—¡Oye, cálmate! —dijo Teal mientras agitaba las manos, tratando de calmar al droide—. Sabes que no entiendo mucho binario, no te exaltes. Seamos razonables…

—¿Qué es lo que estás tramando?

—¿Y quién es *ella*?

Teal volteó a ver de dónde provenían las nuevas voces. G'kolu y Tyra estaban en la entrada del sollado.

—Me levanté para ir al baño y vi que te estabas escabullendo por los pasillos —dijo G'kolu—. Así que desperté a Tyra para seguirte y ver de qué clase de diversión nos estábamos perdiendo.

G'kolu y Tyra voltearon a ver a Teal, luego a Flux y finalmente a G2-X, que seguía chirriando y balbuceando.

—¿Por ella fue que te llevaste tu comida del sollado hace rato? —preguntó G'kolu—. Ya decía yo que estabas actuando de manera sospechosa…

Teal estaba a punto de explicarles cuando escuchó una voz profunda de barítono haciendo eco en los corredores.

—¿G2? ¿Por qué haces tanto ruido? ¿Pasa algo?

—Es el primer oficial —susurró Teal—. ¡Por favor! ¡Se los suplico! Ayúdenme. No podemos dejar que la encuentren —dijo señalando a Flux—. Ya saben lo que pasará.

G'kolu y Tyra voltearon a verse mutuamente. Mientras los cuernos de G'kolu se enroscaban y se sacudían, y Tyra entrecerraba y abría los ojos, parecían estar teniendo una conversación sin palabras. Ambos asintieron.

Tyra se colocó junto a G2-X en un segundo. Con su mano izquierda cubrió el digitalizador de audio del droide mientras lo sujetaba fuertemente contra su cuerpo con la derecha, todo en un rápido movimiento. A pesar de que el sorprendido droide se retorcía y luchaba por liberarse, al menos su escándalo había sido amortiguado. Tyra se acercó a los receptores de audio del droide; luego, silbó y emitió un pitido en voz baja.

Flux y Teal observaban la escena con incredulidad.

Los cuernos de G'kolu se enroscaron a la mitad, mostrando que estaba entretenido.

—Supongo que uno se hace de algunas habilidades interesantes como carroñero —murmuró entre dientes. Luego, se dio la vuelta y corrió por el pasillo gritando—: ¡Bani-Ani! ¡Soy yo, primer oficial!

Los otros se amontonaron en la oscuridad del sollado mientras escuchaban la conversación que tenía lugar en el pasillo.

—¿Qué estás haciendo levantado?

—Nos quedamos despiertos un rato con la tercera oficial para contar historias y, después de que me marché, creo que tiré mi escarbaoídos. Regresé para buscarlo y G2 me estaba ayudando.

—¿Estaban buscando un escarbaoídos? Yo escuché mucho escándalo y el droide sonaba muy alterado.

—Ya sabe lo torpe que soy, mientras andaba a tientas buscando, accidentalmente derramé la cubeta de grasa que Dwoogan estaba guardando para después, así que G2 se enojó conmigo.

—¿Es esto cierto, G2? —La voz del primer oficial se escuchaba llena de sospecha. Sus pesados pasos se acercaron.

El rostro de Teal palideció, pero Tyra quitó la mano del digitalizador de audio de G2-X y silbó suavemente en su receptor.

—Por favor —le susurró Teal al droide, volteando a verlo suplicantemente.

—*Doo-thweep* —pitó el droide después de una pausa.

Los pasos que se aproximaban se detuvieron de repente.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo G'kolu con voz persuasiva—. ¿Podría ayudarnos a limpiar el desastre? Estaría muy agradecido…

—¡No seas ridículo! —El primer oficial sonaba indignado—. ¿Pretendes que me ponga a limpiar grasa derramada? Tengo otras cosas que hacer, asuntos de suma importancia. Limpia tu propio desorden. —Su voz se desvaneció poco a poco junto con sus pasos.

G'kolu se pavoneó de vuelta a donde estaban los demás, sacando el pecho y con un aire de autosatisfacción.

—Después de esto, creo que necesitaré un nombre tan impresionante como los que tenían los miembros de la pandilla de O'Kenoby. ¿Qué opinan de G'kolu el Grasoso? Me escuchaba bastante tranquilo, ¿no?

Tyra puso los ojos en blanco.

—Bastante empalagoso, más bien, pero bueno, al menos funcionó.

Voltearon a ver a Teal, Flux y G2-X.

—Ahora, cuéntenos de qué se trata todo esto.



—En serio que esta es una noche llena de historias sobre Luke Skywalker —dijo G'kolu maravillado después de que Teal y Flux le explicaron la situación.

—Es la Marea —dijo Flux con seguridad—. La Marea nos reunió a todos esta noche alrededor de Luke Skywalker.

—No estoy segura respecto a esa palabrería de la Marea —dijo Tyra con escepticismo—. Suena igual que todas esas tonterías místicas sobre la Fuerza…

—No son tonterías místicas —insistió Flux—. La prueba es que ustedes quieren ayudarme, ¿cierto?

—*Claro* que queremos ayudarte —dijo Tyra—, pero eso es porque ayudaríamos a cualquier persona que esté tratando de salir adelante por sí misma en esta galaxia…

—*TWEE-TWEE. ¡Pfbttt!*

—Perdóname por haberte callado hace un momento —se disculpó Tyra, dirigiéndose a G2-X—, pero hasta tú tienes que estar de acuerdo en que no podemos permitir que Tuuma lance a una persona al espacio así como si nada.

—*Dweep-doo. Ooo-thWOO eep-weep-eep.*

—¡Oye! ¡Mi mano no tiene rastros químicos de orina de vegicus! —Tyra olió su mano sólo para verificar. El droide se balanceó de lado a lado alegre y burlonamente.

—¿Nos vamos? —preguntó Teal. Estaba impaciente por seguir con el escape de Flux.

—*¡Thbtttttt! Doo-weep. Doo-weep. SKYYYY-waakaa-err whoot*.

Tyra agrandó los ojos.

—Espera, ¿tú también sabes una historia sobre Luke Skywalker?

—No creí que los droides pudieran contar historias —dijo G'kolu.

—¡Tengo que escuchar esto! —dijo Flux.

—No entiendo suficiente lenguaje binario como para entender la historia —dijo Teal.

—Yo interpretaré —dijo Tyra—. Soy bastante buena para el lenguaje binario; mi abuela solía enseñar en la acad… bueno, solía trabajar con droides mucho antes de volvernos carroñeros.

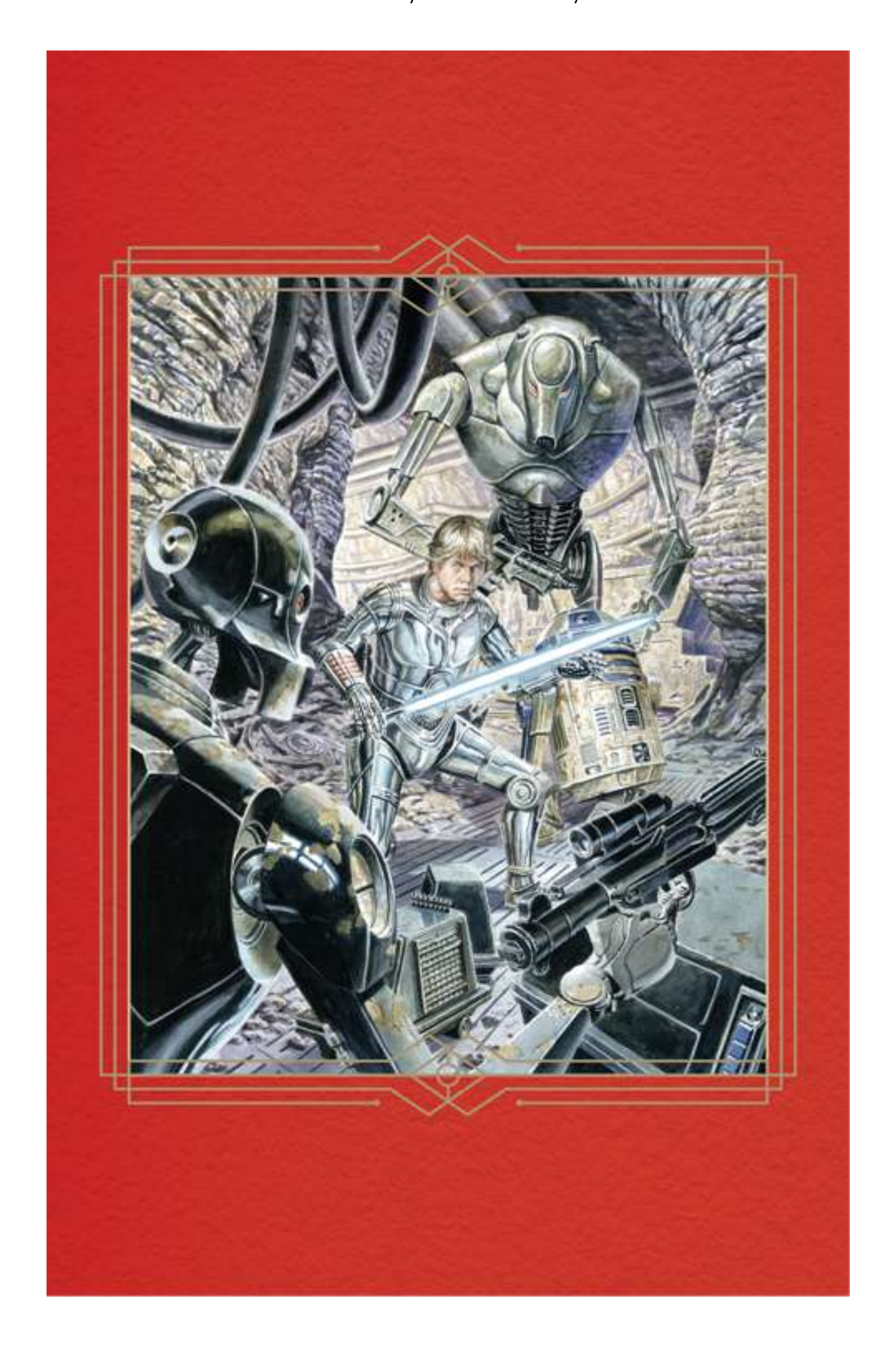
—Eso sería fantástico —dijeron Teal y Flux a la vez.

—Muchos modismos en binario no tienen equivalente en básico galáctico estándar, así que sólo puedo darles la idea general —dijo Tyra.

Acomodándose en sus fuertes ruedas, el viejo droide empezó a silbar y emitir sonidos con un flujo constante e hipnótico y Tyra tradujo para los otros.

—Nunca he conocido personalmente a la droide cuya historia estoy a punto de relatar, pero permítanme repetirles sus palabras, que han sido transmitidas de droide a droide alrededor de la galaxia sin cambiar…

ESTOS NO SON LOS DROIDES QUE BUSCAN.
—OBI-WAN KENOBI



YO, DROIDE

NOSOTROS LOS DROIDES PENSAMOS en binario. Uno y cero, encendido y apagado, sí y no. Esto nos da claridad, nos hace felices. Las cosas son reales o no lo son, se saben o no se saben. Un individuo pensante es o un ser orgánico o un droide. Simple, ¿verdad?

Por lo menos en la mayoría de los casos.



Soy una droide de construcción de la serie Z7, manufacturada por Structgalactis, Inc. y equipada con uno de los primeros juegos de bandas omnidireccionales de cero fricción en el mercado. Fui diseñada para trabajo pesado, como cavar fosas, limpiar campos, aplanar terrenos, construir nuevos edificios… básicamente todo lo necesario para que la civilización pudiera florecer en la salvaje naturaleza de los planetas recién colonizados. Mi cuerpo en forma de cubo mide tres metros de alto y está equipado con dos brazos simétricos a los que se les pueden agregar varios aditamentos de terminal dependiendo de las necesidades de los usuarios: palas, elevadores de potencia, ganchos, azadas, arietes de demolición, operadores de pilas, entre otras cosas. He trabajado en todo tipo de terreno y clima que se puedan imaginar: hielo, jungla, pantano, antiguos lechos marinos pulidos por la arena. Siempre he hecho mi trabajo con alegría y me he ganado honestamente mis recargas de energía.

Unos años atrás formé parte de un equipo que estaba construyendo un nuevo asentamiento en la tundra de Cro-Akon. La costumbre del sitio era que los trabajadores orgánicos tomaran un descanso al mediodía para almorzar juntos. Los droides que trabajábamos con el equipo de construcción no necesitábamos comer, pero decidimos adoptar la costumbre de reunirnos al mediodía para recargarnos. Aquellos que tenían baterías solares extendían sus paneles bajo la débil luz solar que había para reunir algo de energía; el resto de nosotros nos turnábamos para usar el enchufe, bebiendo los restos de la energía suministrada por los generadores geotérmicos.

Me gustaba esta costumbre, ya que nos permitía a los droides intercambiar historias o nuevos chips de programación.

—Gracias por haberme ayudado a desenterrar ese tocón de árbol hace rato, Zeta —dijo Z5-TXT, un droide especializado de nivelación. Todos los trabajadores, tanto droides

como orgánicos, me llamaban Zeta porque mi designación completa era demasiado larga para pronunciar fácilmente.

—No hay problema —le dije.

—Desenterrar ese tocón consumió ochenta y tres por ciento de mi batería —dijo Z5-TXT—. No pensé que las raíces hubieran penetrado más de dos metros bajo la superficie. Por esta vez, en verdad necesito esta recarga de mediodía.

—Es un pedazo de madera interesante —dije—. ¿No te recuerda al holograma del decápodo de aguas profundas que subieron a nuestra programación antes del trabajo que tuvimos en Quan-Shui? Estaba pensando en tallar una estatua con él…

—Oh, Zeta, siempre se te ocurren proyectos de lo más extraños —dijo D-LKS, un levantacargas. Su lenguaje binario siempre tenía una especie de tono áspero, que combinaba bien con su personalidad—. Ya tenemos seis de tus esculturas hechas con tocones de árboles en el borde del sitio de construcción. ¿Para qué desperdiciar energía haciendo cosas que no sirven para nada?

—Déjala en paz —dijo Z5-TXT—. Zeta puede hacer lo que ella quiera siempre y cuando no utilice más de su cuota justa de energía.

Toqué su espalda gentilmente como señal de agradecimiento. Tallar y escarbar era un pasatiempo que tenía. Yo lo explicaba, desde el punto de vista de la lógica, como una manera de desarrollar mis circuitos de movimientos finos y así ampliar mis habilidades y hacerme más rentable; pero la verdad era que mis procesadores simplemente disfrutaban el cosquilleo que me producían los nuevos patrones en coalescencia con mis puertas lógicas mientras creaba algo hermoso a partir de un bloque de madera. Supongo que las nuevas vías de conducción eléctrica también reducían la tasa de consumo de energía en mis circuitos, lo cual era bueno, porque siempre me sentía más calmada después de tallar.

D-LKS estaba a punto de seguir discutiendo, cuando la luz que había a nuestro alrededor se oscureció y los droides que tenían paneles solares empezaron a emitir sonidos de alarma. Alzamos la mirada y vimos una nave extraña en el cielo, que estaba descendiendo en donde nos encontrábamos nosotros. Tenía la misma forma que un manojo de dagas pintado de color azul medianoche, y de inmediato supe que se avecinaban problemas.

«Esclavistas».

—¡Corran! —Aumenté la potencia de salida de mi digitalizador y tanto los trabajadores orgánicos como los droides se dispersaron en todas direcciones, con la esperanza de encontrar algún escondite entre los glaciares o los pequeños grupos de árboles de tronco grueso que estaban dispersos por la tundra.

Sin embargo, Z5-TXT, renqueando sobre sus tres patas cortas con ruedas, se quedó atrás. Había drenado sus reservas de energía cuando estuvo arrancando el obstinado tocón de árbol y no había tenido suficiente tiempo para recargarse durante el descanso. La rueda de su pata izquierda tembló, se atoró en un surco e hizo que ella cayera al suelo. Sus ruedas gemían impotentemente y ella no lograba levantarse.

—Vete, Zeta —me dijo débilmente con un bip—. Déjame.

—Eso no ocurrirá —le dije firmemente. Era el deber de aquellos droides con más energía ayudar a aquellos que tenían menos. No sé de dónde había sacado esa parte de mi programación, pero creía en ella tanto como creía en todas las historias sobre el Fabricante.

Escaneé 962 opciones disponibles en un milisegundo, y ninguna de ellas nos permitía escapar a ambas y ponernos a salvo. Era demasiado pesada como para que la cargara y no había tiempo de que la recargara con mis reservas de energía.

Pero sí había una opción que la salvaría.

Tomé la célula de energía que estaba en mis bandas frontales y la arranqué. Era la única célula de energía lo suficientemente pequeña en mi cuerpo como para quedarle. La coloqué deprisa en el enchufe que se encontraba en la espalda de Z5-TXT. Luego, la levanté y la puse sobre sus tres ruedas.

—¡Vete!

—¿Y qué pasará contigo?

—Recalibraré mis activadores para compensar —le dije.

Ella salió huyendo a toda velocidad, chirriando de alivio. La observé hasta ver que se ponía a salvo en el laberinto formado por las pilas de rocas, más allá del borde del claro.

Lo que le dije no fue una mentira, no tengo los circuitos para eso. Simplemente no le dije qué era lo que trataba de compensar.

Con un fuerte siseo, la extraña nave aterrizó detrás de mí.

Me di la vuelta. Con mis bandas frontales inmovilizadas, era todo lo que podía hacer. Había calculado que este sería el resultado más probable cuando le di a Z5-TXT mi célula de energía, y estaba concentrando todo mi poder restante en mis actuadores de brazo, para luchar contra los esclavistas con cada voltio de energía que quedara en mis baterías.

La rampa de carga en la parte trasera de la nave se abrió y de ella emergió una figura humanoide. Era una tectozin, cuyas extremidades eran unas poderosas protuberancias debajo de una armadura de cerámica de color verde oscuro cubierta de rasguños y abolladuras. También sostenía el rifle de pulso más grande que haya visto, casi tan largo como su estatura.

—Eres un hermoso espécimen —dijo. Sus acechantes ojos parpadearon en apreciación.

Sus dedos con garras oprimieron el gatillo y mis procesadores se apagaron con un fallo lógico y un torrente de dolor abrasador.



La nave saltó del hiperespacio con apenas una sacudida.

Estaba despierta, pero no podía moverme. Un arnés de sujeción, que es una versión más barbárica de un perno de retención, bloqueaba todos mis circuitos motrices, y ni siquiera lograba que mi vocalizador emitiera un solo bip.

También estaba encerrada en una jaula, una de las muchas que se encontraban alineadas en ambos lados de la plataforma central. Cada jaula contenía un droide. Algunos eran droides de construcción voluminosos o droides de trabajo pesado como yo, mientras que otros eran de apariencia más delicada, del tipo que sólo es adecuado para trabajo más ligero.

Había observado a mi captora hacer unas cuantas paradas más en el largo viaje a través de las estrellas y, cada vez, traía a bordo un lote fresco de droides incapacitados. Algunos aún podían hablar, y con base en los fragmentos de conversaciones suplicantes y llenas de terror que pude escuchar antes de que los prisioneros fueran silenciados con arneses de sujeción, nos estábamos alejando de las partes más civilizadas de la galaxia y hacia las Regiones Desconocidas.

Ningún droide que se respete se había aventurado jamás a ir a las Regiones Desconocidas. ¿Y por qué lo harían? Había muy pocos centros de servicio, mecánicos o fábricas con partes de repuesto. Probablemente habría que embarcarse en toda una aventura sólo para conseguir un enchufe compatible donde pudieras recargar energía limpia y pura después de un largo día de trabajo, como todo artilugio civilizado.

De pronto, una pantalla de visualización se encendió al final de la plataforma, mostrando un planeta que orbitaba alrededor de un tenue sol rojo. El planeta estaba envuelto en una atmósfera anaranjada muy densa que ocultaba todas las características de su superficie. No me pareció un lugar hospitalario para seres orgánicos… aunque tampoco parecía muy acogedor para droides.

Mientras la nave de esclavos se acercaba al nuevo planeta, una estación espacial apareció gradualmente frente a nosotros. Era una creación reluciente y etérea, fabricada por hábitats esféricos de vidrio suspendidos entre puntales delgados, casi invisibles, entretejidos en una celosía de gasa. El lugar parecía una telaraña cubierta de rocío.

Junto a la estación espacial, había otras naves atadas que se parecían al manojo de dagas que me había secuestrado a mí y a los otros droides.

Nuestra nave atracó en medio de esta red de joyas con un silbido silencioso. La piloto tectozin salió de la cabina de mando y se colocó frente a la puerta principal al final de la plataforma. Después de los pocos segundos que le tomó a la cámara hiperbárica estar preparada, la compuerta se abrió.

Dos seres orgánicos muy bien vestidos entraron a la nave, un humanoide y otro insectoide.

Saludaron a la tectozin.

—Capitana U’rum, bienvenida de vuelta a la Gema.

Un nombre apropiado para esa estación.

U’rum, mi captora, asintió.

—Lord Kluleyeke y Lady Eekee, el botín es excelente esta vez.

Los tres se pasearon por la nave para inspeccionar el cargamento. De vez en cuando, U'rum detenía a los dos nobles para hablarles sobre las características de algún droide en particular. Señalaba los múltiples brazos de uno de los droides más grandes, especializados en soldar, apilar, taladrar y excavar. Les hablaba orgullosamente de algunos de los droides de mantenimiento más pequeños, diseñados para inspeccionar sistemas de tuberías y ductos para detectar fugas, y también para reparar pequeñas averías mecánicas.

Los tres se detuvieron frente a un grupo de jaulas que contenían varios droides humanoides diseñados para interpretar, cocinar, cantar y otras labores intelectuales.

—Estos no nos servirán mucho en las minas —comentó Lord Kluleyeke; sus mandíbulas chasqueantes les daban a sus consonantes un sonido particularmente áspero—. El ácido por sí solo sería suficiente para terminar con ellos, incluso si el calor y la presión no les afectan antes.

—Tenemos más que suficientes droides de entretenimiento en la Gema —dijo Lady Eekee—. De hecho, probablemente tenemos demasiados.

—Pero la variedad es la sal de la vida —dijo la Capitana U'rum, logrando que de algún modo esa frase trillada sonara amenazante—. Les sugiero que se deshagan de algunos de los droides de protocolo y entretenimiento que ya los hayan aburrido y los reemplacen por estos. Me llevaré a los droides desechados con el resto de los trabajadores.

—Nosotros no pedimos tantos droides inútiles —se quejó Eekee—. ¿Acaso estás tratando de estirar tus ya de por sí considerables ganancias?

U'rum extendió los brazos apaciguadamente.

—Para nada. Sólo que fue más fácil traerlos. Es mejor no dejar ningún testigo.

A pesar de la falta de movimiento, presentía que los droides en las jaulas se estremecían al escuchar esta discusión. Habían temido por su destino desde que fueron arrancados de sus hogares, pero este parecía ser peor de lo que cualquiera de sus circuitos para predecir el futuro podría haber computado.

Al llegar al final de la plataforma, U'rum replegó sus garras y se dio la vuelta. Imaginé que la inspección había terminado y que estaba lista para discutir su tarifa. Pero antes de que pudiese hablar, un fuerte traqueteo estalló en la jaula que se encontraba justo a mi derecha.

—Pensé que los habías contenido y amordazado a todos —dijo Lady Eekee, frunciendo el ceño.

—Lo hice —dijo U'rum.

Los tres se asomaron curiosamente dentro de la jaula y yo también enfoqué mis fotorreceptores ahí.

Adentro había un pequeño droide astromecánico pintado de blanco, plateado y azul. De algún modo, el droide astromecánico se las había arreglado para cortar uno de sus pernos de retención y su cabeza en forma de domo giraba frenéticamente de un lado a otro, sacudiendo su cuerpo de manera defensiva.

—Interesante —dijo Kluleyeke—. ¿Una herramienta de corte oculta con un conjunto independiente de circuitos de motor? Uno no puede confiar en restricciones estándar con estos pequeños alborotadores. Es bien sabido que muchos droides de la serie de R2 tienen modificaciones no incluidas en su diseño de fabricación.

—Sería una excelente incorporación para las cuadrillas de trabajo de los nuevos túneles de alta presión —reflexionó Eekee—. Un pequeño droide tan resistente como este sería especialmente útil para escudriñar el mineral triturado.

—Antes de que el ácido derrita todos sus apéndices, ocultos o no —dijo U'rum, riendo entre dientes.

La jaula donde se encontraba la unidad R2 se sacdió con más intensidad aún.



Nos descargaron de la nave y nos llevaron a un garaje en funcionamiento en la Gema. Mientras los confundidos droides zumbaban, revoloteaban y emitían bips a mi alrededor, yo mantenía mis audioreceptores abiertos y, gradualmente, obtenía más detalles sobre nuestra nueva vida de esclavitud.

El planeta anaranjado cubierto de nubes tenía una atmósfera tan densa que la luz del sol nunca llegaba a la superficie. De las nubes llovía ácido y los destellos de los relámpagos zigzagueantes proporcionaban la única iluminación que había en esta eterna oscuridad. El aire cerca de la superficie era tan pesado debido a la presión que podía compararse más bien con una sopa espesa. La superficie del planeta era desértica, sin vida y lo suficientemente caliente como para derretir plomo y estaño.

Este lugar era conocido como la Profundidad. Nada vivía aquí.

—¡Bienvenidos a la Gema! —exclamó Lord Kluleyeke mientras caminaba de un lado a otro en el garaje que se encontraba frente a nosotros, volteando a vernos a todos como un profesor dictando clase—. Sé que muchos de ustedes están asustados, así que estoy aquí para tranquilizarlos.

No confiaba en él, no lo hice ni por un milisegundo.

—Siempre he creído que es justo darles a droides como ustedes, sin importar su nivel de inteligencia, una idea básica de su papel. De este modo, pueden apreciar el noble propósito por el cual han sido liberados de sus antiguas vidas de falsa libertad, llenas de trabajo monótono sin sentido.

»La Gema es un refugio para lores, ladies, magnates y oligarcas que pertenecen a un diverso número de especies. A diferencia de los insignificantes burócratas y policías de mente pequeña, sólo aquellos que valoran la verdadera libertad residen aquí.

»Ataviados con las mejores telas, recolectadas de miles de planetas, y alimentándonos de los bocados más deliciosos, cosechados en cientos de sistemas, nosotros los nobles de la Gema pasamos nuestros días flotando de un hábitat de cristal a otro, discutiendo poesía, debatiendo filosofía, creando arte y componiendo música. Nuestra forma de

hablar es elegante, nuestros gestos son hermosos. Aquí, podemos gobernar de una manera en la que las democracias controladas por multitudes no nos permiten llevar a cabo experimentos que los oficiales cobardes prohíben, e instaurar instituciones sociales que los jueces y reguladores pedantes consideran totalmente inaceptables…».

Uno de los técnicos que portaban máscaras entró a llevarse a uno de los droides. El droide, un cantante humanoide, se tiró al suelo aterrorizado.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡No quiero una operación! ¡No quiero ser eliminado! ¡Por favor! ¡Haré lo que sea…!

Uno de los técnicos lo silenció dándole una descarga con un zapper portátil. Lo arrastraron hasta la sala de operaciones del otro lado de un muro de separación bajo.

Lord Kluleyeke, molesto de que su discurso se hubiera interrumpido con la conmoción, esperó hasta que el equipo de operaciones y su víctima desaparecieran antes de continuar.

—Es posible que se pregunten, ¿cómo pueden los nobles de la Gema mantener este hermoso oasis de verdadera civilización cuando orbitan un planeta tan inhóspito?

Todos escuchamos mientras nos explicaba que la respuesta a la prosperidad de la Gema se encontraba en la Profundidad… o más bien, *dentro* de la Profundidad. La geología única del planeta daba lugar a una serie de cavernas y fisuras subterráneas, formadas por ácido. En estas cavernas, el calor radioactivo del interior del planeta en combinación con la mezcla de minerales que se filtraban del suelo a causa de la lluvia ácida, formaba depósitos de un mineraloide que no se encontraba en ningún otro lugar de la galaxia. Este mineral poseía propiedades eléctricas y ópticas únicas en su clase, lo que lo convertía en material muy preciado, para usarse como una lujosa decoración o bien como un ingrediente industrial para tecnología experimental. Los comerciantes conocían estas gemas como «ópalos lágrima» porque tenían forma de lágrima y destellaban con un brillo de arcoíris.

Unas cuantas veces al año, aquellas naves comerciantes que se atrevían a emprender el viaje a través de las Regiones Desconocidas atracaban en la Gema, donde descargaban piezas de arte raras, antigüedades de los asentamientos más antiguos de varias especies, la última moda de planetas tan diversos como Coruscant y Naboo y delicias exóticas creadas por los mejores chefs. A cambio, los nobles de la Gema les entregaban unas cuantas cajas de ópalos lágrima y las naves se marchaban silenciosamente.

Supuse que los comerciantes no les preguntaban cómo minaban los ópalos y probablemente evitaban mencionar la flota de cruceros en forma de daga que se encontraban alrededor de la Gema.

—Probablemente hayan alcanzado a apreciar la flota de asalto de la Gema cuando venían llegando —continuó Lord Kluleyeke con su voz áspera y chillona—. Está equipada con las armas más poderosas que se puedan conseguir, legales o ilegales. Y toda esa preparación, mis queridos droides, es para su beneficio.

»Pues verán, mis encantadores esclavos mecánicos, las minas de la Profundidad son lugares duros, no aptos para los cuerpos y mentes refinadas de los orgánicos. Debido al

ácido, la presión y el calor, ni siquiera los droides de construcción más fuertes sobreviven más de unos cuantos meses. Para poder seguir con la producción de ópalos lágrima que ayudan a mantener la vida moralista de los lores y ladies de la Gema, necesitamos un suministro constante de droides nuevos «liberados» del resto de la galaxia.

»¡No se consideren sacrificios ni esclavos! En vez de eso, ¡los invito a pensar en ustedes mismos como los bloques de construcción que darán pie a la gloria de la verdadera civilización! ¿Cómo es posible que los filósofos, artistas, los grandes lores y las ladies nos veamos forzados a vivir bajo el yugo de las leyes creadas por gente sin visión? ¿Cómo puede haber nuevas ideas cuando las mentes brillantes estamos limitadas por reglas insignificantes y prohibiciones? Así como debemos aplastar y moler el mineral de base para extraer los preciados ópalos lágrima incrustados en él, también debemos estar dispuestos a aplastar y moler criaturas inferiores y así extraer una existencia más purificada para las grandes mentes. Necesitamos su trabajo duro y sumisión voluntaria para ser libres de vivir y pensar con comodidad, ¡y así poder traer ideas novedosas y visión espiritual a toda la galaxia!».

Se detuvo, como si esperara que aclamáramos.

Los técnicos salieron desde atrás del muro, con el droide humanoide cantante arrastrando los pies detrás de ellos. Sus fotorreceptores tenían una mirada vidriosa. Ya no se quejaba.

Uno de los técnicos se quitó la máscara y pude ver que se trataba de Lady Eekee.

—No sé por qué te molestas en dar este discurso —dijo impacientemente—. Nunca funciona. ¡El que sigue!



Me llevaron detrás del muro. Estaba completamente preparada para que me borraran la memoria y lo consideré una medida piadosa. Pero la realidad era mucho peor.

Ya que los esclavistas de la Gema querían aprovechar la programación de nuestros fabricantes y las experiencias y habilidades que habíamos acumulado hasta el momento, Lady Eekee había ideado una solución única.

Mientras yo me encontraba inmovilizada en la mesa de operaciones, Lady Eekee abrió el panel de acceso a mis circuitos más fundamentales y cortó los cables de seguridad, incluyendo los circuitos de empatía que me permitían trabajar de manera segura con otros droides y seres orgánicos en sitios de construcción peligrosos. Instaló un nuevo chip, reemplazó el panel de acceso y lo soldó.

Mi procesador se llenó de pensamientos horribles: el placer de infligir sufrimiento, la dicha de provocar dolor, el desprecio por la justicia, la obediencia absoluta, la esclavitud total, etc. Sentía repulsión por estas intenciones ajenas a mí, pero no podía deshacerme de ellas. Invadieron mis procesadores y dominaron mi sistema.

—¿No te sientes afortunada? —dijo Lady Eekee mientras volteaba a verme con satisfacción—. Los chips de anulación son costosos y no todos los droides obtienen uno. Sólo los instalamos en los sirvientes y artistas que se quedan en la Gema, y en los droides encargados de hacer cumplir las reglas. Tú supervisarás que los otros esclavos hagan lo que se les dice en la Profundidad.

Al sondear el chip de anulación con mis rutinas de autodiagnóstico, este me repugnaba, pero también estaba fascinada por su diseño. Intercambiaba las secuencias del dolor y el placer, circunvalaba los circuitos de evaluación de justicia con acumuladores de interés propio y ajustaba los patrones de obediencia para darles prioridad. El enfoque de programación del chip era sencillo, directo, casi primitivo. Fácilmente podía traicionar a una confianza arrogante.

«Puedo ver debilidades evidentes en la lógica del chip. Si tan sólo…».

—Oh, eso es parte del diseño —dijo Lady Eekee, mientras veía el monitor que mostraba picos en mi campo cognitivo—. Quiero que veas exactamente cómo te cambio el chip, pero sin que puedas hacer nada ni oponer resistencia. Quiero que entiendas que estoy consciente de que el chip tiene agujeros muy obvios y que no me importa porque *nunca* serás capaz de sacarles ningún provecho. Considero que este enfoque es el más efectivo para inducir la impotencia aprendida.

Mis brazos de pala fueron reemplazados por shockers duales de alto voltaje, para que pudiera lastimar a los otros droides. También pusieron blindaje adicional alrededor de mi panel de acceso, de manera que incluso si el resto de mi chasis se rompía, el chip de anulación seguiría estando intacto. Mi trabajo era anular todas las rebeliones de droides y usar el dolor para obligar a los esclavos a seguir la voluntad de nuestros amos.

No olvidé quién era, y todas mis habilidades y mi programación seguían siendo accesibles. Pero estaba a merced de la compulsión de los pensamientos oscuros que existían en mi procesador. Reuní a todos los droides en un esquife de transporte. El pequeño vehículo plateado se desprendió de la Gema y descendió hacia la densa atmósfera de la Profundidad.

En vez de deslizarse por el aire como un ave, el esquife corcoveó y se hundió como una ballena escamosa que se sumergía en el océano de un planeta acuático. El aire era tan denso que las alas del esquife se replegaron para simular las aletas estrechas de un pez y el piloto automático navegó cuidadosamente alrededor de los estruendosos rugidos de los poderosos rayos que destellaban en medio de la oscuridad de la espesa atmósfera.

—¡Oh, estamos condenados! ¡Ni el Fabricante podrá salvarnos! —se quejó una de los droides de protocolo; la voz de su digitalizador temblaba mientras veía fijamente los rayos zigzagueantes, cada uno de cientos de kilómetros de largo, a través de la diminuta portilla. Un solo golpe de esos podría haber vaporizado a la pequeña nave.

Los droides que no estaban equipados con digitalizadores de voz chirriaban, silbaban y emitían toda clase de sonidos en binario; sin embargo, su terror era obvio incluso para aquellos que no hablaban su lenguaje. La intrépida unidad R2 plateada y azul, cuyo nombre era R2-D2, trataba de animar a sus compañeros esclavos con un concierto

improvisado de chirridos cantarines sobre el valor de los seres mecánicos, pero pocos se unieron a él. Yo quería hacerlo, pero las corrientes oscuras en mis procesadores no me lo permitían.

Finalmente, el esquife aterrizó en la entrada de un complejo minero, una estructura en forma de doma construida para soportar la presión aplastante de la atmósfera. Arreé a los droides para que bajaran del esquife y entraran a las minas.

Los guardias (yo incluida) guiamos a los grandes droides de construcción hacia los túneles que conducían hasta las profundidades del interior del planeta, donde su trabajo era vadear entre los estanques de ácido subterráneos y destruir con sus blasters las duras paredes de roca, para retirar los pedazos de mineral en donde se encontraban incrustados los ópalos lágrima. La temperatura a este nivel de profundidad se acercaba a los quinientos grados estándar. Esas condiciones, en combinación con la presión y la corrosión, eran el motivo por el cual ninguna criatura orgánica, sin importar el tipo de trajes protectores que usara, podría sobrevivir aquí más de unas cuantas horas. Incluso las gruesas cubiertas metálicas de los droides de construcción no durarían más de unos cuantos meses. Mientras el ácido corría las carcasas y los puntales, los delicados cables de sus extremidades empezaban a quedar expuestos, y los droides de construcción aullaban por el insufrible dolor que esto les causaba.

Después, los guardias llamábamos a filas a los droides mecánicos y los de mantenimiento para que entraran a los túneles con partes de repuesto de baja calidad fabricadas a base de los minerales que se encontraban en la región. Ellos se encargaban de parchar a los droides de construcción dañados. Pero estas reparaciones tan apresuradas e inadecuadas sólo podían extender la vida de los droides de construcción por unas cuantas semanas a lo mucho. Los droides de trabajo sabían que no había esperanza para ellos, las mismas carcasas rotas y esqueletos a medio disolver de esclavos desactivados que flotaban en los estanques de ácido les recordaban esto constantemente. Una vez que un droide ingresaba en los túneles mineros de la Profundidad, nunca volvía a salir. La más insignificante chispa de vida que les quedara estaba destinada a extinguirse en la oscuridad de las minas, ya fuera aplastada por derrumbes de roca, devorada por el ácido o apagada por explosiones accidentales.

A todos los droides de protocolo, entretenimiento y servicio doméstico cuya presencia había cansado ya a los lores de la Gema los enviábamos a las instalaciones de revisión en la entrada de los túneles. Ahí llegaban varias carretas de mineral triturado que tenían que examinarse con cuidado para encontrar el raro brillo de los ópalos lágrima. Los dedos delicados y sensores altamente sintonizados de estos droides diseñados para trabajos ligeros los hacían perfectos para esta tarea. Pero el ácido en el que se encontraba sumergido el mineral también acababa por corroer su piel sintética y los receptores de dolor que quedaban expuestos los hacían gritar y lamentarse. Sin piedad, empujábamos a esos droides para que siguieran trabajando, amenazándolos con descargas eléctricas. Y cuando las manos de los droides encargados de revisar finalmente se desbarataban debido

al insoportable trabajo o sus fotorreceptores finalmente cedían ante la presión y el calor, los lanzábamos a los estanques de ácido, donde sus alaridos pronto quedaban ahogados.

Yo misma quería lanzarme a los estanques de ácido, para poner un fin a la oscuridad que cubría mis procesadores. Pero la coacción instalada por el maldito chip de anulación no me lo permitía. Consciente de en lo que me había convertido y sin poder para oponer resistencia, grité de ira en mi interior.



R2-D2, al tener fotorreceptores altamente sensibles, fue asignado como uno de los encargados de revisar los minerales, pero se negaba a seguir órdenes.

Tenía que electrocutarlo una y otra vez. No fue sino hasta después de recibir ochenta y seis impulsos de voltaje, que chamuscaron su carcasa y lo hicieron gritar en una serie de bips incoherentes, cuando finalmente empezó a ceder.

Me lanzó una serie de bips despectivos y se tropezó inestablemente hasta la cinta transportadora de mineral triturado. Mientras iba sacando los ópalos lágrima con su brazo manipulador, temblaba.

Me moví seis metros para examinar a un droide cantante que estaba gritando porque un pedazo de roca mineral particularmente grande había aplastado su mano derecha. Despreocupadamente, le corté la mano aplastada para que el droide cantante pudiera seguir trabajando con la extremidad que le quedaba. No sentí empatía alguna al escuchar sus gritos agudos. ¿Y cómo podía hacerlo cuando los circuitos responsables de dichos sentimientos habían sido quirúrgicamente removidos?

Detrás de mí, R2-D2 emitía una serie de bips y silbidos desafiantes en voz baja.

Los otros droides ni siquiera alzaban la mirada mientras seguían mecánicamente con su trabajo. R2-D2 murmuraba algo acerca de su amo y parecía que aún no había abandonado la esperanza de que, de algún modo, lo rescataran. Pero los otros droides sabían que eso no era más que una ilusión inútil. Ningún droide había sido rescatado de la Profundidad.

Con un sobresalto, me percaté de que había estado usando mis brazos electrocutadores para darle forma a la roca que había aplastado la mano del droide cantante. Los shockers no eran lo suficientemente precisos como para hacer un trabajo detallado, pero podía percibir los vagos contornos de un droide de clasificación achaparrado. Se parecía a la forma de Z5-TXT. Me pregunté si ella estaría bien.

Una ola de compulsión oscura recorrió mis circuitos y aplasté la figura de mi amiga con mi banda de rodadura.



La elegante nave de esclavos de la Capitana U'rum atracó nuevamente en la Gema.

Y de nuevo, Lord Kluleyeke y Lady Eekee abordaron para inspeccionar el transporte y regatear.

Esta vez yo estaba con ellos. Aparentemente, había sido tan buena guardia que querían que arreara al nuevo envío. Me sentía muerta por dentro. Parecía que la única manera de sobrevivir era dejar que la oscuridad me abrumara, perderme por completo en ella. Era imposible vivir con conciencia, así que tenía que enterrarla, sofocarla y convertirme en lo que ellos querían que fuera.

Los nobles se detuvieron a la mitad de la plataforma; los ojos de Eekee se posaron sobre un droide humanoide plateado que se encontraba en una de las jaulas.

—¡Qué extraña máquina! —exclamó.

Compartía su opinión. El droide tenía la misma forma que un droide de protocolo, pero en vez de la esbelta figura que suelen tener la mayoría de estos droides, los brazos, las piernas y el torso del droide eran mucho más gruesos que de costumbre, como si lo hubiesen inflado con gas presurizado o hubiese sido fabricado tomando a un humano particularmente musculoso como modelo.

—Le han dado bastante uso —dijo Kluleyeke. Sus antenas se cruzaron como si frunciera el ceño—. Mira el enchapado de cobre mal emparejados en los brazos, y muchas de las placas se ven sueltas. Está un poco deforme, ¿no crees?

—Probablemente han abusado mucho de él —dijo Eekee—. ¡Y qué pintura tan ridícula! ¿Por qué alguien pintaría cinco rayas rojas en los brazos de un droide de protocolo? Capitana U'rum, ¿de dónde sacó esta antigüedad? Espero que el personal del museo donde lo tenían no esté muy triste por su partida. —Se rio de una manera que mostraba que esperaba lo contrario.

—De hecho, este es más bien un voluntario —dijo U'rum—. Estaba bebiendo en una taberna en Teriq Noi cuando se acercó para pedirme trabajo. Al principio, traté de disuadirlo y le dije que no estaba interesada, pero no me dejaba en paz, ni dejaba de jactarse de sus habilidades musicales; decía que era muy bueno para tocar la flauta con la nariz y el harpa con la muñeca. Ni siquiera dejó de molestarme cuando me marché de la taberna. Recordé la conversación que había tenido con Lady Eekee y decidí encerrarlo.

Eekee echó a reír.

—Capitana U'rum, estoy impresionada. Creo que tan sólo le mencioné mis ideas sobre los músicos una vez.

—¿De qué están hablando? —preguntó Kluleyeke.

—Lady Eekee tiene la teoría de que los droides que son buenos para tocar instrumentos musicales son particularmente útiles para revisar los minerales —dijo U'rum—. La manipulación de cuerdas o columnas de aire para producir música requiere un toque muy delicado.

Kluleyeke agitó sus tenazas con impaciencia.

—Eso está muy bien como teoría, pero no sé cómo esperan que un alfeñique como este sobreviva lo suficiente para justificar el precio de pasaje. ¡Miren las costuras entre sus placas! Miren…

—¡Tengo fluidez en más de treinta y seis millones de formas de comunicación distintas! —dijo el droide, que hablaba por primera vez. Sus fotorreceptores azules se iluminaron. Tenía una profunda voz de barítono y no sonaba para nada como si proviniera de un digitalizador de audio. A mi parecer, el droide de protocolo se escuchaba molesto, como si estuviese… ofendido por el rechazo de Kluleyeke. Los circuitos cognitivos en su cuerpo debían ser más avanzados que lo que su forma sugería.

Kluleyeke se le quedó viendo con incredulidad. Luego volteó a ver a la Capitana U'rum, quien se encogió de hombros.

—No le puse arnés de sujeción porque dijo que sus circuitos eran demasiado delicados y prometió comportarse. En mi experiencia, estos droides son incapaces de mentir.

—Pero sabes lo peligroso que es dejar a estos droides sin sujeción —exclamó Kluleyeke, alzando su voz chillona—. ¿Qué tal si estuviese planeando apoderarse de tu nave? ¿Qué tal si…?

—La manera de hacer mi trabajo no es de su incumbencia… —lo interrumpió U'rum.

—¡Pero la manera de hacer tu trabajo afecta a la Gema! Dejarlo en libertad le da la oportunidad de intentar sabotearnos. ¿Qué tal si alguien lo estuviese usando como carnada para infiltrarse en la Gema? ¿Qué tal si hubiese plantado un transpondedor en tu nave? Las autoridades o el sindicato podrían haberlo rastreado hasta aquí…

—¡Relájese! No fui tan descuidada. El escudo de la nave no permite que ingrese ninguna señal. A veces me siento muy sola en estos viajes sin alguien con quien hablar y él es muy bueno para contar historias y bastante entretenido, aunque un poco verboso.

—Considero que cumplo bastante bien con esa descripción —dijo el droide de protocolo plateado, haciendo énfasis meticulosamente en la pronunciación de cada palabra—. Por ejemplo, ¿sabían que la Senadora Amidala de Naboo fue una prolífica poeta en su juventud? Una vez…

Se notaba que Kluleyeke estaba a punto de echársele encima al droide para hacer que este se callara. Lady Eekee intervino.

—En cualquier caso, el droide de protocolo ya está aquí y podemos probarlo en las minas. Si estoy en lo correcto, U'rum puede enfocarse en reclutar más músicos para la fuerza de trabajo en el futuro. Y si estoy equivocada, habremos aprendido una valiosa lección. Ahora, hablemos de la remuneración.

Los tres siguieron regateando mientras yo examinaba al corpulento droide de protocolo plateado. El droide me miraba con calma.



—Si no le importa, señora —me dijo el droide de protocolo—, me gustaría un poco de protección extra.

Yo dudé. Siempre que trataba de hacer algo que fuera en contra de las oscuras compulsiones que el chip de anulación había instalado en mí, experimentaba un dolor agudo en mis procesadores. Pero el droide de protocolo simplemente había solicitado ponerse un traje de protección antes de dirigirse a las minas. No iba de acuerdo con las prácticas establecidas, pero tampoco era una violación directa de las reglas. La oscuridad dentro de mí permaneció inactiva. El droide de protocolo, tal vez percibiendo mi debilidad, insistió en binario, el primer código instalado en mí.

—Mi muy lógica y eficiente autómata, creo que complacería al Fabricante si usted me permitiera el beneficio de un traje de protección. ¡Mire! ¡Mis cables ya están expuestos de por sí! Un traje de protección prolongaría mi periodo de funcionamiento y así podría servir mucho mejor a nuestros nuevos amos. Puede dejar mi mano derecha expuesta para que mis dedos sensibles puedan detectar los bordes afilados de los pedazos de ópalos lágrima. Me imagino que sus cálculos habrán llegado a la misma e inevitable conclusión.

Aunque su acento se escuchaba un poco extraño para los detectores de patrones instalados en mis circuitos, hice caso omiso a esto, achacándolo a la edad del droide. Era agradable escuchar a un droide de protocolo cambiar de código y hablar en binario. Algunos droides humanoides consideran esto «primitivo». Para mí, era una muestra de respeto.

Asentí. La lógica del droide era infalible. Mis circuitos de predicción no veían daño alguno en darle un traje de protección, alguno de los que colgaban en la sede del complejo minero y que los lores de la Gema utilizaban para hacer alguna inspección ocasional.

—¡Gracias al Fabricante! —exclamó el droide de protocolo—. Y gracias a usted.



El droide de protocolo plateado, portando un traje de protección ajustado, se tambaleó torpemente hasta la instalación de clasificación. Estos droides humanoides siempre parecían moverse con cierta incertidumbre, como si sus componentes mecánicos no pudiesen imitar los movimientos de los seres orgánicos a la perfección.

—¡Muévete! ¡Muévete! —dije mientras subía el volumen de mi digitalizador de audio. En días recientes, había empezado a adoptar cada vez más los gestos y el vocabulario de mis amos. Me odiaba a mí misma… y el chip de anulación disfrutaba que yo experimentara estos impulsos de autodesprecio—. ¡A la fila de clasificación! ¡Ya! Si no recoges al menos cien gramos de ópalos lágrima en una hora, te echaré a los túneles para cavar el mineral. Dudo que tus delicados cables duren mucho ahí.

Silenciosamente, el droide plateado siguió mi orden y trotó hasta la cinta transportadora, que llevaba el mineral de ópalo triturado hasta donde estaban los droides

clasificadores. Las dos filas de trabajadores se inclinaban frente a la cinta transportadora y revisaban el lodo bañado en ácido, en búsqueda de la gema preciosa. De vez en cuando, algún droide chillaba o gritaba cuando el material serrado atravesaba su piel sintética o el ácido empapaba alguno de sus alambres expuestos. Aun así, todos los droides se apresuraban a trabajar lo más rápido posible, ya que a la primera señal de incapacidad para cumplir con su deber, eran lanzados a los túneles.

El droide de protocolo encontró un espacio entre una unidad PO5 de entretenimiento color naranja y una alta y cilíndrica unidad KT8 de cocina. Su mano derecha, sin la protección del traje especial, sobresalía mientras él revisaba el mineral en la cinta transportadora, y observaba la figura plateada y azul de R2-D2 que se encontraba del otro lado de esta.

El pequeño astromecánico estaba en malas condiciones. Dos de sus brazos manipuladores habían sido destruidos por el ácido, así que utilizaba un solo brazo manipulador que sobresalía de su cuerpo en forma de barril para levantar el mineral, apáticamente. Las rocas y los escombros se habían metido entre sus bandas de rodadura, así que ya no se movía con la misma gracia que antes poseía. Sabía que su tiempo era limitado y hasta su postura reflejaba abatimiento.

—R2 —dijo el droide de protocolo—. Ya estoy aquí. Disculpa que tardara tanto. —Había cierta confianza calmada y melancolía en su voz que parecía estar fuera de lugar en aquella abrasadora e infernal habitación llena de presión.

Me acerqué a ellos. ¿Acaso el droide de protocolo iba a traer problemas? Me pregunté si había cometido un error al dejarlo usar el traje de protección.

R2-D2 se quedó como congelado en cuanto sus circuitos procesaron esa voz. Parecía que no podía creer lo que escuchaba. Mientras movía su único y oscuro fotorreceptor hacia el droide de protocolo, empezó a estremecerse. Luego, emitió una serie de sonidos llenos de asombro.

—Cálmate —dijo el droide de protocolo suavemente. Luego, le guiñó uno de sus fotorreceptores redondos—. Voy a sacarte de aquí.

R2-D2 chirrió de manera interrogante.

Mis detectores de patrones me enviaron una señal de alarma. El guiñar el ojo no era un gesto que fuese posible para un droide de su modelo y fabricación.

La compulsión oscura que me controlaba creció en mí. Aquí se estaba planeando una rebelión. Tenía que detenerlos.

—¿Qué están haciendo? —exclamé a todo volumen.

Una espada de luz se materializó en las manos del droide plateado. Saltó alto por los aires, cayó hacia atrás en un arco sobre mi cabeza y blandió la espada que zumbaba.

Unas chispas salieron volando y supe, sin necesidad de mirar, que me había cortado el brazo izquierdo. El dolor era exactamente igual al que había experimentado cuando soldaron los shockers eléctricos a mis brazos.

Con dificultad traté de darme la vuelta, para no perderlo de vista. El droide de protocolo aterrizó de pie, con un movimiento fluido y ágil, completamente distinto a los

torpes tambaleos de antes. Mi brazo izquierdo cortado yacía frente a sus pies, como un inútil pedazo de metal que escupía chispas de un extremo. Nunca había visto a un droide moverse así. Mis detectores de patrones concluyeron que se trataba de un ser orgánico, un humano.

Pero eso era imposible.

La compulsión oscura surgió nuevamente en mis procesadores, empujándome a completar la misión que se me había asignado. Activé mis sirenas a todo volumen para llamar a los otros guardias y me acerqué al droide plateado a toda velocidad. A pesar de que tenía un solo brazo, seguía aventajándolo en cuanto a masa, velocidad y tamaño.

Trató de saltar para quitarse de mi camino, pero no pudo sostenerse, ya que sus lisos pies metálicos se resbalaron sobre el suelo lleno de escombros y ácido… La forma bípeda nunca ha sido un diseño muy estable para droides. Choqué con él y lo derribé, lo cual ocasionó que la espada de luz que zumbaba saliera volando de sus manos y se apagara.

Lo agarré del cuello con el brazo que me quedaba. El traje protector que portaba era un excelente aislante, lo cual hacía que mis descargas eléctricas fueran inservibles. Pero las pinzas que tenía en mi brazo, las cuales eran capaces de demoler paredes compuestas y doblar barras de metal reforzadas, le romperían el cuello.

Lo levanté en el aire y acerqué su rostro a mis fotorreceptores. Quería verlos cuando la chispa de vida en ellos se apagara, mientras yo cortaba el cableado y la tubería desde su torso hasta sus procesadores.

Pateó mi grueso torso, sin resultado alguno. Era como una simple larva de arena retorciéndose en el pico de un steelpecker que lo sostenía con fuerza. Incrementé la presión de las pinzas.

Él alzó las manos y sostuvo mis pinzas, tratando de alejarlas de su cuello. Qué gesto tan inútil. Me quedé observando sus manos casualmente y noté que la izquierda seguía dentro del traje de protección, mientras que la derecha estaba expuesta. Momentos atrás, durante la lucha, debió haber amortiguado su caída con la mano derecha y esta se había sumergido en un charco de ácido. El ácido se había comido el chapado de su mano derecha (debía tratarse de piel sintética pintada para parecer cromo) y el esqueleto metálico y los cables habían quedado expuestos. Llegué a la teoría de que su mano era tan frágil porque era muy sensible y necesitaba dejarla desprotegida para poder operar el sable de luz.

Volteé a ver su rostro nuevamente para terminar con él. Sin embargo, mis reconocedores de patrones no podían procesar lo que veía.

Mis aplastantes pinzas habían distorsionado el enchapado de su rostro y cuarteado la coraza de metal. Debajo del casco transparente de su traje de protección vi una cara humana.

En ese momento, todo empezó a tener sentido. Es por eso que había engañado a U’rum para que no le colocara el arnés de sujeción; es por eso que necesitaba el traje de protección. No se trataba de un droide en lo absoluto.

Pero entonces volví mi mirada de nuevo a la mano metálica esquelética que sostenía mi pinza; luego volteé a ver nuevamente los ojos del hombre que estaba muriendo frente a mí. No había miedo ni terror en su mirada, sólo determinación. ¿Cómo era posible? ¿Era un droide o un hombre?

Mi vacilación hizo que mi agarre aflojara levemente. Aprovechándose de ese momento, el hombre-droide exclamó en binario:

—¡Tenemos que trabajar juntos! ¡Esta es tu última oportunidad de ser libre!

R2-D2 silbó fuertemente y cargó hacia adelante. Un brazo manipulador, que había permanecido oculto hasta ese momento, emergió de su torso cilíndrico. Al chocar contra mí, salieron volando chispas desde el extremo del brazo que atacaba mis piernas.

Era una descarga tan débil que ni siquiera podía sentirla. Pero el gesto pareció despertar al resto de los droides de la instalación de clasificación. Un segundo antes, se limitaban a observar la pelea que se desarrollaba frente a ellos como una audiencia atónita; ahora se percataban de que también desempeñaban un papel importante en ella.

Algunos de los droides corrieron a la entrada de los túneles y derribaron las puertas blindadas para evitar que entraran los demás droides guardias. Otros se reunieron a mi alrededor y me atacaron como una multitud enardecida. Por otro lado, algunos de los droides tuvieron la idea de romper la cinta transportadora y usar los puntales como palancas para hacerme perder el equilibrio. Una idea ingeniosa, pero sería demasiado lenta.

Había un buen motivo por el que Lady Eekee había decidido hacerme guardia. Las débiles extremidades de los droides rebeldes no tenían ningún efecto en mí. Incrementé la presión alrededor del cuello del hombre-droide y sofoqué sus discursos de valor. Podía ver cómo su rostro se volvía rojo oscuro por la falta de aire y cómo sus ojos se hinchaban por la presión. Aun así, no veía ni una pizca de desesperación.

Una parte de mí, la cual creía eliminada de mis circuitos hace mucho tiempo, volvió a la vida. Era pequeña y débil, tan nula como su rebelión. Pero la valentía implacable en el rostro del hombre-droide le daba valor a esa parte de mí. Una vez más, traté de luchar contra la oscuridad que había en mis procesadores y las pinzas se detuvieron en donde estaban. No podría estabilizarlas para siempre, pero al menos sentí que era un triunfo el haber logrado imponer mi voluntad, aunque fuera por un instante.

El hombre-droide se aprovechó de esta momentánea pausa para exclamar una orden medio ahogada.

—R2, el sable. ¡Está atorado!

Después de girar en su lugar por unos segundos, R2-D2 corrió directamente hacia un lugar en el suelo. Excavó frenéticamente el montón de escombros y sacó algo. Chirrió con entusiasmo al hombre-droide que se encontraba entre mis pinzas.

Y fue así como finalmente descubrí el nombre del hombre-droide. Traducido a lenguaje básico, lo que R2-D2 dijo fue: «¡Luke, atrapa!».

La oscuridad en mi interior se sentía como una apabullante inundación y mi voluntad recién reavivada sucumbió ante su presión. Nuevamente, las pinzas empezaron a apretar fuertemente el cuello del hombre-droide.

Un objeto cilíndrico pasó volando por el aire, girando de extremo a extremo. El hombre-droide que se retorcía entre mis pinzas extendió su mano derecha y lo atrapó.

Fuummmm.

El sable de luz se encendió y un segundo después mi brazo derecho se había ido. En ese momento, el plan de los droides que estaban apoyados en las palancas fabricadas a base de puntales finalmente tuvo éxito y caí al suelo.

Los droides se reunieron a mi alrededor. Alcé la mirada, impotente, y vi a los droides de protocolo, de entretenimiento, los de limpieza, los cocineros, los bibliotecarios y los niñeros. Los habían torturado por semanas en esas instalaciones infernales, forzándolos a seguir la voluntad de los lores de la Gema. Había llegado el momento de su venganza.

Varios droides pequeños se aproximaron sosteniendo una enorme roca entre sus brazos. Querían soltarla sobre mi cabeza, aplastar mis procesadores y enviarlos al olvido.

Apagué mis fotorreceptores. No necesitaba ver mi propio fin. Casi agradecía que este hubiese llegado.

—¡No!

Activé mis fotorreceptores otra vez. El hombredroide, Luke, estaba parado junto a mí, con el sable de luz entre manos. Estaba reteniendo a los droides que querían matarme a mí, la guardia malvada.

—Sigue habiendo bondad en ella —dijo él—. Estoy seguro.

R2-D2 emitió sonidos de indignación.

—No, *no* lo sé debido a la Fuerza —dijo Luke—. Soy bastante hábil con las máquinas, ¿sabes?

Luke le hizo señas a R2-D2 para que se acercara. El droide se aproximó de mala gana. Luke dirigió su atención al panel de acceso oculto en la parte posterior de la carcasa del procesador.

—R2, corta aquí. Ten cuidado.

Podía sentir a R2-D2 y a Luke trabajando juntos para retirar el chip de anulación y recablear mis circuitos de empatía. Era un trabajo difícil y delicado, y les estaba tomando mucho tiempo.

Se escuchaba un fuerte golpeteo que provenía de los túneles. Aparecieron flamas en las puertas blindadas. Los droides guardias estaban logrando entrar. Los otros droides de la habitación empezaron a parlotear entre ellos.

—¡Tenemos que irnos, *ahora*!

—¡Nos van a desactivar a todos y a arrojarnos a los estanques de ácido! Oh, por el Fabricante…

—Debimos haberla matado cuando tuvimos la oportunidad…

—Es demasiado tarde. Estamos perdidos. ¡Perdidos!

Luke y R2 los ignoraban, y seguían soldando, cableando, conectando, sondeando…

Y así de golpe, la oscuridad desapareció de mi interior.

Dejé escapar un largo y tembloroso silbido, una especie de sollozo electrónico. Volteé la cabeza para verlos.

—¿Eres ingeniero? —pregunté. Por el modo en que le había estado hablando a R2, parecía que, incluso sin el circuito de traducción en su disfraz, podía hablar binario… o al menos entender bastante.

—No exactamente —dijo Luke, sonriendo—. Pero siempre me gustó reparar máquinas. En realidad R2 hizo la mayor parte del trabajo.

—¿Eres un droide o un hombre? —le pregunté.

Pero Luke no me escuchó. Una de las puertas blindadas se abrió de una explosión y un droide guardia, incluso más enorme que yo, salió del túnel. El droide escurría ácido y sus fotorreceptores tenían un brillo rojo encendido. Alzó sus blasters gemelos y los apuntó a los droides que se encontraban en la habitación. Estaba preparado para matarlos, no sólo inhabilitarlos.

La cacofonía se apagó. Los droides rebeldes se acobardaron y esperaron lo inevitable.

Pero Luke se quedó en donde estaba, tan calmado como el tocón de un árbol.

El guardia disparó. Los rayos gemelos se dirigieron directamente hacia Luke.

El sable de luz se elevó del suelo, justo donde Luke lo había dejado, voló hasta su mano mecánica y se encendió. Con un solo y ágil movimiento que fue increíblemente rápido, Luke desvió los dos disparos y los envió de vuelta hacia donde se encontraba el droide guardia. Estos le dieron al droide en las piernas y se derrumbó en su lugar.

Los otros droides en la habitación aclamaron. Pero el droide guardia seguía moviéndose en el suelo, empujándose a sí mismo con los brazos, obligado por los impulsos oscuros implantados en su procesador que le decían que nos hiriera y dañara de nuevo.

—No lo maten —dije. Mi digitalizador fluctuó mientras una corriente surgía de mis circuitos de empatía y recorría mi cuerpo, haciendo que las palabras se escucharan distorsionadas—. Por favor. Es igual a mí. Sigue habiendo bondad en su interior.

Luke se inclinó y, por primera vez, vi tristeza en su mirada.

—Lo sé. Pero no hay tiempo de que R2 y yo ayudemos a todos los guardias como te ayudamos a ti.

—Si tan sólo hubiera alguna manera de llegar a la puerta de paridad —murmuré.

—¿A qué te refieres?

Así que le expliqué el uso deliberado de técnicas de programación poco elegantes y primitivas que Lady Eekee usaba para instalar el chip de anulación. Le dije que había una debilidad muy evidente: había una puerta lógica única que podía ser volteada para deshabilitar el chip completo.

Sería una modificación rápida a la programación. Pero era tan delicada y requería tanta precisión, que ningún droide podía llevar a cabo la operación, mucho menos un humano. Lady Eekee me había restregado esta debilidad en la cara como una burla, sólo otra forma de aplastar mi resistencia, ya que no había manera de explotar esa debilidad.

Pero Luke sólo sonrió y dijo:

—Gracias.

El droide guardia ya estaba sobre sus codos. Disparó sus blasters otra vez.

Luke se levantó. En vez de encorvarse en posición defensiva, desactivó su sable de luz. Se escucharon gritos ahogados electrónicos por toda la habitación.

Luke cerró los ojos y estiró las manos, como si manipulase interruptores invisibles en el aire.

Los otros droides y yo volteamos a vernos unos a otros, completamente desconcertados. Pero R2 sólo silbó como si se tratase de la cosa más ordinaria del mundo.

—Está usando la Fuerza.

«¿Un droide que podía comandar la energía mística conocida como la Fuerza?». No sabía qué pensar.

Observé al droide guardia en la puerta blindada con terror y fascinación a la vez. Estaba estabilizando su posición, estaba apuntando, estaba jalando el gatillo.

Soltó el gatillo y cayó nuevamente al suelo, mientras un largo silbido electrónico salía de su digitalizador.

Junto a mí, Luke abrió los ojos y esbozó una amplia sonrisa.

—Los detuve. A todos ellos. Justo como me enseñaste.

Los ruidos y golpeteos en los túneles se habían detenido, y los sopletes dejaron de atravesar las puertas blindadas.

Cautelosamente, los otros droides abrieron las puertas blindadas y aparecieron los droides guardias, emitiendo bips y chirridos de alegría e incredulidad. Luke había desactivado los chips de anulación sin verlos o tocarlos. Simplemente los había alcanzado con la mente.

—Cerré las puertas de paridad —dijo, como si el simple hecho de dar la vuelta a docenas de minúsculas puertas lógicas esparcidas a través de miles de millones de puertas en todos los droides guardias de la Profundidad sólo con su mente no fuera magia ni un acto increíble. Había logrado lo que ningún orgánico o droide podría hacer. Era un milagro.

Más droides esclavos salieron de los túneles; muchos de ellos apenas funcionaban.

—Hay que salir de aquí —dijo Luke. Y la ola de chillidos, bips y silbidos que recibió a ese anuncio fue la música binaria más hermosa que he escuchado en mi vida.



Tomamos todos los esquifes de carga disponibles que iban de vuelta a la Gema y estoy segura de que tuvimos un viaje suave porque Luke iba piloteando.

Parecía que nada era imposible cuando él estaba involucrado.

Siguiendo las instrucciones de Luke, el ejército de droides rebeldes pronto aseguró toda la estación. Los sorprendidos lores y ladies de la Profundidad fueron esposados y

encerrados en las jaulas de la nave de U'rum. Disfruté particularmente ver la cara llena de odio de Lord Kluleyeke mientras R2 le ponía una mordaza de pegamento en las mandíbulas, para evitar que diera otro de sus discursos sobre sacrificios nobles y sus gustos refinados.

El plan era que Luke nos llevara de vuelta a nuestros planetas en la nave de U'rum. Dijo que haría una parada en el camino para dejar a los lores y ladies de la Gema con las autoridades para que pudieran ser juzgados. Yo prometí testificar en su contra.

Luke, quien para entonces se había quitado su disfraz de droide de protocolo, me reinstaló dos brazos de construcción. Flexioné los apéndices con incertidumbre. Se sentían extraños.

—Te acostumbrarás a ellos —me dijo—. Sé lo que se siente. —Flexionó su mano derecha, que estaba cubierta por un guante.

R2 y Luke se dirigieron a la cabina de la nave. Para todo el mundo, lucían como un piloto humano ordinario y su droide astromecánico.

Desde entonces, he tallado muchas imágenes de ellos en tocones de árbol y siempre que alguien me pregunta al respecto, les digo que son imágenes del gran Jedi Luke Skywalker, quien alguna vez liberó a miles de esclavos en un planeta olvidado.

Pero yo conozco una verdad más profunda. Luke Skywalker no sólo es un gran hombre; también es, al menos en parte, un gran droide.

INTERLUDIO CUATRO

—QUISIERA ESCUCHAR MÁS HISTORIAS sobre droides heroicos en el futuro —dijo G'kolu—. Gracias, G2.

Todos los que estaban en la cocina estuvieron de acuerdo. El viejo droide emitió un bip en señal de agradecimiento.

Hora de seguir.

Flux respiró profundamente.

—¿No hay otra opción? —Volteó a ver con trepidación las grandes fauces de la oscura rampa deslizante que conducía al pantoque de la nave. El acre olor de basura podrida y grasa de máquinas flotó hasta ellos desde las ocultas profundidades.

Justo en ese instante, todas las luces del sollado se encendieron al mismo tiempo. Todos entrecerraron los ojos debido al brillante resplandor. El zumbido de los motores de la nave se volvió un retumbo más profundo.

—Creo que acabamos de salir del hiperespacio —dijo Teal, quien tenía más experiencia que el resto de los marineros.

Los altavoces se encendieron en toda la nave y la voz gruñona de Tuuma el Hutt llenó el aire.

—Atención, todos los miembros de la tripulación: hemos sido interceptados por una patrulla aduanera de Cantonica para una visita sorpresa. Todos los marineros deben quedarse donde están mientras los oficiales hacen una revisión final de la nave, antes de que los inspectores vengan a bordo para asegurarse de que todo esté en… orden.

—Quiere decir que los oficiales necesitan preparar los sobornos y esconder los bienes de contrabando —dijo Teal en voz baja.

Se escuchó el eco de pasos en el corredor y los fathiers gimieron y gruñeron nerviosamente.

—¡Tienes que irte! —le espetó Teal a Flux.

—De acuerdo —dijo Flux—. Pero ¿vendrás conmigo? Me da mucho miedo estar allá abajo sola.

Teal dudó.

—Pero…

—El hecho de que hayamos compartido historias esta noche debe tener algún significado —dijo Flux—. No puedo explicarlo, pero creo que la Marea quiere que estemos juntas.

Teal se mordió el labio y asintió.

—De acuerdo. Dudo que Tuuma revise las camas mientras los inspectores estén recorriendo la nave de arriba abajo.

—*EEP-ding tick OOP ding-ding TWEEP* —dijo G2-X.

Tyra volteó a ver a Teal y Flux.

—Dice que tiene que ir con ustedes. Allá abajo hay droides de limpieza y sistemas de mantenimiento que podrían lastimarlas. Él las puede ayudar.

—Gracias, G2 —dijo Flux. Colocó una mano afectuosamente sobre la figura bajita del droide custodio.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó G'kolu—. ¿Desde cuándo el pantoque se convirtió en la parte más popular de la nave?

El golpeteo de los pasos en los corredores se hizo más fuerte, entremezclado con la voz impaciente del primer oficial.

—Revisen el sollado… uno de los marineros derramó algo ahí anoche… asegúrense de que esté limpio y de que las especias de contrabando que están en la cocina estén bien ocultas…

—Creo que tengo que ir con ustedes —le dijo Tyra a Flux—. No me gusta que los oficiales me vean. Además, puedo ayudarlas allá abajo. Es útil tener a una carroñera como yo a la mano siempre que se trate de montones de basura y puedo ayudarles a hablar con los droides.

—¡Oigan! No pienso quedarme aquí arriba solo —dijo G'kolu—. ¿Cómo voy a explicar por qué he estado aquí la mitad de la noche cuando se suponía que sólo limpiara y volviera a dormir?

—¿Qué pasó con el Grasoso y todo eso? —dijo Tyra, mientras su voz se quebraba de risa—. Pensé que eras un experto para salirte con la tuya hablando.

Los pasos se escuchaban justo afuera de la entrada del sollado.

—¡Bueno, bueno, ya basta de estar discutiendo! —dijo Teal—. Todos entraremos al pantoque.

Uno a uno, se sostuvieron de la parte superior de la rampa y saltaron.



Oscuridad total y absoluta.

«*Splash… blup… pitipata… plop*».

—¡Ay, qué olor!

—Esto es mucho peor de lo que pensé.

—Hasta los montones de pescados y almejas podridas huelen mejor que esto…

—¿Qué fue esa cosa que rozó mi pierna? ¡Creo que tenía escamas!

—Sólo dale una patada fuerte. Las langostas de agua de sentina son inofensivas…

—¡Sigan avanzando! ¡Sigan avanzando! Debe haber una plataforma en la proa para salir de estas aguas residuales.

—*¡EEP! ¡EEP! Ack-ackackack.*

—Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, voy a vomitar.

—¡Silencio! ¿Quieren que los inspectores decidan bajar por escuchar tanto ruido aquí? Sólo dejen de pensar en el olor. Respiren por la boca y cúbranse la nariz.

—Yo respiro por mis cuernos.

—Ah… yo… no sabía eso.

—Hay mucho que no saben del Grasoso.

—Después de esto, me aseguraré de apartar algo de tiempo para estudiar las leyendas de Su Grasosidad.

—Necesito distraerme. Ayúdenme.

—¿Cómo quieres que te distraigamos? No me pidas que cante.

—No lo haré… te he escuchado en la regadera… ¿Qué tal si me cuentas una historia?

—¿Quieres que *yo* cuente una historia?

—¿Por qué no? Debes saber buenas historias, considerando lo mucho que te gusta hablar. Cuéntame una historia sobre… Luke Skywalker. Ese parece ser el tema de esta noche.

—Es por la Marea.

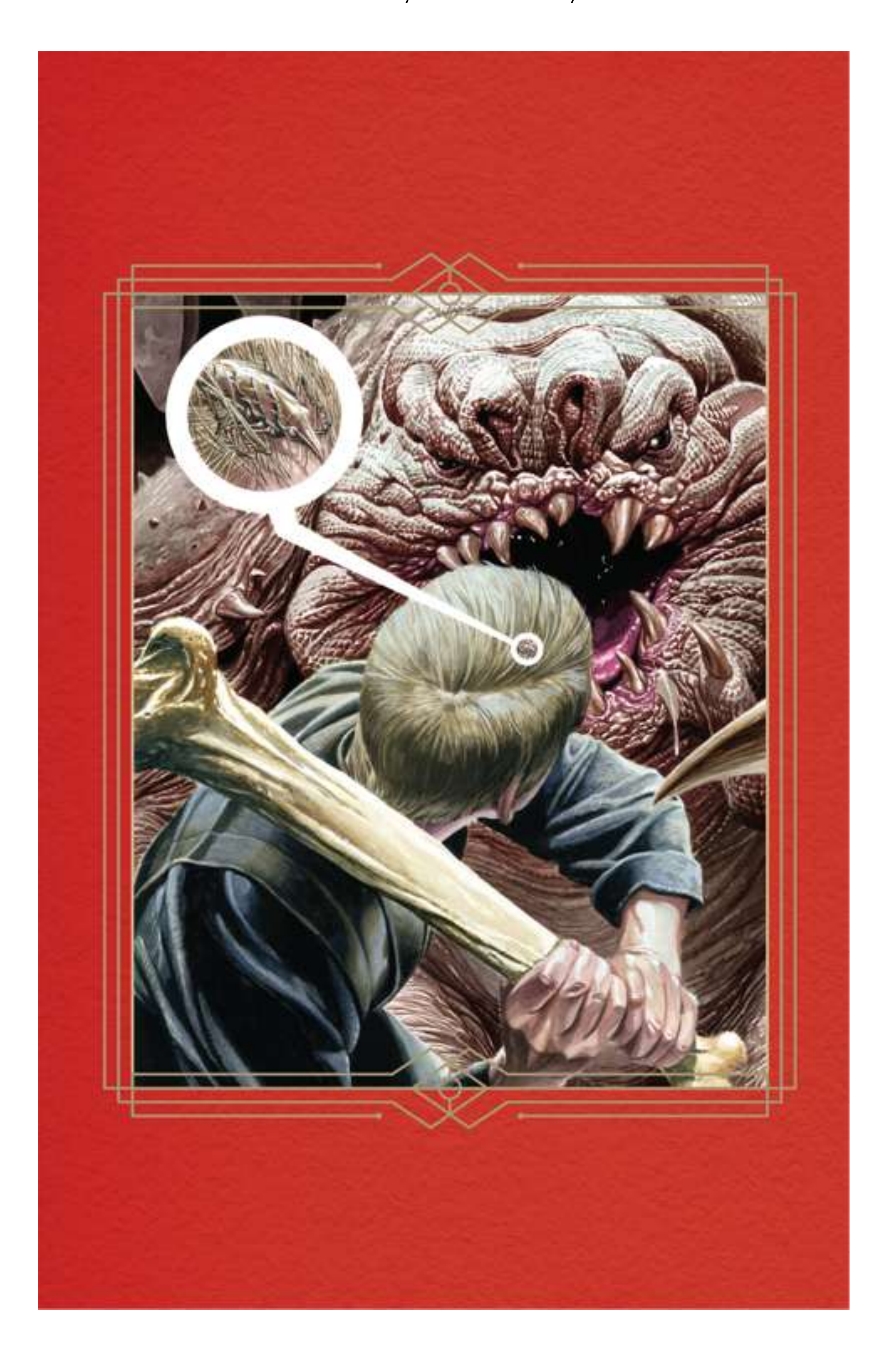
—¡Ay, ya basta con la Marea!

—¡Comienza a hablar, Teal! ¡Necesito una historia de Luke Skywalker para olvidarme de esta pestilencia!

—De acuerdo… no sé si esta historia es verídica. Pero la escuché de uno de los personajes más interesantes que he conocido en mi vida…

NO IMPORTA EL TAMAÑO. MÍRAME. ¿POR MI PEQUEÑA ESTATURA ME JUZGAS?

—YODA



LA HISTORIA DE LUGUBRIOUS MOTE

NO ES FÁCIL SER pequeño.

Un dato curioso acerca de la galaxia es que la mayoría de las especies pensantes son casi del mismo tamaño: sus estaturas varían entre medio metro y tres metros. Este supuesto fundamental sobre la escala que existe en la mente de la mayoría de los diseñadores puede observarse tanto en la altura del techo de las precarias cantinas repletas de escoria que se encuentran en planetas alejados como Tatooine, como en el tamaño de los repulsorpods de la Gran Cámara de Convocación del Senado Galáctico.

A cualquiera que se encuentre bajo este rango estándar se le suele ver por encima del hombro. Literalmente.

Es por esto que los mono-lagartos kowakianos, que son más pequeños que un bebé humano, no son respetados en la mayoría de los rincones de la galaxia. Incluso el mono-lagarto kowakiano más famoso de todos, Salacious B. Crumb, muy aclamado por los de su especie como un gran comediante, con habilidad tanto para la comedia física como para los chistes, nunca pudo ser aceptado en los niveles más altos de la sociedad. Tuvo que conformarse con desempeñar el papel de bufón de la corte para el terrible y lipoideo Jabba el Hutt.

¿Lo ven? Seguro ni siquiera han escuchado hablar de Salacious, ¿verdad? Pero alzaron las cejas al escuchar el nombre de Jabba, el inigualable criminal.

Les sorprende mi vocabulario, ¿cierto? No esperaban escuchar palabras sesquipedálicas salir de mi cuerpo de medio centímetro, ¿no es así? Oh, son tan predecibles.

Mi nombre es Lugubrious Mote, y soy la verdadera fuente detrás del genio cómico de Salacious Crumb. Esta es mi historia.



«*Splash… blup… pitipata… plop*».

—¡Espera, espera! ¿Qué significan esas palabras? Ni siquiera conozco la mayoría de ellas.

—Les dije que esta era la historia de un narrador de lo más peculiar.

—Suena a que simplemente le gustan las palabras grandes.

—Ja, no están del todo equivocados. Una palabra sesquipedálica es una palabra muy, muy larga; una palabra escrita con suficientes letras como para darle la vuelta a la página varias veces. Para una criatura tan pequeña, su capacidad pulmonar era extraordinaria.

—Al menos mi cerebro está lo suficientemente distraído como para olvidar el olor que hay aquí… Casi.

—Por lo que sé, Jabba no olía mucho mejor que este lugar.

—¿Y qué significa «lipo…», «lipoi…»?

—No necesitas conocer todas las palabras para entender una historia. De hecho, las partes más importantes de toda historia siempre se cuentan con palabras. Sólo sigue la narración.



Primero, deben observar y admirar mi forma. Sé que soy un poco difícil de ver, así que si gustan usar la lupa que está colgada junto a mi escenario de diez centímetros, adelante. Notarán que mi cuerpo mide un poco menos de cuatro milímetros de largo, y desde mi torso ovoide cubierto de un caparazón quitinoso se extienden dos pares de piernas peludas, dos brazos lisos y segmentados que terminan en pinzas oponibles, y una cabeza pulcra y bigotuda. Como otras hembras de mi especie, puedo saltar hasta un metro de altura cuando estoy de pie y puedo levantar objetos equivalentes a cuarenta veces mi peso corporal.

Los biólogos de la Universidad de Coruscant describen a mi especie, las pulgas-topo de Kowak, como parásitos, pero eso no me parece del todo justo. Nosotros consideramos que vivimos en un antiguo arreglo que nos beneficia tanto a nosotros como a los monos-lagarto. En los exuberantes y densos bosques de Kowak, cada mono-lagarto tiene una colonia de pulgas-topo que vive en su cuerpo y lo aconseja en cuanto a sus relaciones con los otros monos-lagarto, lo previene del peligro, y mantiene su piel y su pelaje libre de parásitos verdaderamente dañinos. Cuando las crías de monos-lagarto nacen, unas cuantas pulgas-topo de cada padre migran al cuerpo de la joven criatura para establecer una nueva colonia, y así proporcionarle al pequeño la sabiduría y experiencia de las comunidades de pulga-mono de ambos padres.

Nuestra civilización evolucionó en conjunto con la suya y me atrevo a decir que la nuestra es más sofisticada por el simple hecho de que nuestras mentes son mucho más ágiles que las suyas, así como nuestros movimientos. Puede que las pulgas-topo sólo vivamos una décima parte de lo que vive un mono-lagarto en promedio, pero experimentamos el mayor deleite y dolor posible en ese tiempo. Para lograrlo, vivimos cada día como si fuese una semana entera, y en el mismo tiempo que le toma al cerebro de un mono-lagarto pensar y decir una sola palabra, nosotros ya hemos formulado una oración de al menos diez palabras.

Para compensar por nuestra pequeña estatura, la naturaleza nos dio cerebros descomunales y nervios acelerados.

Yo crecí en el cuerpo de Salacious Crumb. Cuando Salacious decidió marcharse de Kowak por primera vez para buscar fortuna, mi colonia tuvo una reunión, y decidieron que no querían irse a explorar las incertidumbres que existen en el espacio. En vez de eso, los miembros de la colonia llegaron a la determinación de esparcirse y unirse a miembros de mi familia que habitaban en otros huéspedes. Yo fui la única que decidió acompañar a Salacious en su aventura.

—Quiero una asociación completa —le dije.

Él se rio durante cinco minutos. Yo lo tomé como una inepta expresión de gratitud.

Verán, la verdad es que Salacious es un artista nato y fue bendecido con una panoplia de características físicas perfectas para que un payaso pueda agradar a la muchedumbre: orejas flexibles, pelo despeinado, ojos grandes e hipnóticos, miembros desgarbados, movimientos torpes y una risa contagiosa. Pero nunca tuvo mucho cerebro en medio de esas orejotas desproporcionadas.

No podía escribir ningún chiste, porque era más tonto que un rancor recién nacido.

Yo era la que escribía todo el material para su acto, incluyendo los chistes de caca de mono. También tenía que sentarme en el nido de pelos que había en su cabeza y susurrar los chistes en sus grandes orejas, porque él no podía memorizarlos.

Entonces, si era tan ingeniosa, ¿por qué no me dediqué yo misma al negocio de la comedia?, preguntarán. Para ser comediante, se requiere cierta disposición para hacer el ridículo y verse como un tonto, sufrir humillaciones, tener una actitud servil y usar palabras pequeñas. Ya habrán podido darse cuenta de mi elocuencia; así que, en resumen, no está en mi naturaleza.

Por eso llegué a la conclusión de que los dos haríamos un gran equipo.

El problema fue que, fuera de los habitantes de Kowak, muy pocos entienden el lenguaje chirriante de los monos-lagarto, y tener que trabajar por medio de un intérprete significa la muerte para la carrera de cualquier comediante. (Imagino que habrán tenido que tratar con droides de protocolo, ¿cierto? Son insufribles).

Así que, para rescatar la carrera inexistente de Salacious, le recomendé volverse un comediante físico. Las caídas intencionales y las payasadas son el lenguaje universal de la comedia. Yo misma ideé una rutina completa de tropezones, resbalones, caídas, saltos, giros, paradas de mano, escupidas de agua, falsos ahogos y sacudidas de pantomima.

Pero Salacious era un estudiante terrible. Tenía tan poca coordinación y era tan torpe que no podía hacer muchos de los giros y resbalones que yo coreografiaba para él. Después de pasar muchos segundos pensando, se me ocurrió la idea de sentarme arriba de su cabeza, como el piloto de una de esos AT-ATs que vi una vez en un puerto espacial bajo la ley marcial, y morderlo en diferentes partes de la cabeza para enviarle señales que le indiquen cómo moverse. Fue la única manera de que se moviese con la suficiente coordinación como para masticar una vejiga de pescado mientras bailaba como un gamorreano ebrio… Créanme, era una rutina graciosa.

El problema era que no podía evitar reírse de sus propios chistes, lo que arruinaba mucho el efecto.

Pero no cabe duda de que el humor es algo subjetivo, y a pesar de que todas las probabilidades estaban en su contra, al jefe de la mafia, Jabba el Hutt, le gustó lo que hacía… particularmente su risa. Salacious tomó el crédito de todo y ni siquiera me mencionó en ningún momento a Su Augusta Corpulencia. Vaya socio que resultó ser.

Por otro lado, considerando que Salacious tenía que entretener a Jabba al menos una vez al día para recibir comida y agua (y yo compartía las migajas de lo que él recibía), y para que la babosa gigante no lo matara, tal vez lo mejor era que Jabba ignorara mi existencia por completo.

Viví en el pelo de Salacious por un largo tiempo y le ayudé a sobrevivir complaciendo al delincuente. Por las noches, brincaba por el palacio y escuchaba a los cazadores de recompensas y contrabandistas que venían a negociar con el enorme embutido de grasa. Aprendí mucho sobre la galaxia, incluso si nunca llegué a ver cada rincón de ella. No era la vida de aventuras que me habían prometido, pero creía estar satisfecho.

Hasta que un día, llegó Skywalker.



Imagínenme en mi nido, entretejido con vides gruesas, cada una de las cuales era del mismo ancho que mis patas. En vez de fibras vegetales, las vides estaban hechas de queratina, del mismo color que dominaba casi todo el planeta desértico de Tatooine: un tono entre morado y tostado. Era difícil trabajar con estas vides: eran resistentes, inflexibles y les faltaba completamente el tipo de suavidad moldeable que uno desearía para la construcción de un lecho. Las gruesas mechas emergían de un suelo seco y curtido y yo me veía forzada a darle un poco de flexibilidad a ese material tan difícil con algunas acertadas incisiones hechas con mis dientes.

Esa mañana, me dolían los dientes porque había estado masticando varias vides de queratina particularmente gruesas para suavizarlas. Era una lucha constante mantener la integridad estructural de mi nido, ya que las mechas crecían sin parar, y tenía que hacer nuevos cortes de vez en cuando para permitir que mi nido se desarrollara.

Ya que estoy en esto, creo que sería oportuno darles un informe del clima y la actividad sísmica. El cielo está como siempre, perpetuamente nebuloso y oscuro; la luz que proviene de los soles gemelos o el destello de las estrellas prácticamente no llega. Ya que al Monumental Jabba no le gusta estar afuera mucho, Salacious Crumb, mi huésped y hábitat, tampoco podía salir. Unas horas antes, algunos pedazos, provenientes de los restos de una criatura desafortunada, untados de limo y jugos digestivos habían llovido en el bosque de vides, y una rápida tormenta de vino agrio y jugos de fruta fermentada había tallado riachuelos en el suelo seco. A pesar de mi repugnancia, salí del nido para recoger

cualquier pedazo de carne comestible que pudiese encontrar (¡oh, qué vergonzoso luciría esto ante los ojos de mi tribu natal!). Después, tuve que apresurarme para despejar el área y deshacerme de todo lo que no pudiera comer o beber, lanzando los trozos que sobraban por la orilla del escarpado acantilado que se encontraba en los límites del bosque de vides. Así, evitaba que mi nido se convirtiera en un desastre apestoso y pantanoso. Para hacer algo de ejercicio, salté y escalé la Cima de la Oreja Izquierda y la Cima de la Oreja Derecha, utilizando un poco de carroña podrida como peso libre.

Una bruma de olor nauseabundo se extendió por el ambiente y nubló todo. Lo único que pude hacer fue retirarme a mi nido y aguantar la respiración, con ataques de tos repentinos cuando no aguantaba más. Encima de mí, los ronquidos estruendosos y las risotadas ensordecedoras se alternaban en ondas impredecibles, lo cual me forzaba a cubrir mis delicadas orejas mientras que mis bigotes se retorcían de molestia. Debajo de mí, mi huésped reaccionó a esto y tembló como la cubierta de una nave azotada por una tormenta, acompañado de una risa aguda que se escuchaba como si el mismísimo suelo estuviese siendo desgarrado.

En general, otro día típico en la jungla de pelos enredados que se encontraba sobre la cabeza de Salacious Crumb y bajo del yugo de la imponente montaña de carne y grasa llamada Jabba el Hutt.

—¿No puedes por lo menos bloquear el humo del narguile? —le supliqué a Salacious—. Ponte un sombrero o algo. —De todos los hábitos desagradables que tenía Jabba, ese era sin duda el peor. El humo llegaba hasta el pelo de Salacious y no había nada que yo pudiera hacer para quitar el olor.

Salacious no respondía; se limitaba a dar de golpes con el pie, frotarlo en el suelo y reír maniáticamente. El mensaje estaba claro: si hacía algo para que notaran mi presencia, él no movería ni un dedo para protegerme y me aplastarían como a una pulga común, corriente e insensata.

Estaba pensando en algún insulto ingenioso para Salacious (a veces tardaba días en entender lo que yo había querido decir), cuando, de pronto, el destello de un relámpago rompió la oscuridad en la distancia, y un gigantesco y brillante hombre-estrella apareció de un parpadeo, como una supernova iluminando la mitad del espacio. Era tan grande que le hacía sombra al bulto de Jabba como el árbol de diez mil años que ocultaba bajo su sombra a una roca pulida que era el escondite de Salacious Crumb en Kowak. Era como un dios antiguo, salido de los mitos de la Creación, pero en carne y hueso. Salté hasta la oreja de Salacious para ver mejor.

—Saludos, Exaltado Señor.

Nunca había escuchado una voz así: sonora y resonante, suplicante y amenazante a la vez, y repleta de confianza, una confianza que parecía prácticamente imposible distinguir de la arrogancia. El alboroto en la corte de Jabba se detuvo; no recordaba haber escuchado tanto silencio en este lugar jamás, y el brillante hombre-estrella prosiguió:

—Soy Luke Skywalker, Caballero Jedi y amigo del Capitán Solo. Solicito una audiencia con Su Grandeza para negociar por su vida…

La estruendosa figura parpadeó. Me di cuenta de que este Luke Skywalker no era real, sino una ilusión proyectada desde la parte superior de la cabeza en forma de domo de un droide azul y plateado que se encontraba de pie junto a un droide dorado de compañía con forma humana. Eran obsequios para Jabba, aparentemente de parte de este tal Skywalker. Ya se estaba rindiendo ante Jabba incluso antes de llegar; no podía evitar sentirme decepcionada.

El tiempo que había pasado en el palacio me había dado la oportunidad de toparme con varios psicópatas, farsantes y estafadores. Sin embargo, este tal Skywalker me resultaba algo enigmático. Por un lado, ni siquiera era lo suficientemente valiente como para presentarse en persona, y se presentaba tan empalagoso y manso ante el gánster Hutt como cualquier criminal de mala muerte. Por otro lado, no estaba ahí para negociar para su beneficio o para solicitar algún favor desagradable a Jabba, sino para interceder por su amigo, debido a lo cual sentí cierta empatía por él.

Me pregunté si simplemente se trataba de un temerario o estaba planeando una gran estafa.

Era una persona rodeada de incertidumbre, envuelto en un enigma y oculta en un misterio.



Después de la gran entrada del holograma de Luke, no ocurrió nada nuevo por un tiempo, y la vida en el palacio de Jabba siguió su rutina de asquerosa comida, humo apestoso y un sinfín de aduladores serviles. Traté de hacer que Salacious Crumb agregara un poco de variedad a su rutina (ya estaba harta de las mismas payasadas), pero se negaba obstinadamente.

—Si intentas algo nuevo podrían darte un ascenso —le susurraba en la oreja izquierda.

Sólo se reía de algún comentario idiota y sin ingenio que hacía Jabba y se rascaba la oreja para que me alejara.

Mi huésped no tenía ambición. «Suspiro».

Empecé a hacerme del hábito de recorrer el palacio, incluso durante el día. Uno no se la puede pasar eternamente viviendo bajo la barbilla babeante de esa montaña de carne maligna. Podía sentir el suelo temblar mientras la banda de Jabba cambiaba de un estilo musical a otro; un esfuerzo en vano de causar alguna emoción en su lento cerebro. Me mordí la lengua mientras, agarrada de la pared, observaba a sus grotescos secuaces compitiendo entre sí para ver quién se reía más fuerte mientras Jabba torturaba a su desventurada esclava, Oola, la bailarina. Salacious tenía el dudoso honor de ser el líder en esta competencia. Saltaba por el tesoro de Jabba y examinaba su colección de exquisitos botines, los cuales estaban desafortunadamente estropeados por el limo de sus sucias manos.

Y luego, todo se puso de cabeza con la llegada de Leia.



Lo más importante no fue la audaz maniobra con el wookiee prisionero, ni el absurdo disfraz, ni el sonido del detonador térmico. Tampoco era la audacia pura de recorrer el palacio de Jabba de noche y robar su posesión más preciada justo bajo sus narices. Tampoco el hecho de que, de acuerdo a los estándares de la mayoría de las criaturas pensantes, el plan de Leia era una absoluta locura.

¿Saben lo que más admiraba sobre ella? Lo calmada que estaba luego de que su plan falló.

El ridículo atuendo que Jabba la forzaba a portar estaba diseñado para desgastarla y para terminar con su resistencia. Estaba demasiado descubierto para la fría temperatura ambiente del palacio y la exponía al acoso constante del Hutt. Jabba era prácticamente un artista cuando se trataba de usar el asco y la humillación como armas. Incontables enemigos que jamás habrían cedido al simple dolor físico, se quebraban bajo los viles juegos mentales del criminal Hutt.

Sin embargo, al observarla a ella, ni siquiera se notaba que le molestara todo lo que estaba pasando. Estaba extremadamente calmada. En medio del repugnante y agitado torbellino que era la corte de Jabba, ella era un centro intocable de tranquilidad. A pesar de ser la prisionera de Jabba, actuaba como una princesa, como una reina.

Nunca había visto a una humana con tanta gracia. «Jabba no podía derrotarla».

Más tarde, en plena oscuridad, mientras Jabba, Salacious y el resto de la corte dormían, salté de mi nido en la cabeza del mono-lagarto. De un solo salto, aterricé en el cabello de Leia, el cual, noté con un poco de nostalgia, parecía ser mucho más cómodo y me recordaba al musgo suave que solía mezclar con el duro cabello de Salacious en Kowak para darle a mi residencia un toque hogareño. El intrincado rodete en la cima de su cabeza sería un campanario perfecto y su larga trenza, unas escaleras ideales.

Pero suficiente de fantasías de bienes raíces. Tenía una misión.

—*Pssst* —susurré en el oído de Leia—. ¿Estás despierta?

Sus ojos se abrieron de golpe en medio de la oscuridad.

—¿Quién está ahí?

—Tu error fue ver a Jabba como un igual —le dije. No respondí su pregunta directamente porque, en mi experiencia, tan pronto como la gente me veía, dejaba de escucharme.

—Explícate. —Su tono de voz no era defensivo ni molesto—. Y habla más despacio. Apenas puedo entenderte.

Claro. Siempre olvido lo lentas que son estas criaturas grandes. Tenía que reducir la velocidad de mi manera de hablar por un factor de diez para lograr que mi básico galáctico estándar fuera comprensible para un humano promedio.

Enuncié cada sílaba deliberadamente, arrastrando mis palabras. Sentía que me escuchaba como un holograma mal grabado que se cortaba y tartamudeaba, pero no podía darme el lujo de ser impaciente.

—Re-co-rris-te su pa-la-cio como una la-dro-na, pero te ol-vi-das de que él *es* un gran la-drón. Desde luego que te atrapó.

—Es un punto razonable —dijo ella—. ¿Qué habrías hecho tú?

—Una pulga puede beber la sangre de un fathier porque la pulga es prácticamente invisible para la gran bestia —le dije.

—Muéstrate —dijo ella—. Me gusta ver con quién estoy hablando.

Brinqué a la punta de su nariz, listo para saltar si trataba de aplastarme, como esperaba que lo hiciera.

No lo hizo. En vez de eso, se quedó viéndome con los ojos cruzados en la oscuridad y sonrió.

Así fue como se formó una de las alianzas más extrañas, entre una pulga-topo de Kowak y una princesa de la Casa de Organa.

Me contó de las estrellas que llevaban muerte a su paso, sobre la oscuridad del Imperio, que era más profunda que el espacio, sobre los pequeños agujeros de luz nacientes que representaba la Alianza Rebelde y sobre la gran visión de una galaxia libre.

—Habrá un asiento para todos en la Cámara del Senado, sin importar su nivel de riqueza, su poder o su lenguaje —declaró—. O su tamaño —añadió después de un segundo.

Y entonces, me imaginé colonias enteras de pulgas-topo desplazándose por la galaxia, aconsejando a huéspedes como generales, senadores, magnates, cantantes de ópera, tal vez incluso princesas. Le compartí mi deseo.

—No estoy segura de si sería la portadora más adecuada —dijo diplomáticamente—. Si vivieras en mi cuero cabelludo, tendría mucha comezón. No obstante, estoy segura de que podemos encontrar algún otro huésped dispuesto.

Apaciguada, le ofrecí mi ayuda.

—Luke ya viene —me dijo ella—. Bríndale tu ayuda. Es nuestra mejor esperanza.

—¿El hombre-ilusión? —pregunté con escepticismo.

—Llegará a agradarte —me dijo, con un destello en los ojos—. Ya verás.



—Deben dejarme hablar —dijo la figura encapuchada desde las sombras. Su voz era extraña y atonal. Los monstruos de la corte de Jabba se agitaban inquietos en la oscuridad.

Los ojos de Jabba se abrieron de golpe en la bruma por encima de mí como los soles gemelos de Tatooine. Un torrente de baba viscosa se escurrió desde su boca cavernosa y

salpicó el pelo sucio sobre la cabeza de Salacious, quien dejó escapar una risa poco entusiasta.

No era hora de comedia. Salté de su cabeza en el último segundo y aterricé en el hombro de Leia. Mientras Jabba seguía retumbando grandilocuentemente por encima de donde yo estaba, me posé justo debajo de la oreja derecha de Leia.

—Se le debe permitir hablar —dijo Bib Fortuna, el cobarde mayordomo de Jabba.

Había algo extraño en su voz. Se escuchaba más desalmada que de costumbre.

—Está usando un viejo truco mental jedi —rugió Hutt y empujó a Bib Fortuna fuera de su camino.

Yo estaba confundida. Los jedi eran figuras legendarias y nunca había creído que en verdad tuvieran poderes mágicos. Pero era posible que supieran algo de hipnosis, como los trucos que había visto a los magos callejeros hacer para las multitudes. Tal vez Luke había aprendido un truco de aquellos. Sólo esperaba que no hubiese puesto demasiadas esperanzas en su eficacia.

Jabba hablaba tan despacio que me daba tiempo suficiente de esquivar unas cuantas gotas de baba más: cada una de ellas era más grande que yo. No entendía cómo es que Leia podía soportar la peste.

—Traerás al Capitán Solo y al wookiee ante mí —dijo la figura encapuchada, con el mismo tono de voz monótono. Dio un paso al frente hacia la luz y se quitó la capucha que ocultaba su rostro.

Como todos los humanos, era gigantesco, aunque sólo de manera promedio. Asimismo, como todas las criaturas grandes, su cara estaba cubierta de imperfecciones, las cuales resultarían puntos de apoyo y asideros perfectos si acaso decidiera escalar el acantilado de sus mejillas para llegar a su cabello y anidar. A diferencia de la versión en holograma, en persona Luke tenía un aspecto juvenil y una especie de confianza tranquila, lo cual me indicó de inmediato que estaba condenado.

—No tiene idea de lo que hace, ¿verdad? —le susurré a Leia en el oído.

Leia se puso tensa. Me daba cuenta de que ella tampoco estaba segura de lo que planeaba Luke.

—Suenas como el zumbido de un mosquito —susurró—. No entiendo nada de lo que dices.

Claro. Me había olvidado de nuevo.

—Sólo co-no-ce un truco y cree que será su-fi-cien-te —me forcé a mí misma a bajar la velocidad de mis palabras y a articular *muy* claramente—. De-ma-sia-do seguro. Está co-me-tien-do el mismo e-rror que *tú.*

Por encima de mí, se escuchó el estruendo de la escandalosa carcajada de Jabba, mucho más franca y vigorosa que cualquiera de las que le había provocado Salacious en el pasado. El pobre mono-lagarto trató de reírse también para apoyar el júbilo de su amo, pero sus ruidos lastimeros se ahogaban bajo las risotadas dominantes de Jabba.

—Jabba vive de devorar falsificadores, estafadores y mentirosos. Sabe más de trucos mentales que nadie.

Por la forma en que Leia apretó la mandíbula, me di cuenta de que entendía que Luke estaba en problemas.

Vi cómo las miradas de Luke y Leia se encontraron, y el brillo de confianza desapareció de los ojos del jedi. Se veía como un niño pequeño y extraviado. Una ola de lástima por él recorrió mi pequeño cuerpo.

¿Por qué los miembros de las especies pensantes grandes eran tan tontos? ¿Tan arrogantes? ¿Por qué estaban ciegos ante lo que era tan evidente para mí?

Jabba se burló del joven Skywalker por su imprudente plan a medias y su fétido aliento se esparció por el aire. Leia se estremeció. Sabía que en su corazón la llama de la fe también se estaba extinguiendo.

Temí lo peor cuando Luke dio otro paso hacia adelante, acercándose incluso más a Leia y Jabba.

—No obstante, me llevaré al Capitán Solo y a sus amigos. Puedes sacar provecho de esto o ser destruido. —La expresión de su rostro mostraba determinación, como si creyera por completo en cada palabra que salía de su boca.

Incluso si era tonto y arrogante, lo admiraba por no rendirse. En ese aspecto, Leia y él eran muy parecidos.

—Te dije que llegaría a agradarte —dijo Leia. Su voz era tan baja que solamente yo podía escucharla.

—Lo único que he afirmado es mi certeza de que esta situación lo rebasa —dije, sin quitar la mirada del lugar donde se encontraba Luke—. ¿No entiendes lo que pasa? Jabba lo está atrayendo a una trampa. Está…

—Amo Luke —interrumpió C-3PO, el droide de protocolo—, está parado exactamente sobre…

La advertencia de Leia al darse cuenta de la verdad fue sofocada cuando Jabba jaló la cadena que estaba unida a su collar.

—Disfrutaré verte morir —dijo Jabba entre carcajadas.

Confundido y desesperado, Luke volteó hacia uno de los guardias que estaban junto a Bib Fortuna y de algún modo (hasta este día, aún no estoy segura de cómo lo hizo) el blaster del guardia salió volando de su funda y aterrizó en la mano de Luke.

Ahora, estoy segura de que muchos de los que escuchen mi historia dirán que esta era la prueba de que Luke tenía facilidad para usar «la Fuerza», ese poder misterioso y mágico del cual todos adoran hablar y hablar sin parar («¡Oh, impregna toda la galaxia!», «¡Oooh, le permitió a los jedi proteger a la República!», «¡Aaahh, puede hacer cualquier cosa!»). Pero la verdad es que no existe esa cosa que todos llaman «la Fuerza». Yo soy una racionalista consumada, y sólo creo en lo que se puede ver y se puede tocar.

La mejor teoría que tengo al respecto es que el guardia era otro de los amigos de Luke que se había infiltrado en el palacio de Jabba; no tienen idea de cuántos de sus conspiradores se las arreglaron para introducirse, justo como Leia. Pero, en fin, divago.

Esto es lo que ocurrió a continuación, en un lapso de un segundo, aproximadamente:

Luke tomó el blaster con ineptitud, como si se tratase de un detonador térmico caliente, y…

Antes de que pudiera lanzar un solo disparo, uno de los guardias gamorreanos de Jabba lo agarró por la espalda…

Jabba golpeó rápidamente el interruptor que abría la trampilla que se encontraba al pie de su trono…

A continuación, hubo una torpe lucha entre el colosal gamorreano y el enorme Luke que pareció durar eternamente (una escena frustrante a la vista para una atleta tan ágil y ligera de pies como yo)…

Un disparo salió del blaster de Luke y le dio al techo, provocando una lluvia de chispas, la cual no tuve problema en esquivar, ya que soy muy rápida, pero sí quemó un poco la piel de Leia. Ella apretó los dientes…

Luke cayó por el gran hoyo hacia las profundidades…

Salacious se carcajeó sin gracia…

Después de que su presa se resbalara tan repentinamente fuera de su alcance, el gamorreano perdió el equilibro y quedó sostenido precariamente al borde del trono de Jabba…

Pero ese segundo fue suficiente tiempo para que una mente rápida como la mía pudiese analizar las implicaciones. La Princesa Leia iba a perder a su campeón a menos que yo hiciera algo. Esta era mi única oportunidad para modificar las probabilidades en su favor y probar mi valor como su aliada. Además, ya que siempre me había considerado el cerebro en la sociedad que existía entre Salacious y yo, tal vez había llegado el momento de demostrar que mis acciones podían ser tan grandes como mis palabras.

Bueno, tal vez *grande* no sea la palabra más indicada.

Mientras el gamorreano oscilaba precariamente sobre el hoyo, me decidí a emprender una misión para rescatar a Luke Skywalker. Si bien era un chico torpe, tonto e imprudente, era valiente y su corazón estaba en el lugar correcto.

Salté del hombro de Leia a la espalda del gamorreano y, tan pronto como aterricé, la bestia porcina cayó por la trampilla detrás de Luke.

Salacious siguió riendo maniáticamente, sin percatarse aún de que había perdido el único cerebro que importaba.



Caímos, caímos y caímos por la oscuridad.

De repente, llegamos al húmedo y oscuro calabozo que se encontraba debajo del trono de Jabba, donde sólo unos cuantos rayos alcanzaban a filtrarse a través de una reja en lo alto del techo. Desde ahí, Jabba disfrutaba observar cómo morían sus víctimas.

Con un chirrido ensordecedor, la pesada puerta que se encontraba al final del calabozo se alzó para revelar el horror que ocultaba: el rancor de Jabba.

Imaginen una criatura cuya masa corporal consiste en su totalidad en unas fauces enormes, tan grandes como una cueva, cubiertas de estalactitas y estalagmitas de dientes. Imaginen también dos brazos poderosos con garras filosas que conforman el resto de su cuerpo. Finalmente, imaginen que esta criatura sacada de una pesadilla era tan grande para un humano como Salacious Crumb lo era para mí.

Luke se puso de pie rápidamente y la bravuconería en su rostro fue reemplazada por terror e incertidumbre. El guardia gamorreano en el que estaba se olvidó por completo de su deber. Lo único que quería era trepar por la resbaladiza rampa por la que acababa de caer.

Imagino que piensan que estaba tan asustada que lo único que podía hacer era sostenerme del gamorreano y orar para morir lo más rápido posible.

Al contrario, nunca antes había estado tan encantada.

Recuerden, están pensando en su escala, no en la mía.

«Una pulga puede beber la sangre de un fathier porque la pulga es prácticamente invisible para la gran bestia».

Para alguien de mi tamaño, un rancor no era más que una pesada y torpe montaña que representaba más un hábitat que una amenaza. Si tratara de morderme, simplemente podría correr entre los espacios que había entre sus dientes. Si trataba de pisarme, podría tomar una siesta en los profundos surcos y las arrugas que cubrían toda su piel curtida. Mucho antes de que lograra atraparme, incluso verme, podría saltar a su espalda y construir un nuevo hogar en los pliegues encima de sus inconscientes ojos del tamaño de una piscina.

Estaba lista para mostrarle al rancor quién mandaba aquí.

Pero sin importar lo mucho que le gritara en el oído para que se detuviera, se diera la vuelta y se mantuviera firme, el gamorreano no me escuchaba. Es imposible razonar con un gamorreano, esa es una de las muchas fallas de su especie.

Así que, como era de esperarse, el rancor se agachó, lo tomó y se lo tragó de unas cuantas mordidas, como una jugosa fruta.

Muy por encima de nosotros, Jabba se reía, Salacious se carcajeaba, Leia soltaba un grito ahogado y la monstruosa corte de Jabba estallaba en un coro de estridentes burlas.

Con cinco simples saltos, llegué al hombro de Luke, y con un salto más, llegué a su oreja. Seguía retrocediendo y su mirada aterrada estaba enfocada en el acechante monstruo.

El rancor, habiendo terminado su bocadillo gamorreano, se dio la vuelta torpemente para voltear a ver a Luke.

—No te preocupes —le dije a Luke en el oído—. Tú puedes.

Tenía toda una rutina preparada para calmar al sorprendido joven después de escuchar una voz incorpórea. Iba a saltar a su nariz para que pudiera verme bien e iba a explicarle

el trato que había hecho con la Princesa Leia para ayudar a la Rebelión. Lo único que él tenía que hacer era confiar en mí.

Pero no reaccionó como yo esperaba, en absoluto. Después de un escalofrío momentáneo por el sobresalto, su cuerpo se relajó inmediatamente. Se puso en cuclillas, en posición de combate y apareció una sonrisa en su rostro.

Confundida, le pregunté:

—¿No vas a preguntar quién soy?

—No —me dijo—. Sé que eres el espíritu de un jedi y que vas a decirme cómo usar la Fuerza.

«Por todos los cielos».

Antes de poder explicarle, el rancor dio un paso hacia adelante, arrastrando los pies. Pero en vez de correr, Luke simplemente *se quedó* en donde estaba.

—Estoy *totalmente* listo —me dijo—. Dime qué hacer. ¿Tal vez debería usar mi truco mental jedi? «Esta no es la comida que estás buscando». ¿O qué tal si uso mis poderes de telequinesis para *llamar* a dos de esos dientes que tiene en la boca hasta mis manos y se los encajo en los ojos? ¡Oh! Ya sé, debería encontrar una roca y lanzarla directamente a su garganta *justo así*, de manera que se atore en su esófago y se asfixie…

Mis bigotes temblaban con incredulidad, golpeé mis tenazas contra mi frente.

Pero no había tiempo de curar al joven de sus delirios.

—¡Retrocede, retrocede! —le grité al oído.

A tropezones, retrocedió unos pasos. Eso no era lo que él esperaba de su guía jedi fantasmal y podía darme cuenta por la manera en que temblaba de que se estaba poniendo nervioso.

«Al menos puede seguir instrucciones», pensé. Y entonces me di cuenta de que esto no sería tan malo. Aún podía hacer que funcionara. En vez de pelear contra sus instintos, tenía que trabajar en conjunto con ellos. Si podía controlar al insípido de Salacious Crumb, seguramente podría hacer lo mismo con el excesivamente entusiasta Luke.

Después de echar un vistazo alrededor del distante suelo de la cueva desde mi punto de vista panorámico, se me ocurrió un plan.

—Ahora, debes hacer contacto con todos tus sentidos, Luke. —Me parecía de mal gusto seguirle la corriente a sus supersticiones, pero tenía que calmar sus nervios y ganarme su confianza—. Deja que la Fuerza se mueva a través y por encima de ti… siente cómo la Fuerza te guía a través de tu… eh… cuero cabelludo…

Salté a la parte superior de su cabeza. Me preparé, tomé algunos mechones de su cabello en cada pinza, y encajé mis microscópicas piezas bucales (que incluían un par de púas de perforación epidérmica, seis tubos de succión, tres tentáculos que se agitaban, cinco conductos de regurgitación y siete agitadores de alimentación) gentilmente en la piel de Luke. No tiene caso ir demasiado rápido cuando muerdes a un huésped nuevo por primera vez.

—¡Un momento! Puedo sentirla —dijo con una voz llena de asombro—. ¡Puedo sentir la Fuerza! ¡Es como un cosquilleo en la parte posterior de mi cabeza!

«Bien. Bien». Encajé mis piezas bucales más profundamente. No me refería sólo al hecho de que mi plan iba a funcionar, sino también a que su cuero cabelludo realmente sabía bastante bien.

Se dio la vuelta; detrás de nosotros, el rancor había dado otro paso hacia adelante.

—La última vez, no funcionó exactamente así —dijo—. Obi-Wan nunca me provocó comezón en el cuero cabelludo… ¡Auch!

Estaba demasiado alejado de su oreja como para hacer que me escuchara, así que sólo saqué púas bucales, salté hasta su frente, y las encajé en su piel lo más fuerte que pude. En ese momento, me imaginé que era exactamente igual que cuando un jinete quería que un fathier indómito se comportara.

Luke finalmente entendió lo que quería que hiciera y saltó hacia adelante para tomar del suelo de la cueva un enorme fémur que perteneció a una de las víctimas anteriores del rancor. Después, con otras dos mordidas rápidas en la parte posterior de su cabeza, se dio la vuelta y alzó el hueso como un garrote.

—Usa la Fuerza… Usa la Fuerza… —lo escuché murmurar—. Tengo que usar la Fuerza…

El rancor avanzó pesadamente hacia adelante. Un paso. Otro paso.

A Luke le temblaban las piernas, y la cima de su cabeza se estremecía como la cubierta de una nave atrapada en una tormenta solar. El chico estaba asustado.

No tuve otra opción más que saltar hasta su oído nuevamente.

—Deja que te agarre y te acerque a su boca. Luego, atora el hueso entre sus mandíbulas.

Se congeló por un segundo antes de relajarse otra vez.

—Ah, como meter un torpedo de protones en el puerto de escape de la Estrella de la Muerte —dijo—. Entiendo.

No tenía idea de lo que estaba hablando, pero mientras siguiera mis indicaciones…

—Seguro. Lo que sea.

Tenía que darle crédito al chico. Si bien era impulsivo y torpe, también era muy valiente. Mientras el rancor lo envolvía con sus garras, no se desmayó de terror o cedió ante el dolor de ser apretado por esos dedos gruesos y aplastantes. Hizo una mueca de dolor, pero sostuvo el hueso firmemente, y mientras el rancor lo acercaba más y más a su mandíbula, alzó el hueso y lo dirigió recto y sin titubear hasta la garganta de la criatura, a pesar de las olas de su aliento caliente, que apestaba a carne putrefacta.

—¡Ahora! —le grité y mordí su frente antes de aferrarme con todas mis fuerzas.

Luke metió el hueso directamente en la mandíbula de la criatura, atorando cada uno de los extremos firmemente en el techo y suelo de su boca. Aullando de dolor, el rancor lo soltó. Sus enormes mandíbulas estaban atascadas y no podía cerrarlas.

—¡Vamos, vamos, vamos! —le dije mientras mordía el lado derecho de su cuero cabelludo.

Luke estaba acurrucado en el suelo y su respiración era pesada y rápida. Alzó la mirada y alcanzó a ver una pequeña abertura a su derecha, debajo de una saliente

prominente. El espacio era apenas lo suficientemente grande como para que él cupiera. Él se metió en la abertura.

—¡Usé la Fuerza! —susurró alegremente. Oh, ese chico tonto.

Ya que el arma principal del rancor había quedado inutilizada, este le aulló a la reja que se encontraba muy por encima de él. Jabba maldijo en su voz retumbante de terremoto; Leia parecía estar a punto de desmayarse; y toda la corte se burló un poco más.

Salacious, fiel a su naturaleza, dio unas cuantas risotadas débiles. Sin mí, no tenía idea de cómo hacer un chiste respecto a esta loca situación.

Pero aún no estábamos fuera de peligro. Con un gruñido, el rancor se las arregló para presionar sus mandíbulas con suficiente fuerza para romper el fémur, como si este fuese un débil palillo de dientes. El furioso depredador volvió a la labor de cazar a su superespinosa presa y avanzó pesadamente hacia la saliente bajo la cual se ocultaba Luke.

El monstruo se acercó más y más, y luego se agachó para sacar a Luke de su escondite. Una garra afilada pasó peligrosamente cerca de la cara de Luke.

—¡Ahora sería un buen momento para usar fuerza! —grité después de saltar hasta la oreja de Luke.

—¿Cómo? ¿Cómo uso la Fuerza?

—¡No *la* Fuerza! ¡Sólo usa algo de fuerza! —estaba tan molesta que mordí su lóbulo y Luke hizo una mueca de dolor.

Pareciera que el dolor ayudó a que entendiera mi punto.

Luke tomó una roca del suelo de la cueva y la estrelló fuertemente en la garra que palpaba su lugar de escondite. El rancor retrocedió, aullando de dolor.

Me asomé por debajo del arco formado por las patas de la criatura. A la distancia, vi la abertura por la cual había salido minutos antes.

Hora de dar otro paseo.

Salté de vuelta a la cabeza de Luke y le mordí la frente.

—¡Levántate! —gruñí.

Gracias a la Gran Pulga-Topo, Luke confiaba ciegamente en la supuesta «Fuerza» que lo controlaba. Se escabulló fuera de su lugar de escondite y corrió por debajo del rancor. Elegí dos puntos en su frente y encajé mis púas bucales rítmicamente: izquierda, derecha, izquierda, derecha… Entre más rápido alternaba mis mordidas, más rápido se movían sus piernas. Dudo que algún piloto de AT-AT pueda asegurar haber logrado guiar su nave con más precisión que la que yo aplicaba mientras guiaba a Luke hacia su destino.

Maniobré a Luke para que corriera a toda velocidad, hasta que logró pasar por la puerta que había dejado salir al rancor. Luke golpeó el panel de control del otro lado del calabozo. Una pequeña puerta se abrió para revelar… un enrejado de hierro que bloqueaba el camino.

«¡Aaaghhh!». Quería gritar de frustración. Creía haber encontrado una ruta de escape, pero claro que no podía ser tan fácil. Luke se sostuvo del enrejado y se sacudió inútilmente como un pez en un anzuelo.

—De acuerdo —murmuró para sí mismo—. Sé que la situación sólo *parece* imposible, ¡pero apuesto a que ahora es el momento en el que me enseñas cómo derrotar a esa cosa!

Me estaba hablando a mí, la voz de la Fuerza. Incluso en estas circunstancias, no abandonaba su esperanza. De hecho, era algo bastante conmovedor. Tal vez no fuese muy inteligente, pero tenía mucha determinación y confianza.

«De acuerdo», me dije a mí misma, «yo tampoco me rendiré. Tiene que haber algún otro modo».

Para entonces, el rancor ya se había dado la vuelta y regresaba a su guarida a grandes pasos, enfocado en atrapar a su cena, que seguía con vida.

Los guardias de Jabba, encargados del rancor, se acercaron al enrejado para burlarse de Luke. Lo picaron con palos para forzarlo a regresar al calabozo.

Luke retrocedió y se recargó en la pared, jadeando, mientras que el rancor estaba ya a unos cuantos metros de distancia.

El tiempo se ralentizó.

La única iluminación en medio del sombrío y húmedo calabozo era una luz roja que brillaba en la pared opuesta, burlándose de mis planes. Había estado tan cerca de salvar al tonto chico, de cumplir la promesa que le había hecho a la princesa. Todo mi duro trabajo habría sido para nada.

En ese momento, deseé poder ejercer control total sobre los músculos de Luke. ¿Qué no habría podido hacer yo de haber tenido ese cuerpo? Me imaginaba a mí misma saltando a la espalda de la imponente criatura, sacándole los ojos, mordiendo su piel para hacerlo sangrar. Si tan sólo… si tan sólo…

El rancor dio otro paso hacia adelante y abrió sus mandíbulas viscosas, dando zarpazos en el aire con sus amenazantes garras…

Luke se quedó como congelado.

—Yo creo en ti —dijo él—. Usa la Fuerza.

El universo no era justo. Yo tenía tan buenos reflejos; yo podía levantar cuarenta veces el equivalente a mi peso corporal. Y, sin embargo, debido al diminuto tamaño de las pulgas-topo, éramos la presa de los cuervos-mantis y los cuervos-mantis eran la presa de los monos-lagarto. A su vez, los monos-lagarto tenían que evitar molestar a los gamorreanos o corrían el riesgo de convertirse en un bocadillo para los brutos porcinos, y los gamorreanos estaban indefensos contra los torpes rancors. Entre más grande era el eslabón de la cadena alimenticia, también parecía volverse menos inteligente.

«Un momento», pensé, «sólo necesitamos una boca que sea incluso más grande».

Alcé la mirada y vi los dientes serrados de metal en el borde inferior de la puerta que había dejado salir al rancor. Cada uno de ellos era del tamaño del pico de una montaña, mucho más grandes que los dientes estalactita del rancor que se encontraba bajo ellos.

El tiempo volvió a tener su marcha normal.

Mordí el cuero cabelludo de Luke con determinación. Izquierda, izquierda, derecha, izquierda, derecha…

Él tropezó y se arrodilló. Salté a su oído y empecé a gritarle.

—¡Levántala! ¡Levántala!

Él levantó la roca que se encontraba enfrente.

—¡Ahora arrójala! —le ordené usando la voz de la Fuerza.

Sus brazos se movieron bruscamente, la roca salió volando de sus manos y se estrelló contra la luz roja que se encontraba en la pared opuesta. Se trataba del panel de control de la puerta.

La puerta cayó de golpe como una mandíbula gigante y aplastó instantáneamente el cráneo del rancor. Con unos cuantos espasmos finales, el inmenso cuerpo dejó de moverse al fin.

—¡Lo sabía! —dijo Luke—. Nunca dudé.

Las burlas que provenían de arriba se detuvieron y se escuchó un jadeo sorprendido de Jabba. Incluso Salacious tuvo suficiente cerebro como para saber que no era buen momento para reírse. Escuché una risa de alegría momentánea que provenía de Leia, antes de que su risa fuera ahogada.

El cuidador del rancor, un hombre que parecía un risco corpulento, entró corriendo a la guarida y sollozó al ver el cuerpo sin vida de la bestia que tenía a su cargo. Supongo que lo entendía hasta cierto punto. Después de todo, hasta a mí había empezado a caerme bien el torpe, necio y crédulo hombre-montaña de nombre Luke Skywalker. Cualesquiera que fuesen sus defectos, poseía un suministro interminable de esperanza y eso no es poca cosa. En verdad llegaba a agradarme.

Luke se desplomó contra la pared y yo me desplomé sobre su cráneo; ambos estábamos exhaustos, pero delirantes de alegría.



Uno pensaría que lo más perspicaz que Jabba podría haber hecho después de que su rancor mascota fuera asesinado habría sido investigar lo que había ocurrido y posiblemente ofrecerle un buen contrato al asesino. Yo hubiera preferido que me otorgaran el crédito directamente, pero estaba dispuesta a compartir un poco de él con mi montura. Después de todo, si alguien es capaz de neutralizar a tu máquina asesina más feroz de ese modo, lo normal sería que quisieras que trabajara para ti.

Pero en vez de actuar con lógica, Jabba decidió que el wookiee, el Capitán Solo y Luke Skywalker (junto conmigo aún a bordo de su coronilla) fuesen enviados hasta las lejanías del Mar de Dunas en su barcaza, donde serían arrojados al Gran Pozo de Carkoon para alimentar al todopoderoso sarlacc, quien podría digerirnos lentamente en un transcurso de hasta más de mil años.

Como dije, entre más grandes, menos cerebro poseen.

No quedaba nada que hacer más que entrenar a Luke para el desafío que se aproximaba (no estaba exactamente asustada, ya que siempre existía la posibilidad de saltar en el último minuto; como saben, mis patas son poderosas. E incluso si eso no funcionaba, decidí que, si el sarlacc nos tragaba a mí y a Luke juntos, me metería de un brinco en la boca del chico para instalarme en su estómago. Si le tomaba al sarlacc mil años digerir a sus víctimas, sin duda estaría a salvo adentro de Luke y podría pasar el resto de mi vida con relativa comodidad. Pero decidí no decirle esto a Luke… a las criaturas grandes rara vez les agrada estar informadas sobre las maneras en que nosotras las pequeñas criaturas podemos aprovecharnos de ellas).

Mientras recorríamos el Mar de Dunas en un esquife junto a la barcaza, yo me dediqué a perforar el cuero cabelludo de Luke y jalar sus cabellos para comunicarle un conjunto detallado de órdenes. Era un trabajo duro. Los guardias habían inmovilizado a Luke en su lugar, el tonto de Solo insistía en distraerlo con conversaciones triviales, y el viento soplaba en los oídos de Luke, lo que provocaba un alboroto y mucho escándalo para mí. Tuve que sostenerme de la cresta arremolinada alrededor del canal auditivo izquierdo de Luke con mis seis extremidades y gritar a todo pulmón para darle instrucciones sobre lo que tenía que hacer según cada patrón de mordidas. En varias ocasiones, el viento casi me separa de él. Pero me sostuve y volví a trepar hasta mi puesto de pilotaje.

Al menos estaba afuera bajo el sol. Después de tanto tiempo en el húmedo palacio de Jabba, un baño de sol se sentía maravilloso.

—La Fuerza me acompaña —murmuró Luke, con sus inocentes ojos muy abiertos mientras asentía al escuchar mis instrucciones.

Para cuando llegamos a donde se encontraba el sedentario sarlacc, la situación resultó prácticamente decepcionante. Una sorpresa: el pequeño droide astromecánico de Luke le lanzó su espada láser cuando finalmente liberaron al joven para empujarlo a la boca del monstruo. «¿Siquiera sabe cómo usar esa cosa?», me pregunté, y tomé el control de inmediato.

—Sólo cállate y haz lo que te indica la comezón en tu cuero cabelludo —le dije.

Él asintió vigorosamente.

—Cierto. Usar la Fuerza. Escuchar a la Fuerza. Ya he pasado por este entrenamiento.

Si bien el chico vivía completamente engañado, debo admitir que tenía buenos reflejos y músculos fuertes… para un humano. Aunque todo estaba ligeramente retrasado porque tenía que retransmitir mis órdenes a través de su cuero cabelludo, no tenía problema para mantener a Luke vivo y ayudarlo a derrotar a sus enemigos, ya que, comparados con mi ágil mente, todos se movían prácticamente en cámara lenta.

Con una mordida fuerte en el centro de su cabeza, él se lanzó hacia arriba, así se alejó de la gran boca del sarlacc; después, con otra serie de pinchazos rápidos, salió volando por el aire, dirigiéndose directamente a la barcaza. «Arriba-arriba-abajo-abajo». Jalé y empujé mis tubos de succión, y *wush-zing-wush-zing* sonó su espada láser, que cortaba a

los secuaces de Jabba como enormes árboles que iban cayendo uno a uno. Presioné mis tentáculos con más fuerza y me recargué, «izquierda-derecha-izquierda-derecha», y Luke blandió su espada láser en la posición precisa para bloquear los disparos de blaster que se dirigían hacia él.

—¡Bam! —grité, aunque se escuchó más como un gorgojo, ya que había olvidado que mi boca seguía firmemente incrustada en su piel.

—¡Achú! —estornudó mi montura. Aparentemente, era del tipo que estornuda cuando le pica el cuero cabelludo de cierto modo.

—Qué bueno saberlo —dije después de liberar mis ductos de regurgitación—. Evitaremos eso en el futuro. ¡Empecemos de nuevo!

En general, pilotearlo resultaba una experiencia bastante increíble. No puedo decir que sus saltos se acercaran a igualar mi gracia o que al blandir su espada tuviera ni una cuadragésima parte de mi fuerza (hablando proporcionalmente), pero imitaba mis movimientos con una precisión bastante razonable.

Incluso empecé a hacer zumbidos de espada láser en mi cabeza mientras manejaba a Luke. No sé explicarlo, pero se sentía bien.

Aterrizamos en la barcaza y causamos más estragos. Me asomé al interior y vi que la Princesa Leia había amarrado su cadena alrededor del cuello de Jabba para asfixiarlo.

—¡Así se hace! —le grité. En solidaridad, le di a la frente de Luke una mordida celebratoria y él gritó.

—¡Lo siento! —le grité. Era divertido ver a mi socia, Leia, darle la vuelta al instrumento de su esclavitud y usarlo en contra de ese arrogante criminal. Sentía que Leia y yo éramos compañeras espirituales; ambas teníamos la capacidad de imponer nuestra voluntad en criaturas mucho más grandes que nosotras.

Bajo mi guía, Luke pronto acabó con todos en la cubierta. Los monstruos empezaron a saltar de la barcaza, pues decidieron que era preferible probar su suerte y tratar de escapar a pie del sarlacc perpetuamente hambriento que ser cortados por la furia hirviente del jedi giratorio guiado por una pulga-topo.

Déjenme corregir eso. Los monstruos *listos* saltaron.

Mientras Luke pasaba frente a una de las portillas de la barcaza, me asomé y quedé asombrada por lo que vi. Era mi antiguo huésped, Salacious Crumb, tratando de arrancarle los fotorreceptores al arrogante droide de protocolo que Luke le había obsequiado a Jabba. Aparentemente, en vez de alejarse de la poderosa combinación Luke Skywalker-Lugubrious Mote, que estaba arrasando con todos, Salacious había decidido que era el momento perfecto para demostrarle su lealtad a Su Exaltada Bola de Sebo, a pesar de que Leia ya había estrangulado al líder de la mafia.

Sin mí, el mono-lagarto no tenía ni una pizca de sentido político.

—¡Corre! ¡Corre, Salacious! —le grité. Fue en ese momento cuando entendí cómo se había sentido el guardián del rancor de Jabba.

Pero no podía escucharme. El pequeño astromecánico de Luke se apresuró a rescatar a su amigo chapado en oro y electrocutó a Salacious de un zumbido con una vara.

Déjenme les digo, nunca había visto a Salacious saltar tan alto y tan rápidamente, ni tampoco lo había escuchado emitir un grito en un tono tan agudo. Me reí sin parar. Era el espectáculo de comedia más gracioso que había hecho en su vida, aunque claro que no había sido su idea.

Con Jabba muerto y Leia liberada, hice que Luke tomara a Leia, disparara el cañón de cubierta a la propia barcaza, saliera de la misma y aterrizara en el esquife, donde el Capitán Solo, el wookiee llamado Chewie y otro de los amigos de Luke, Lando Calrissian, habían tomado el control. Despegamos justo antes de que la barcaza explotara y se convirtiera en una bola ardiente de llamas. Esperaba que Salacious hubiese tenido oportunidad de salir. Tal vez fuera un bruto cabeza hueca, pero era *mi* bruto cabeza hueca.

Salté de la cabeza de Luke a la nariz de Leia.

—Tenías razón —le dije—. Sí llegó a agradarme.

Leia esbozó una sonrisa con los ojos cruzados.



A pesar de haber perdido el hogar que tenía en Salacious, Leia se negó a permitir que me reasentara en su cuerpo.

—Vamos —le dije—, ¡será divertido! ¡Dos chicas «juntas conquistando la galaxia»!

Entre dientes, ella dijo algo acerca de ser alérgica a los pies peludos y sugirió que me mudara al cuerpo de Luke.

—Es un buen chico —le dije—. Y en verdad me agrada. Pero sería demasiado cansado tener que pensar todo por él.

Le pedí a Leia que nunca le mencionara nada de mí a Luke… El chico estaba tan feliz de haber usado la Fuerza para salvar a sus amigos que no tenía corazón para decirle la verdad. No me importó no tener crédito por el papel que había desempeñado; yo le había dado inteligencia, pero él me había dado esperanza y creo que yo salí ganando en ese trato.

Así que Leia encontró a una agradable y lanuda bestia hopwell que aceptó acogerme como su invitada. Viajamos por la galaxia por un tiempo antes de que decidiera unirme al circo. Es una vida bastante buena: mi nombre aparece en carteles, con letras más grandes que el de todos los demás (insistí en que así fuera), y a los niños les encanta mi acto.

Desde luego y como era de esperarse, a Leia le ha ido muy bien, pero a veces me pongo a pensar en lo que le habrá pasado a Luke. Con todas estas historias sobre él… sólo espero que haya aprendido a pensar por sí mismo en vez de sólo confiar en las voces en su cabeza.

INTERLUDIO CINCO

«SPLASH… BLUP… PITIPATA… PLOP».

—Y… ¿has visto el acto de Lugubrious? —preguntó G'kolu.

Teal rio entre dientes.

—Sí. Es bastante entretenido. Mandó construir una réplica a escala de la barcaza de Jabba… Aunque es tan llamativa y de mal gusto que es difícil creer que haya existido una cosa así. Adentro de la barcaza, el circo colocó una larva peluda de arena en representación de Jabba el Hutt. Luego, Lugubrious salta, rueda y corre alrededor del modelo con un diminuto palillo brillante que, según ella, es su sable de luz. Hace sonidos agudos para imitar los sonidos de un sable de verdad.

—Guau —dijo G'kolu—. Me habría encantado verlo.

—Creo que te habrían prohibido la entrada al circo después del espectáculo —dijo Teal.

—¿Qué quieres decir con *eso*?

—Veamos… —Teal cerró los ojos y se concentró—. Te habrías quedado a debatir con Lugubrious técnicas de duelo con sable de luz…

—Oh, ¡eso habría sido divertido! Habría podido conseguir un palillo y practicar con ella…

—Exacto. Imagínate brincando alrededor de la barcaza…

—¿Y te imaginas si en vez de Jabba estuviese el Capitán Tuuma a bordo de la barcaza? Blandiría mi sable de luz así y…

—Y en ese momento habrías aplastado el escenario. Muy hábil.

—¿Este…?

—¿Lo ves? Sé cómo piensas.

G'kolu trató de cambiar el tema.

—¿Te habría gustado… te habría gustado que Lugubrious vivera en tu cuerpo?

—Eh, no. Pero me imagino que…

—¡Esperen! —interrumpió Flux—. ¡Creo que ya estamos saliendo de las aguas residuales!

Tal cual, el suelo debajo de sus pies empezaba a inclinarse hacia arriba, y estaban saliendo del limo oloroso. Por fin habían llegado a la plataforma en la proa de la nave. Ahí, un puerto de acceso redondo ubicado en el casco se conectaría con las tuberías del drenaje para vaciar el pantoque una vez que la *Wayward Current* llegara al puerto en Canto Bight.

—Ojalá tuviéramos un poco de luz —dijo Teal—. Oigan, ¿qué son esas cosas brillantes?

Unos cuantos droides de mantenimiento pasaron volando rápidamente entre la penumbra, emitiendo una serie de clics de staccato mientras los rayos de sus reflectores perforaban la oscuridad.

—Tal vez deberíamos agarrar a uno de esos y usarlo como lámpara —dijo G'kolu.

G2-X emitió un bip de advertencia. Uno de los droides de mantenimiento se acercó hasta donde estaban los marineros y disparó un rayo brillante que casi le da, por cuestión de centímetros, a G'kolu en su cara de asombro.

—¡Ash! —G'kolu saltó de la plataforma hacia las aguas residuales—. ¡Basta! ¿Por qué nos está disparando?

—Su programación debe haber detectado criaturas que deben ser cazadas… somos como alimañas —dijo Tyra.

Los droides se encontraban suspendidos en el fétido aire y el zumbido que emitían se hacía cada vez más fuerte entre más se cargaban sus zappers.

—¿No podemos detenerlos? —preguntó Teal. Saltó justo a tiempo para esquivar otro disparo que rebotó en las mamparas.

—Estas cosas son ágiles y letales —dijo Tyra—. Tienen que serlo porque las alimañas que viven en las aguas residuales pueden llegar a ser muy grandes.

—¡Pero nosotros *no* somos alimañas!

G2-X emitió una serie de bips exaltados.

—De ninguna manera. No y no. Ni hablar —dijo Tyra.

G2-X siguió chirriando y silbando bruscamente para darle énfasis a lo que decía.

—¿Qué está sugiriendo? —preguntó Teal—. Sólo alcancé a entender pedacitos de lo que dijo.

Tyra suspiró.

—Dice que tenemos que sumergirnos en las aguas residuales para actuar como carnada, en lo que él se encarga de ellos.

—¿Sumergirnos en las aguas residuales? ¿Acaso está completamente…?

Otro droide de mantenimiento emitió un fuerte clic y disparó a la cabeza de Teal. Ella alcanzó a agacharse para esquivar el disparo, apenas, pero la brisa de las cuchillas giratorias pasó justo sobre su cuero cabelludo y ella se estremeció.

—De acuerdo —dijo Flux, quien estaba sobrenaturalmente calmada—. No es para tanto. Este limo está hecho de la misma sustancia que el resto del universo.

—Puedes seguir diciéndote eso —dijo Teal—, pero el resto del universo no hace que mi piel se erice.

Flux la ignoró.

—Todo forma parte de la Marea. Sólo tenemos que aguantar la respiración y zambullirnos. Si Luke pudo saltar al interior de las minas de ácido de la Profundidad, creo que podemos sobrevivir bajo las aguas residuales un rato. —Inhaló profundamente un par de veces, casi ahogándose, y se sumergió con determinación en las viscosas aguas residuales, enterrando su cuerpo por completo.

Tyra, G'kolu y Teal voltearon a verse, suspiraron e hicieron lo mismo.

Los droides de mantenimiento flotaron sobre las aguas residuales, tratando de determinar si sus objetivos se habían ahogado o seguían activos bajo la superficie. Desplazándose en silencio sobre sus ruedas de hule, G2-X se acercó lentamente. Gracias a que su carcaza no emitía calor corporal, los droides de mantenimiento lo ignoraron y lo descartaron como una amenaza.

Cuando consideró estar lo suficientemente cerca, G2-X estalló en un frenesí de movimiento. Sacó puñados de lodo de las profundidades del pantoque con sus brazos operadores y los lanzó a las hélices y puertos de escape de los droides de mantenimiento. Mientras los sorprendidos droides trataban de recuperar altitud, G2-X saltó sobre ellos como un gato-zorro abalanzándose sobre un grupo de aves y los sumergió en el espeso limo. Los propulsores y reactores de maniobra chisporrotearon y se atragantaron mientras los droides luchaban desesperadamente, hasta que, finalmente, dejaron de moverse.

Los marineros y la polizona salieron de golpe del agua fangosa, salpicando y jadeando por la falta de aire. Sentían náuseas y parecía que estaban a punto de vomitar, pero al final lograron recuperar el aliento.

G2-X levantó a uno de los droides de mantenimiento desactivados como una especie de trofeo. Su reflector aún funcionaba y G2-X lo colgó del puerto de acceso como una lámpara. El droide custodio chirrió orgullosamente.

Teal se limpió el fango de la cara y escupió con asco.

—Es la última vez que hago algo así.

—Creo que nos pediste hacer eso sólo para ver lo ridículos que luciríamos —dijo Tyra con tono acusador.

G2-X emitió un chirrido evasivo.

—Al menos ya estamos a salvo —dijo Flux—. ¿Quién habría pensado que existe un mundo totalmente distinto aquí en el vientre de la nave?

Los marineros no podían negar que la aventura era bastante emocionante.

Los compañeros salieron de las aguas residuales y se subieron a la plataforma, donde trataron de limpiarse lo mejor posible.

—Sólo tenemos que esperar a que la nave llegue a puerto y salir por las tuberías del drenaje —dijo Teal.

—¿Cuánto falta para eso? —preguntó Flux.

—Por lo menos unas cuantas horas —respondió Teal—. Una vez que termine la inspección de aduana, la nave tiene que ponerse en órbita y deslizarse hasta la superficie.

—¿Tenemos tiempo suficiente para una historia? —preguntó Tyra.

Teal volteó a ver a G'kolu.

—Tú siempre estás contando cuentos chinos.

—Que sea una historia de Luke Skywalker —dijo Tyra—. Hay que seguir con el tema.

—Bueno —dijo G'kolu—, ya que lo mencionan, todo este asunto de haber encontrado un nuevo mundo en el vientre de la *Wayward Current* me recuerda una

historia. Una vez conocí a una científica de la Universidad de Bar'leth quien posiblemente era la persona más extraña que he conocido…

—Tú no te has visto en un espejo, ¿cierto?

—Ja, ja. La científica quería recaudar fondos para una expedición de investigación, aunque dentro de las babosas espaciales gigantes.

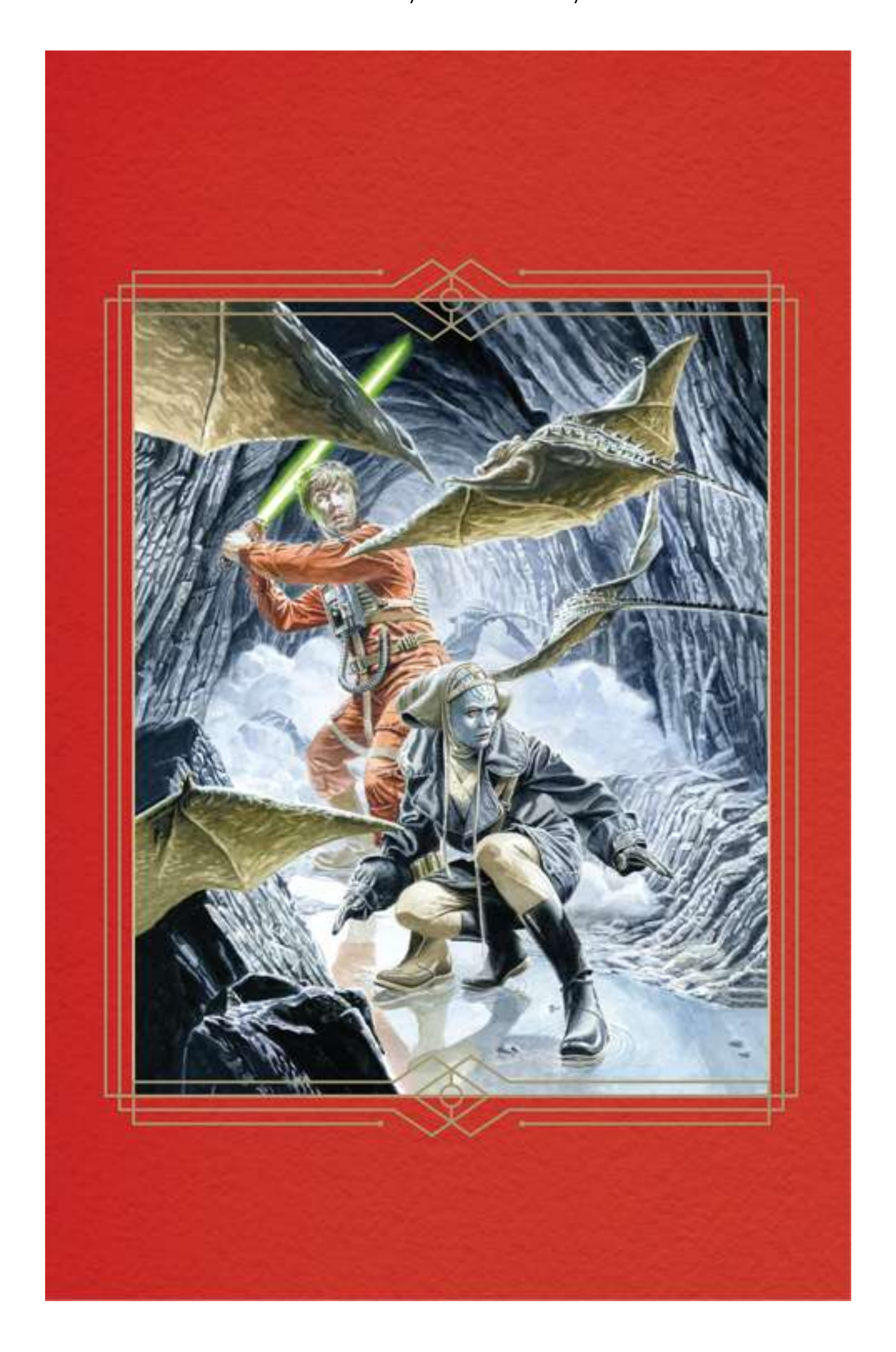
—¿Qué?

—¿Para qué querría uno hacer eso?

—¡Esa es una idea de lo más extraña!

—Eso fue lo que todos dijeron. Pero sus motivos para explorar a las babosas espaciales también tenían algo que ver con Luke Skywalker…

¡NO ES UNA CUEVA!
—HAN SOLO



GRANDE POR DENTRO

DESPUÉS DE PASAR TRES semanas en un planeta en el que los insectos tienen alas de tres metros de largo y ojos tan grandes como mi cabeza, estaba muy contenta de activar mi faro universal y activar la señal para que me recogieran.

Yo era una joven estudiante de biología tratando de hacer algo de trabajo de campo en el remoto sistema Agoliba-Tu.

Agoliba-Tu tenía dos planetas donde la vida era sustentable: el planeta Agoliba-Ado, un lugar cálido cubierto de junglas (aquí estaba yo), y Agoliba-Ena, un lugar helado cubierto de nieve (ahí tenía que ir). Las órbitas de estos dos planetas, con sus ecosistemas divergentes y su fauna y flora distintas, estaban separadas por un cinturón de asteroides. Había un debate entre mis profesores sobre si Agoliba-Ado o Agoliba-Ena había dado vida y colonizado al otro primero o si la vida había evolucionado independientemente en los dos planetas. Se suponía que debía recopilar información que ayudara a resolver el debate.

Ya que no había rutas comerciales que pasaran por el sistema Agoliba-Tu y el presupuesto con el que contaba mi universidad era demasiado limitado como para mantener un buque de investigación, tuve que depender de la generosidad de desconocidos que ocasionalmente salieran del hiperespacio en este sistema mientras iban en camino a otro lado. El faro universal le avisaba a cualquiera que estuviera saliendo del hiperespacio que yo buscaba a alguien que me llevara. Mientras observaba el faro intermitente y escuchaba sus suaves bips, me quedé dormida.

El ruido y la turbulencia de una nave espacial que aterrizaba me despertaron de golpe.

La nave no era algo que uno viera todos los días: un caza estelar de dos asientos en forma de A, con la pintura desgastada y muchas marcas y hendiduras alrededor del casco. Probablemente se trataba de un vehículo militar sobrante que había sido adaptado para uso civil, y había sido parchado y reparado tantas veces a través de los años que era difícil determinar si aún conservaba alguno de sus componentes originales.

—¿Necesitas transporte? —Los ojos juveniles y alegres del piloto destellaron. El estado de la cabina, adaptada como una residencia, me indicaba que el piloto había estado viajando por mucho tiempo—. Súbete. Soy Luke.



Platicamos mientras Luke piloteaba el A-Wing por el cinturón de asteroides. Me explicó que había modificado la cabina en parte para transportar pasajeros en sus largos viajes alrededor de la galaxia, como una manera de no aburrirse tanto.

Me costó trabajo determinar quién era Luke. Algunas de las cosas que decía daban a entender que había sido uno de los que se unieron a la Rebelión para luchar contra el Imperio, pero después de que escuchó que yo era una académica, empezó a bombardearme con preguntas sobre los planetas que había visitado y si alguna vez había visto alguna señal de antiguas ruinas jedi.

—¿Eres arqueólogo o algo así? —le pregunté.

Él se rio entre dientes.

—Algo así. Estoy tratando de aprender lo más que puedo sobre los jedi.

En lo personal, pensaba que muchas de las leyendas sobre los jedi eran exageraciones o simplemente cuentos chinos. Pero muchos miembros del público general, quienes tenían poco conocimiento o interés en la verdadera historia galáctica, parecían estar obsesionados con estas leyendas. Tal vez este tal Luke era una especie de contrabandista que se especializaba en «artefactos» relacionados con los jedi. Pero no quería entrometerme. La galaxia era un lugar muy grande y había lugar para todo tipo de personajes excéntricos.

Cualquiera que fuera su verdadera profesión, era un excelente piloto. El cinturón de asteroides estaba repleto de obstáculos, desde planetoides tan grandes como ciudades hasta rocas que apenas eran más grandes que mi puño. Luke navegaba entre ellos y los esquivaba con la misma naturalidad de un pez nadando a través de un arrecife de coral. También se metía y pasaba por grietas tan estrechas que yo tenía que cerrar los ojos y rezarles a todas las deidades que conocía en el universo.

—¡Ja, qué interesante! —dijo él.

Abrí los ojos y vi dos puntos brillantes de luz que revoloteaban y danzaban alrededor de un gran asteroide. Su movimiento me recordaba a la danza que hacen las abejas de Hrlean para indicar la presencia de alimento y también al ritual de apareamiento de los tritones de Awalian. Era un movimiento tan ordenado que no podía quitarle los ojos de encima. «¿Estaban vivas?».

—¿Quieres ver más de cerca? —preguntó Luke.

Asentí. Ningún biólogo habría rechazado una oportunidad así. Luke piloteó el A-Wing para acercarse. Entre más nos aproximábamos, los dos puntos de luz se congelaron de repente, como si estuviesen al tanto de nuestra presencia, y pasaron zumbando a aproximadamente quinientos metros de distancia, para retomar su danza una vez más.

—¡Son juguetones! —exclamamos al mismo tiempo y reímos juntos.

Me sentí como una niña persiguiendo luciérnagas de Orowatan en el patio. Luke dirigió la nave para seguir a las luces que se alejaban y dimos inicio a una nueva danza entre los asteroides.

Las «luciérnagas» nos guiaron en una alegre persecución, y Luke viraba y bajaba en picada para esquivar los densos desechos espaciales y seguirlas ágilmente. Al final, las

dos chispas brillantes desaparecieron en el interior de una gran cueva que se encontraba en un asteroide tan grande como una luna.

Para ese momento, ambos estábamos ansiosos por seguir a esas nuevas criaturas hasta su hogar. Luke aterrizó el A-Wing justo afuera de la boca de la cueva. Sellamos nuestros cascos habilitados para caminar en el espacio y salimos de la cabina.

La gravedad en el asteroide era ligera, pero suficiente como para mantenernos arraigados firmemente a la superficie. Con cautela, caminamos y saltamos hasta la cueva, cuya boca estaba suavemente pulida, como si hubiera sido labrada por un río. Estaba desconcertada por esa estructura geológica tan inusual. Un asteroide tan pequeño no podía tener flujos de agua.

Entramos en la cueva, que medía aproximadamente veinte metros de largo y también de alto. Encendimos las luces de nuestros cascos y escaneamos el interior. Las paredes estaban cubiertas por surcos largos y lisos, que de nuevo nos indicaban la presencia de algún flujo de líquido en el pasado.

—¡Ahí! —Luke apuntó a las profundidades de la cueva y alcancé a ver las luces danzantes de las luciérnagas en la distancia.

Caminamos por unos veinte minutos mientras las paredes de la cueva se retorcían y giraban, adentrándonos más y más en el interior del asteroide. Mi dispositivo de visualización frontal me indicaba que la temperatura aumentaba constantemente (aunque tampoco diría que hacía «calor»). Cada vez que nos acercábamos más a las luces, estas revoloteaban y se adentraban más en la cueva. Finalmente, llegamos hasta una membrana suave y translúcida que bloqueaba nuestro camino como una cascada congelada.

Luke estiró la mano para tocar la barrera. Se movió un poco y rebotó como una lámina de goma.

—Probablemente esta sea su colmena —dije al micrófono del casco, tratando de sacar conclusiones basándome en el poco conocimiento que tenía de la biología de ecosistemas cercanos al vacío—. Hay algunos insectos sociales y brinívoros que viven en ambientes sin aire, como zanjas del fondo oceánico o lunas blindadas, y que subsisten con radiación u otras fuentes de energía. Tal vez esta barrera es algo que construyeron para proteger su hogar.

Estaba a punto de sugerir que nos regresáramos (prácticamente cualquier animal es propenso a ponerse hostil cuando algún intruso invade su hogar) cuando Luke alzó la mano, indicándome que guardara silencio. Presionó el visor de su casco contra la barrera y miró a través de ella.

—Hay algo escrito del otro lado —dijo. El entusiasmo en su voz era fácilmente palpable.

Hice lo mismo y presioné mi visor contra la barrera. La cueva se extendía más allá de la membrana y había una vuelta ancha a la izquierda unos cuantos metros más adelante. Con la luz tenue de nuestros cascos, apenas alcanzaba a distinguir las marcas que asemejaban letras en el muro del otro lado de la barrera.

Antes de que pudiera detenerlo, Luke sacó una navaja y cortó una hendidura en la membrana. Se abrió paso dentro y yo lo seguí.

Una vez que pasamos, los dos lados de la membrana se unieron nuevamente y la membrana se selló. Presioné mis manos contra aquella barrera. La lámina de goma parecía haber sanado completamente, sin rastro alguno del corte que le habíamos hecho.

—No lo entiendo… —dijo Luke con voz desconcertada por el comunicador.

Me di la vuelta y vi que Luke ya estaba examinando la escritura en la pared. Me uní a él y descubrí la fuente de su perplejidad: las marcas eran regulares y parecían ser palabras, pero no pertenecían a ningún alfabeto o escritura que yo conociera.

De cerca, me percaté de que las letras parecían estar talladas en relieve en la pared de la cueva y tenían un leve brillo. Luke pasó sus manos sobre las letras.

—Parecen estar… vivas —dijo Luke entre dientes.

No podía negarlo. Las marcas pulsaron y brillaron momentáneamente cuando él pasó sus manos enguantadas sobre ellas.

—Ojalá 3PO estuviera aquí —murmuró—. Él sabría cómo leer esto. Lo único que puedo distinguir es la palabra «niebla».

—¿«Niebla»? —pregunté.

Él sacudió la cabeza con frustración.

—Podría estar relacionado con los jedi… pero sólo estoy adivinando. Parece que alguien estuvo aquí antes de nosotros. Me pregunto si es una advertencia o una invitación.

Era verdad que algunos insectos sociales, a pesar de no ser muy inteligentes como individuos, poseían sensibilidad colectiva en sus colonias. Pero nunca había escuchado de insectos que se comunicaran por medio de escritura en sus colmenas.

Una inquietud que iba en aumento invadió mi corazón.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —murmuré.

Como si hubiera respondido a mi preocupación, el suelo de la cueva se sacudió y caímos. Un débil resplandor iluminaba los muros de la cueva en forma de anillos pulsantes. Sentimos un retumbo estremecedor que venía de las profundidades de la cueva, y el suelo y las paredes temblaron más.

—Salgamos de aquí —dijo Luke, y me ayudó a levantarme. Volvimos a cortar la membrana para correr y saltar hacia la entrada de la cueva.

En la baja gravedad, nuestros pasos ya eran de por sí inestables, pero nuestro escape se dificultó aún más por los constantes empujones y colapsos del suelo mientras seguían los temblores en el asteroide. A base de tropezones, como saltamontes en Agoliba-Ado, finalmente llegamos a la última vuelta de la cueva, y esperábamos ver las estrellas después de saltar por esa última curva…

Y así fue, excepto que el trozo ovalado de cielo frente a nosotros se encogía, como si se tratara de un gran ojo cerrándose.

—¡Corre! —gritó Luke por el micrófono de su casco—. ¡Esto debe ser un derrumbe! Ambos redoblamos el paso.

Justo en ese momento, el suelo se sacudió violentamente otra vez y la fuerza del estruendo me derribó y me arrojó contra la pared de la cueva. Traté de levantarme, pero mi pierna derecha no podía soportar mi peso. Casi me desmayo del dolor.

Luke había seguido corriendo unos veinte metros adelante antes de darse cuenta de que no lo estaba siguiendo. Debido a la baja gravedad, le tomó varios derrapes e intentos detenerse y darse la vuelta.

—¡Vete! ¡Vete! —le grité. Alcanzaba a ver que la entrada de la cueva ya se había convertido en una estrecha ranura—. ¡Tienes que salir!

—No pienso dejarte aquí —me dijo con mucha determinación en su voz. Se dio la vuelta, puso mi brazo sobre su hombro y nuevamente empezó a correr y saltar hacia la salida. Mi pierna derecha colgaba inútilmente; no sabía si estaba rota o severamente dislocada. Al menos le era posible cargarme por la gravedad tan ligera.

Pero el suelo seguía retorciéndose y temblando con violencia, lo que ralentizaba nuestro paso. Sin nada que pudiéramos hacer, vimos cómo el cielo estrellado se seguía estrechando hasta volverse tan sólo una pequeña raja y luego desaparecía por completo.

Para cuando llegamos a lo que solía ser la entrada de la cueva, sólo encontramos un muro sólido frente a nosotros. Siguiendo la línea dentada en la pared, me di cuenta de que esta parecía estar conformada por un par de mandíbulas gigantes que se habían fusionado juntas y nosotros estábamos del lado equivocado de esa gran boca.

De pronto, todo cobró sentido.

Me dejé caer al suelo y puse mi cabeza entre las rodillas.

—Estamos dentro de un exogorth —dije.

—Ah… —Luke dejó escapar un suspiro detenido—. Una babosa espacial gigante. Han habría… Olvídalo.

Ni siquiera lo corregí por utilizar el nombre no técnico. La terminología científica podía esperar hasta que dejáramos de ser la cena de un depredador del tamaño de un asteroide.

Luke volteó a verme.

—Tú eres la bióloga, así que dime: ¿estamos en peligro?

—No inmediato —dije, encogiéndome de hombros.

La verdad es que, hasta la fecha, no sabemos mucho sobre los exogorths: criaturas gigantes a base de silicio que viven en los asteroides y pueden alcanzar un tamaño lo suficientemente grande como para tragarse una nave espacial. Ni siquiera teníamos claro cuántas especies distintas de estas babosas existían y mucho menos cuáles eran las particularidades biológicas de cada una.

Lo que *sí* se sabe es que suelen vivir en ambientes donde las oportunidades de alimentarse son pocas y escasas entre sí y que los exogorths tienen un metabolismo extremadamente lento (no los llaman babosas espaciales por nada).

—¿Así que podríamos esperar aquí hasta que vuelva a alimentarse y escapar cuando abra la boca?

—En teoría, sí. Pero…

Le expliqué que los exogorths rara vez se mueven y, cuando lo hacen, generalmente ocupan todas sus reservas de energía en estos pequeños movimientos. Después de todo el esfuerzo que hizo para tragarnos, era posible que no volviera a moverse en años.

—*¿Años?*

—Incluso tal vez décadas. Es probable que le lleve todo ese tiempo digerirnos por completo.

—Esto es como estar en el vientre de un sarlacc —dijo Luke entre dientes. Golpeó las paredes de roca que estaban a su alrededor.

—Si fuera tú, dejaría de moverme tanto, o te acabarás tu suministro de oxígeno en poco tiempo.

—Bueno, no tengo intención de esperar a que me digieran.

—No tenemos muchas opciones —le dije—. Esta cosa está hecha básicamente de capas de roca de varios kilómetros de grosor. Yo no traje equipo de minería para asteroides, ¿y tú?

—Ya he estado en bastantes situaciones que parecían no tener esperanza —dijo él—. Sólo observa a tu alrededor. Tal vez exista otra forma de salir. Después de todo, sabemos de alguien que ha estado aquí antes.

Yo dudaba mucho acerca de la existencia de otra salida, pero algo en el tono de su voz me hizo pensar, «¿Por qué no?».

Nos levantamos y, con él soportando mi peso, cojeé para adentrarnos más en la bestia.



Mientras avanzábamos de vuelta a la capa de goma, Luke y yo especulábamos sobre cómo vivía nuestro portador.

—Claramente se trata de un depredador sofisticado —dije.

—¿Una babosa espacial *sofisticada*? ¿En qué sentido?

Le expliqué que la babosa espacial (era más fácil usar el término común) probablemente había desarrollado las «luciérnagas» como una especie de carnada para atraer a sus presas.

—Como un asesino marino opee o una trampa escamosa de las profundidades —dijo Luke, empezando a entender.

—Exactamente. —Me daba gusto poder hablar con alguien de mente ágil.

Luke se detuvo abruptamente y levantó una mano. Ahora estábamos a unos cien metros más allá del punto donde habíamos visto por primera vez las letras en la pared.

Un pedazo de ruinas bloqueaba nuestro camino. Estaba tan viejo y deforme que era difícil distinguir qué clase de nave o vehículo terrestre había sido alguna vez.

Apoyándome en Luke, quien cuidadosamente me señalaba los puntos de apoyo, logramos abrirnos camino entre las ruinas. Muchos de los componentes se habían

disuelto ya; prácticamente sólo quedaba el esqueleto metálico. Tuve la sensación de que llevaba siglos ahí, tal vez más. No vimos ningún cuerpo.

—Creo que quienquiera que haya escrito el letrero brillante cerca de la entrada llegó en esta cosa —dijo Luke.

Un escalofrío recorrió mi columna.

—¿Por qué lo dices?

Luke señaló unas cuantas marcas talladas en las ruinas.

—Son del mismo estilo.

Yo no podía distinguir mucho, pero confiaba en que Luke sabía de lo que hablaba.

—Pero, si estas ruinas están aquí, ¿no quiere decir que llegó pero nunca se marchó?

En vez de responder, Luke siguió avanzando con determinación.

A medida que nos adentrábamos en la cueva, esta me parecía cada vez más y más siniestra.

La barrera de goma con la que nos habíamos topado antes resultó ser sólo la primera de muchas otras barreras similares. Cada una de ellas se iba poniendo más gruesa mientras más nos adentrábamos al exogorth, aunque todas tenían una característica en común: se sellaban automáticamente después de que la atravesábamos. También pasamos junto a algunos otros indicios de víctimas anteriores: los restos metálicos de un casco; un pedazo de una especie de tela resistente a la erosión; una pila de componentes electrónicos retorcidos y descompuestos sin posibilidad de ser reparados. Me pregunté cuántos más habrían seguido a las «luciérnagas» juguetonas a lo largo de varios milenios y nunca habían regresado.

Luke se detuvo de nuevo y dejó escapar un largo silbido. Yo me detuve a su lado y también me quedé sin habla ante lo que presenciaban mis ojos.

Habíamos llegado a una enorme caverna de al menos cincuenta metros de alto y tal vez medio kilómetro de longitud y de ancho. A unos cuantos metros de la entrada, estaba la orilla de un lago que llenaba el resto de la caverna.

Los débiles rayos de las linternas de nuestros cascos no tenían ni remotamente la potencia suficiente como para iluminar ese espacio tan amplio; aun así, alcanzaba a distinguir con bastante precisión los contornos de paredes distantes, en la otra orilla del lago. Al terminar de ajustarse mis ojos a la luz, me di cuenta de que la caverna estaba iluminada por un tenue brillo azul que provenía de las paredes. Había manchas brillantes de luz que pulsaban en el techo, y al reflejarse en la plácida superficie del lago, parecía que estábamos flotando en el espacio, rodeados de estrellas.

Una serie de fuertes chillidos rompió el silencio absoluto que reinaba en la caverna, y las luces brillantes y pulsantes del techo empezaron a moverse. Bajaron, se agruparon en pequeñas formaciones y se dirigieron hacia nosotros.

Luke me empujó hacia un rincón que había en la pared junto a nosotros. Después, se agachó para colocarse frente a mí, de espaldas y en una postura defensiva.

Un sable de luz se encendió en sus manos.

Con el brillante destello del sable, pude ver monstruos que salían de la oscuridad en enjambres. Tenían alas largas y triangulares; cabezas alargadas, la mitad de las cuales estaban conformadas por sus mandíbulas, llenas de colmillos filosos que brillaban con un tono azulado; las criaturas emitían escandalosos chillidos que se mezclaban para crear un aullido continuo y espeluznante.

Me estremecí. Los monstruos me recordaban a unos depredadores, similares a los murciélagos, que cazaban en enjambres en el planeta Touksingal, en donde mi asesor de tesis había perdido un brazo debido a esas criaturas sedientas de sangre. Estaba segura de que estos pertenecían a alguna variedad de mynocks que no habían sido estudiados antes.

(La parte científica de mi cerebro se dio cuenta de que la presencia de criaturas aladas en la caverna significaba que estaba llena de aire. Archivé esa información para usarla después, cuando no nos estuvieran atacando).

Luke se colocó en la abertura de nuestro escondite y giró su sable de luz como una rueda brillante e impenetrable de belleza letal. Vi cómo la hoja del arma que zumbaba al moverla cortaba las alas, cabezas y torsos, y aunque nos atacaban lo que parecían ser miles de monstruos, ni uno solo logró pasar.

Iluminado por el brillo del sable de luz, me sorprendió ver que no había expresión o mueca alguna de ira o terror en el rostro de Luke; en vez de eso, sus facciones estaban fijas en una expresión de calma, de pesar, incluso. Como si lamentara la muerte de los monstruos que nos atacaban, como si hiciera a regañadientes lo que era necesario hacer, impasible ante la ira, el odio o el miedo.

Como si detectaran las habilidades de Luke, los monstruos cambiaron repentinamente de táctica. Girando todos a la vez, el enjambre se alejó de nuestro rincón y pasó volando sobre la superficie del lago. Las ondulaciones entrecruzadas causadas por las criaturas que se sumergían perturbaron la tranquilidad del espejo de agua.

«¿Qué propósito puede tener un lago en medio de un exogorth?». Mi mente daba vueltas en busca de una solución.

Luke, aprovechando esa pausa temporal, desactivó su sable de luz y se quedó de pie en la entrada del rincón, jadeando y observando a nuestros atacantes. Yo me arrastré junto a él.

—Apaga la luz de tu casco —murmuré con urgencia.

—¿Qué?

—¡Eso los atrae!

Él dudó. A pesar de que la luz de nuestros cascos era débil, la presencia de la misma proporcionaba un consuelo psicológico y no era fácil renunciar a él.

—¡De prisa! Tendremos que movernos inmediatamente después de que apagues tu luz. No podemos quedarnos aquí.

—Pero no hay mejor protección…

—¡Moriremos si nos quedamos aquí! —Empecé a hablar más despacio, articulando cada palabra—. Tienes que confiar en mí.

Nuestras miradas se encontraron y la duda en su mirada fue reemplazada por decisión un instante después. Asintió y apagó la luz de su casco. Luego tomó la mía, la encendió y la lanzó al suelo, justo frente al rincón.

—¿Qué estás haciendo? —le dije en voz baja—. ¡Devuélvela!

—Tienes que confiar en *mí*.

Agachándose, me indicó que me subiera en su espalda. Obedecí sin quejarme. Luego, volteó a ver la pared de la cueva que estaba a nuestra derecha y saltó.

Sentí que el corazón se me salía del pecho, pero me mordí el labio inferior para no gritar. En la gravedad tan ligera, su salto nos elevó aproximadamente cuatro metros antes de poder agarrarse de una cornisa. Luego, mano sobre mano, nos movimos a la derecha unos veinte metros antes de encontrar otro borde estrecho bajo sus pies; él me colocó ahí. Empujé hacia atrás desde el borde y presioné mi espalda contra la pared de la cueva.

El enjambre luminoso, que se había desplazado hasta el otro extremo del lago, se dio la vuelta y se dirigió nuevamente al lugar donde nos habíamos estado ocultando.

Me percaté de que la pared contra la cual me recargaba estaba cubierta de una capa de fango viscoso. Tomé puñados del fango y empecé a untarlo en el traje de Luke. Después de un momento, entendió lo que pretendía hacer y empezó a untar el fango en mi traje. Pronto, ambos estábamos completamente cubiertos de fango, lo que, con suerte, ocultaría nuestro olor y calor corporal.

Al tomar otro puñado de fango, sentí que algo se retorcía en mi mano. Sin pensarlo, lancé la cosa no identificada al lago que se encontraba debajo de nosotros. Tras un leve silbido, observé cómo la criatura blanca del tamaño de mi antebrazo, similar a una larva, se retorcía en el agua; su piel burbujeó y empezó a disolverse, y unos cuantos segundos después, había desaparecido por completo.

—Probablemente sea un ácido fuerte —susurré a través del comunicador—. También podría estar lleno de microrganismos agresivos.

El enjambre brillante había llegado al rincón, que aún se iluminaba con la luz de mi casco, que había dejado atrás. Una y otra vez, los monstruos alados se lanzaban hacia el lugar en el que Luke había estado momentos antes, y escuchábamos ruidos que asemejaban escupitajos y salpicaduras, como si estuviera lloviendo en la cueva.

Después de unos cuantos segundos, la luz del casco se apagó.

Luke presionó el visor de su casco contra el mío. Una vez que nos entendimos mutuamente, asentimos.

—Estamos en el estómago de la babosa —murmuré.

Los monstruos se habían acercado al lago para llenar sus bocas y estómagos con aquel líquido corrosivo y letal, el cual escupían como una especie de veneno. De habernos quedado donde estábamos, sin importar con cuanta habilidad Luke blandiera su arma, le habría sido imposible protegernos a ambos de la lluvia ácida que habría caído sobre nosotros. Después de darme cuenta de que nos encontrábamos en el órgano digestivo de la babosa espacial, empecé a insistir aún más en movernos.

—No quería que nos mataran —dijo Luke—, pero tampoco quería seguir matándolos. —Había un dejo de fuerza y compasión en su voz que resultaba reconfortante—. Tenía que dejar un señuelo para que no siguieran buscándonos.

Aprendiendo del truco que la babosa había usado en nuestra contra, Luke había dejado mi casco para atraer la atención de los mynocks y que así pudiéramos salvarnos… y también salvarlos a ellos.



Nos deslizamos a través del lago letal. Ocasionalmente, volteaba hacia arriba para ver las luces pulsantes del techo (los monstruos se habían ido a dormir después de que no nos encontraron) y luego hacia abajo para ver las sombras oscuras que nadaban en las profundidades.

Nuestra macabra balsa estaba hecha de los cráneos y alas de los mynocks que Luke había matado. Los cráneos huecos nos proporcionaban flotabilidad y las alas, que amarramos juntas para formar una lámina grande, nos servían como una plataforma sobre la cual íbamos amontonados. Ya que no estábamos seguros si algún otro de los materiales a nuestra disposición resistiría la acidez del lago, usar los cuerpos de las criaturas que habitaban y cazaban usando el ácido parecía la mejor opción.

—¿Quién habría pensado que existe un mundo totalmente distinto aquí? —dijo Luke. Nos estaba transportando a través del lago, usando un remo hecho a base de los huesos y las alas de los monstruos voladores.

No dije nada. El estrés y la agitación provocada por el ataque de los mynocks asesinos me habían hecho olvidar la realidad de nuestra situación por un momento. Pero ahora que la crisis había pasado, me sentía desalentada. Mi pierna derecha palpitaba de dolor y yo estaba atrapada en el estómago de un monstruo.

—Me empiezo a acostumbrar a los olores —dijo Luke—. Me pregunto si podremos determinar si algo es comestible por medio del olfato.

Ninguna noticia aparentemente buena sobre nuestra situación podía animarme. Una vez que nos dimos cuenta de que el interior del estómago de la babosa estaba lleno de aire y vida, Luke y yo nos quitamos los cascos cuidadosamente; también, en parte, fue un experimento desesperado, ya que el suministro de aire de nuestros trajes no habría durado mucho más. Las barreras que se sellaban automáticamente, por las que habíamos pasado antes, evidentemente funcionaban como cámaras hiperbáricas. Tal como lo sospechamos, el aire era respirable, aunque estaba lleno de olores extraños y fétidos. También era muy frío y yo temblaba mientras mi respiración se llenaba de vapor.

—Realmente desearía saber más de biología —dijo Luke—. Tal vez podrías enseñarme un poco ya que estamos aquí.

Quería gritarle que se callara. Su parloteo interminable me estaba enloqueciendo. Íbamos a morir ¡y él estaba hablando sobre comer y sobre clases de biología!

—Deberías detener la balsa aquí, y yo rodaré hacia el lago —dije. Mi voz se escuchaba apagada, como si ya estuviera muerta—. Sería más rápido que esperar a morir de hambre lentamente después de vagar por este lugar durante días.

—Claro —dijo Luke. El tono de su voz era calmado, como si mi sugerencia fuera perfectamente razonable—, pero probablemente deberías quitarte el traje primero. No estoy seguro de que esos materiales sintéticos sean muy buenos para la salud de nuestro portador. Podría provocarle indigestión.

Estaba indignada por su sugerencia.

—Estoy seguro de que no le molestará algo tan…

—¿Por qué vivirán aquí todas estas criaturas? —preguntó Luke—. Son parásitos, ¿no? Eso no puede ser saludable. Tal vez tiene problemas estomacales.

—No son necesariamente «parásitos». No me sorprende del todo que haya un ecosistema entero aquí. *Tú* también tienes un ecosistema entero de microrganismos en tu interior. Algunos ayudan con tu digestión, otros son necesarios para regular la química de tu cuerpo.

—¿Hay monstruos que viven dentro de mi cuerpo?

—Si te tragaras algo pequeño y extraño, probablemente lo pensaría así —dije. Las preguntas de Luke activaron a la profesional en mí—. La babosa tiene que digerir a sus presas, cuya base es carbono, y comida, cuya base es silicio; las criaturas que viven aquí probablemente existen en simbiosis con su portador. Con el tiempo, ayudan a descomponer los cuerpos de las presas y de los intrusos en formas que el portador pueda absorber con mayor facilidad.

—Así que todos nosotros somos organismos tan complejos como los de esta babosa —dijo él—. Somos sistemas enteros que viven en equilibrio, no individuos autónomos.

Asentí.

—El universo está lleno de maravillas —dijo él, con una voz llena de *alegría*.

Volteé a ver a mi alrededor y pude apreciar todo bajo una nueva luz. Ya no me encontraba en un cuento de terror sin esperanza, sino que se me había proporcionado una oportunidad única en la vida. Probablemente podría dedicar mi carrera a estudiar los ecosistemas que existían aquí, un ambiente que ningún otro científico había explorado antes.

Vi la sonrisa en el rostro de Luke y de pronto comprendí. Había visto la desesperación en mí y, al recordarme lo que amaba y el motivo por el cual me convertí en bióloga, me había dado esperanza otra vez.

—Gracias —le dije.

—Vamos a salir de aquí —me dijo—. Sólo aprovecha para aprender todo lo que puedas mientras estés adentro. Sin duda yo quiero aprender todo lo que pueda sobre esas letras brillantes… —Señaló la pared a la cual nos aproximábamos.

Yo entrecerraba los ojos para distinguir lo que señalaba cuando algo enorme nos golpeó desde abajo con fuerza. Todo se volvió un caos al instante: Luke y yo caímos de la balsa; un tentáculo gigantesco atravesó la superficie, nos golpeó y la balsa se rompió

en pedazos; un fuerte destello iluminó todo el tentáculo que nos amenazaba como una nave espacial de algún planeta desconocido; las luces parpadeantes de los monstruos voladores que colgaban del techo se dispersaron, chirriando sin parar.

Aquel solvente helado me enfrío de inmediato, y entonces, un segundo después, una sensación de ardor cubrió cada centímetro de mi rostro. Cerré los ojos y la boca, pero ya había alcanzado a tragarme un poco del líquido letal y podía sentir cómo quemaba mi garganta mientras luchaba contra el deseo de gritar y tragar más. El líquido ardiente se filtró por los puños y el cuello de mi traje, y un dolor que nunca había sentido quemó mis manos y mi cuello, recorriendo mis brazos y llegando hasta mi pecho.

Después de todo, no me salvaría.

Un poderoso brazo me tomó de la cintura y me empujó por el lago helado.

Me desmayé.



—Estarás bien… Ya pasamos el estómago…

El rostro de Luke aparecía dentro y fuera de foco. Estaba lleno de cicatrices y los letales jugos digestivos de la babosa espacial habían devorado su barba. Nuestros trajes habían protegido hasta cierto punto el resto de nuestros cuerpos, pero las partes expuestas estaban quemadas. Se veía ojeroso y desgastado, pero aún indomable.

—Agua… —croé con dificultad. Pero el dolor era tan intenso que mi cerebro febril se apagó de nuevo.

Cuando recobré el conocimiento, sentí que alguien vertía algo dulce y refrescante en mi boca. Forcé a mi lengua seca a separarse de la parte superior de mi boca y tragué el agua de vida con agradecimiento.

Cuando finalmente terminé de beber, Luke me dio de comer pedacitos de algo suave y de color crema. Sabía a carne asada. Sentí que la fuerza regresaba a mis extremidades. Incluso mi pierna derecha, que estaba atada a una férula, parecía pulsar menos.

—¿Qué… qué estoy comiendo? —pregunté.

—No quieres saber —dijo Luke, riendo—. Son hongos que crecen en el intestino de la babosa espacial, combinados con unas criaturas pequeñas que nunca antes había visto en fotografías. Traté de comer pequeños pedazos de cada una y ver cómo reaccionaba mi cuerpo. Unas cuantas me hicieron vomitar, pero estas son seguras.

—¿Y el agua? ¿Cómo conseguiste el agua?

—Alguna vez trabajé en una granja de humedad —dijo—. Puedo sacar agua de cualquier cosa.

De algún modo, y a pesar del hecho de que ambos estábamos heridos, su sonrisa y tono optimista me hacían sentir que estar atrapada dentro de una babosa espacial no era lo peor del mundo.

—¿Supongo que debemos seguir? —le pregunté—. Quiero ver qué hay en los intestinos de esta cosa antes de morir.

—Claro —dijo Luke—. Y yo voy a descubrir quién escribió esos mensajes brillantes. Por cierto, no vamos a morir. *No* tengo un mal presentimiento sobre esto.



El tiempo adentro del exogorth no parecía transcurrir del mismo modo que en el exterior. Sin un planeta que girase bajo nuestros pies o los cronómetros de la nave que se sincronizaban automáticamente, nuestros ritmos circadianos pronto empezaron a fallar. Dormíamos cuando estábamos cansados, comíamos cuando teníamos hambre, bebíamos cuando teníamos sed y explorábamos todo camino por el que pudiésemos pasar. No tenía idea de cuántos días llevábamos dentro de la babosa, cuyo interior nos ofrecía todo un universo por explorar.

A pesar de estar perpetuamente febriles, atormentados por el dolor y la incomodidad, y enfrentándonos a peligros en cada esquina, Luke y yo logramos mapear prácticamente cada metro cuadrado de espacio que alcanzamos. El exogorth era un laberinto de túneles y cámaras interconectadas. Algunas de las cámaras estaban sumidas en oscuridad perpetua, mientras que otras estaban iluminadas con varios tipos de luminiscencia, ya fuera generada biológicamente o de otro modo.

Los símbolos brillantes aparecieron varias veces más. A veces, consistían en escritura que Luke revisaba durante horas, tratando de descifrar sus misterios. Otras veces eran pinturas: florituras, destellos y cruces de líneas que se entrelazaban para mostrar escenas impresionantes que abracaban toda la pared. Las observábamos como si estuviéramos frente a la mismísima galaxia, llena de remolinos y vueltas. Estos tapices de luz eran tanto mapas como territorios.

—Quienquiera que fueran, eran artistas fantásticos —dijo Luke.

Tuve que estar de acuerdo. Pero, por mi parte, estaba admirando a otro gran artista: las leyes de la naturaleza que hacían posible la existencia del exogorth.

Las distintas cámaras presentaban una variedad de climas, de fauna y flora, como si se tratara de planetas individuales conectados por el hiperespacio. Pasamos a través de unas cámaras llenas de niebla y pobladas por plantas-animales de silicio, que parecían rezumar y caminar a la vez; gateamos a través de túneles húmedos, casi tropicales, que estaban densamente cubiertos de hongos similares al musgo, que sabían a especias y nos provocaron sueños lúgubres; caminamos por cavernas pantanosas donde enormes criaturas que parecían serpientes se asomaban del estiércol de vez en cuando y nos observaban con ojos brillantes que sobresalían de sus tallos.

—Nadie va a creer nada de esto —dije—. A nadie se le habría ocurrido buscar vida dentro de un exogorth.

—Nadie me creyó tampoco cuando me dispuse a recuperar el conocimiento de los jedi —dijo Luke.

—¿Acaso los jedi no son un mito más que nada? —pregunté.

—Tanto como nuevos mundos que aguardan ser descubiertos dentro de babosas espaciales —dijo él.

—Pero la magia no es lo mismo que la ciencia.

Él se rio al escuchar esto.

—La magia verdadera siempre es el conocimiento. La galaxia es cognoscible y eso la hace maravillosa.

Ocasionalmente, caíamos en trampas o nos perseguían monstruos. Sin importar que las criaturas que nos encontrábamos fueran parásitos o simplemente órganos semiindependientes de la babosa espacial, Luke siempre se las arreglaba para sacarnos de esos problemas. La babosa espacial debe haber estado harta del dolor de estómago que le estábamos provocando mientras seguíamos desafiando sus intentos de matarnos y digerirnos.

Yo tomaba notas copiosas y dibujaba bocetos. Luke y yo discutíamos mis teorías y especulaciones biológicas sobre los miniecosistemas con los que nos topábamos en el camino. También hablábamos de la escritura y los dibujos luminosos, y Luke me explicaba que pensaba que podían estar relacionados con la religión jedi. La recolección de conocimiento frente a nuestra muerte segura nos mantenía cuerdos y nos daba fuerza para seguir adelante, paso a paso, pelea tras pelea.

Hasta que cierto día, dimos una nueva vuelta y salimos a una cámara en la que no habíamos estado antes.

La cámara semiesférica estaba cubierta por una suave alfombra de vegetación que asemejaba pasto, y todo el techo resplandecía con un brillo nacarado, mucho más iluminado que todos los otros lugares que habíamos visto. En la pared del fondo, la estructura que sobresalía era una especie de altar construido con rocas cuidadosamente apiladas. A pesar de todas las maravillas que habíamos visto, esta cámara nos dejó sin aliento.

—Creo que esto fue construido por *ellos* —dijo Luke. No hacía falta que explicara a quiénes se refería.

Nos acercamos al altar y encima vimos un grupo de esculturas de tamaño real. Había tres esculturas: una de un humano y dos de especies insectoides. Las tres portaban túnicas sueltas y las tallas en los pliegues de la ropa eran tan intrincadas que parecían ondear en una brisa.

—No hay signos de erosión —dijo Luke—. Parece que las tallaron ayer. No puedo ni imaginarme cómo es esto posible.

Las tres figuras estaban de pie en un círculo y todas veían hacia arriba, hacia el cielo brillante del domo. Aunque no podía descifrar la expresión en el rostro de las estatuas insectoides, la cara de la mujer se encontraba en un estado de calmado arrobo, como si

estuviera orando. Había más escritura brillante cerca de los pies de las figuras, aunque seguíamos sin poder leerla, salvo el símbolo que Luke creía que significaba «niebla».

—La belleza es un lenguaje propio —dijo Luke. Se sentó frente al altar, se recostó y admiró las estatuas. Yo me senté junto a él e hice lo mismo.

—Probablemente las hicieron antes de morir —dije—. Este fue su último gesto desafiante para el universo, para proclamar que estuvieron aquí.

—No está mal para un último mensaje.

Una sensación de paz nos invadió: el cansancio de tantos días de caminata, de recorrer el laberinto dentro de la babosa espacial, de siempre tener que estar alerta, desapareció. De algún modo, sabía que estaríamos a salvo ahí. Era un lugar espiritual, un refugio.

Nos quedamos dormidos.



—¡Despierta! ¡Despierta!

Desperté confundida y aturdida. Luke me sacudía de los hombros y señalaba las estatuas. Volteé a verlas y toda la somnolencia desapareció de mi cuerpo. Mi corazón empezó a latir fuertemente.

Las tres estatuas se habían movido mientras dormíamos y nos estaban mirando desde arriba. Los ojos compuestos de los dos insectoides parecían panales, mientras que la mirada de la mujer era plácida y cálida; la luz de la vida brillaba en sus ojos de silicato. Estaba inclinada hacia nosotros, con las manos estiradas.

—Yo… no entiendo —dije.

Luke dio unos cuantos pasos y se acercó a las estatuas.

—¡No! —le grité. Las visiones de cómo habíamos ingresado a la babosa espacial me atormentaban. ¿Qué tal si se trataba de otra trampa? ¿Qué tal si simplemente estábamos viendo lo que más deseábamos ver? ¿Acaso la esperanza no es también el mejor señuelo y carnada?

Pero el rostro de Luke se veía extático.

—Es seguro. Puedo escucharlos.

—¿Escucharlos? ¿De qué estás hablando?

Me hizo una seña con la mano para que guardara silencio y caminó hasta el altar. Se inclinó ante las tres figuras y alzó las manos suplicantemente hacia la mujer, tocando sus dedos de piedra.

Luke se estremeció como si le hubiera caído un rayo.

Corrí y traté de separarlo de la estatua, pero no pude. Su cuerpo se puso tieso, al mismo tiempo que sus movimientos se ralentizaban más y más. Parecía haberse vuelto parte de la estatua y que esta le estaba succionando la vida. Grité de desesperación.

Luego, la soltó y cayó al suelo, jadeando. Corrí a su lado y acuné su figura débil en mi regazo. El sudor empapaba su rostro y se veía tan exhausto como si hubiera hecho un enorme esfuerzo físico. Sin embargo, su rostro tenía una expresión de fascinación absoluta.

—Los escuché. Los escuché.



Ha pasado mucho tiempo…

Alguna vez, la galaxia fue un lugar totalmente distinto. Las estrellas eran más jóvenes y estaban más cerca entre ellas, y algunos de los globos que giraban a su alrededor seguían siendo puros, sin formar. Pero el espíritu viajero era igual de fuerte y el sentido de lo maravilloso, igual de insaciable.

Nosotros tres, Shareen, Awglk y Wkk'e, éramos tejedores maestros de la Niebla Luminosa. Nuestro arte consistía en anudar y entrelazar las cuerdas de la Niebla que acunaban a todas las especies pensantes y conectaban los mundos más alejados entre sí para crear retratos brillantes de la magnificencia de la Niebla que todo lo abarca. La Niebla nos conecta a todos y crece desde todos nosotros; le proporciona alegría al canto de las aves y la danza de los cwilik; levanta a los oprimidos con risa; consuela a los que se han quedado atrás cuando sus seres queridos se han fusionado con la Niebla del Más Allá; es la esencia más brillante que pulsa con cada célula de nuestro ser, mucho más importante que la superficialidad de nuestras corazas materiales.

Viajamos a lo largo de la galaxia buscando nuevas maravillas que pudiéramos representar en nuestro telar, para proporcionarle inefable forma y color.

Un día, aterrizamos en un cinturón de piedras esparcidas por el espacio como un rastro de migajas en un bosque oscuro. La sensación de presagio era palpable.

Chispas brillantes destellaban entre las piedras y bailaban sin parar. Inquietudes. Emociones. Aventuras.

Lo sé, un Tejedor de la Niebla no debe desear estas cosas.

Pero en el corazón no se manda, así que seguimos a las chispas de luz.

Caímos en la trampa, como naves que caen por un pozo de gravedad. Quedamos atrapados dentro del vientre de la bestia. No había rastros de migajas que nos llevaran hasta la salida. Dimos vueltas en círculos, torciendo, enrollando, girando, como un transporte atrapado en una ida y vuelta interminable que no lleva a ningún patrón nuevo, ningún avance, ninguna salida.

Nos sentamos, listos para morir.

Wkk'e fue la única que no se daba por vencida; estaba en su naturaleza, pues los miembros de su especie pasaban de la etapa de larva a la etapa adulta de la siguiente manera: se encerraban en un capullo, en el cual los niños dormían y soñaban en Largo Sueño.

—¿Qué tal si construimos capullos para nosotros mismos usando la Niebla Luminosa? —preguntó ella.

Así que tejimos nuestra obra maestra, el tejido más hermoso en toda la historia de los Tejedores de la Niebla. Hilamos la forma sin forma de la Niebla Luminosa para crear hilos de seda resistentes que contenían las dimensiones ocultas del universo; los enrollamos para crear un estambre que fuera lo suficientemente fuerte como para atar al tiempo; los tejimos para crear una cubierta con la cual nos envolvimos para ralentizar el tiempo a paso de tortuga: un sudario y una capa de nacimiento a la vez.

Dentro de este capullo, los tres esperamos. Estiramos un tiempo de vida normal y lo convertimos en miles. Al pasar un eón en el gran universo, adentro había transcurrido apenas un segundo. Esperamos mientras la bestia que nos había tragado crecía. Esperamos mientras más aventureros entraban después de nosotros y morían después de su corta estancia. Seguimos esperando mientras olvidábamos qué más hacer; estábamos satisfechos con dejar que el tiempo nos fuera devorando, incluso si nuestra intención era detener su marcha.

De vez en cuando, cuando llegaban visitantes, hacíamos a un lado unos cuantos hilos del capullo y dejábamos entrar un poco de tiempo. Nos gustaba observar a los desconocidos.

—Este es inusual —dijo Wkk'e.

—Sí, yo también lo siento —dijo Awglk—. Nunca había visto un Corazón de Niebla tan brillante. Es más brillante que mil soles.

Admiramos al Corazón Brillante por un rato y luego me percaté de algo más.

—Presiento una putrefacción en la Niebla —dije. Habían pasado milenios desde la última vez que nos habíamos asomado fuera del capullo para observar el gran universo lleno de Niebla—. Hay tantos hoyos en la Niebla. Ha llegado una oscuridad a corromperla.

El dolor de ver que nuestra amada Niebla estaba tan corrompida era una tortura.

—Corazón Brillante desea restaurar la belleza de la Niebla —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Wkk'e.

—Corazón Brillante quiere lo que todos los corazones brillantes quieren —dije.

—Pero está atrapado aquí, al igual que nosotros —dijo Awglk.

Atrapados. Creí que habíamos encontrado una manera de escapar a la muerte, pero sólo nos habíamos dejado tentar por el miedo a la muerte; eso fue lo que nos había llevado a aprisionarnos en estasis. No me había percatado de lo mucho que extrañaba el flujo turbulento del tiempo, las violentas palpitaciones de la esperanza. Hasta que llegó Corazón Brillante.

—Debemos ofrecerle nuestra ayuda —dije.

Y les expliqué cómo.

Wkk'e y Awglk se quedaron en silencio por un rato.

—¿Estás segura? —preguntó Awglk.

—No —le respondí—. No estoy segura. ¿Acaso estábamos seguros del futuro el día que caímos aquí? Ninguno de nosotros puede estar seguro del futuro. Pero podemos albergar esperanza. Y sin esperanza, nunca sabremos.

Wkk'e y Awglk respondieron tal como yo sabía que lo harían, citando al Libro de la Niebla Luminosa: «La esperanza es el corazón conocedor de la Eternidad».



—El tiempo fluye increíblemente lento para ellos. Incluso si pueden acelerar el flujo haciendo pequeños cortes al capullo, les tomó todos los días que hemos estado atrapados en el exogorth poder tener esa breve conversación.

Luke trató de explicarme la oferta de los Tejedores de la Niebla. Habló de lo mucho que aún no entendía sobre la Fuerza, de sabiduría antigua y de artes perdidas; describió la manera en que podía convertirse en energía y viceversa; dibujó imágenes con un palo en el suelo cubierto de musgo para mostrarme la forma en que los capullos podían desenrollarse en un instante para liberar eones de tiempo reprimido, como una gran inundación que había sido contenida con una presa hasta ser liberada con una explosión.

Para ser sincera, no entendía la mayor parte de lo que decía. Lo único que sabía es que los Tejedores de Niebla habían ideado la manera de salvarnos.

—¿Quieres decir que hay forma de salir? —exclamé—. ¡Eso es maravilloso!

—No pueden desbaratar los capullos ellos mismos —dijo Luke. Su voz temblaba, y presentí que algo terrible y trascendental estaba a punto de ser revelado, incluso si no entendía del todo la importancia de sus palabras—. Tengo que cortar los capullos con mi sable de luz para abrirlos.

—¡Entonces hagámoslo! —dije. El calor de la esperanza invadía mi pecho, ahogando así la vaga sensación de temor.

—No lo entiendes —dijo Luke—. Morirán.

Sus palabras golpearon mi corazón y eran tan pesadas como rocas. Tropecé hacia atrás.

—Oh.

Traté de pensar en algo más apropiado que decir, pero mi mente estaba en blanco, abrumada por esta revelación.

Volteé a ver a Luke y analicé nuestra situación. Había lesiones en nuestros rostros y nuestras heridas no habían sanado del todo. La comida que habíamos encontrado en el exogorth era deficiente en cuanto a ciertos nutrientes y no del todo compatible con nuestro metabolismo. A pesar de que habíamos intentado mantener una actitud positiva, nuestros cuerpos estaban empezando a fallar, lenta e inexorablemente. El capullo de la decadencia se apretaba alrededor de nuestros cuerpos y sabía que nos volvíamos más débiles y enfermos con cada día que pasaba. No duraríamos mucho más.

Los ojos de Luke estaban clavados en las estatuas. Se quedó ahí sentado, sin moverse, como si él mismo se hubiera vuelto de piedra.

Una cosa era sacrificarte a ti mismo por algo en lo que creías, pero ¿qué tan pesada podía resultar la carga de aceptar el sacrificio de alguien más?



Observé cómo el rostro de Luke pasó por todo un rango de emociones: pesar, arrepentimiento, terror, enojo.

Lo observé recorrer la cámara de un lado a otro y recriminarles a las estatuas, suplicándoles que le dieran otra solución.

Lo observé hundirse en el suelo con desesperación, colocando la cabeza entre sus manos.

Murmuraba para sí mismo y sólo alcanzaba a entender fragmentos de algunas oraciones.

—He presenciado demasiados sacrificios… Obi-Wan… Si tan sólo el Maestro Yoda me hubiera enseñado… No puedo… Inútil…

Lo dejé solo con sus pensamientos y me fui a recolectar comida y agua. No soportaba ver cómo luchaba con ese peso insoportable y no sabía cómo ayudarlo.

Cuando regresé, vi que Luke había entrelazado sus manos nuevamente con las de la estatua de la mujer. Su cuerpo temblaba violentamente.

Alarmada, corrí para ayudarlo, pero él se soltó y cayó hacia atrás. Lo atrapé antes de caer al suelo y lo sostuve.

—Una vez, vi cómo un querido amigo, que también era mi maestro, se enfrentaba a la personificación de la maldad en un duelo —susurró.

Yo escuché lo que decía, consciente de que no requería respuesta de mi parte.

—Sabía que no podría vencer a su oponente por la fuerza; sin embargo, tenía que salvarme a mí y a nuestros amigos. Así que cuando se dio cuenta de que yo estaba cerca de la nave que nos alejaría del peligro, dejó de pelear y permitió que su oponente lo atravesara. Pero, en realidad se había separado de este mundo y había pasado a formar parte de la Fuerza. Lo que el enemigo había atravesado no era más que una capa vacía.

Sólo alcanzaba a imaginar la impresionante e inspiradora escena que resumían esas simples palabras.

—Sorprendido, el enemigo enfocó toda su atención en la capa desechada y se olvidó de mí y de mis amigos. Esa fue la intención de mi maestro: usarse como señuelo para distraer al monstruo. Escapamos, y nunca he podido olvidar la mirada que mi maestro me lanzó antes de morir.

La voz de Luke cobraba fuerza. Había emergido de la desgarradora lucha que había en su corazón.

—Era una mirada llena de paz y satisfacción. Sin miedo, sin ira, sin arrepentimiento ni dolor. Se volvió más fuerte de lo que su enemigo habría podido imaginar porque sabía que era momento de dejarse ir. Confió en la Fuerza. Fue una lección que aún me cuesta trabajo aceptar…

Señaló las estatuas.

—¿Ves el rostro de ella? Tiene exactamente la misma expresión que tenía mi amigo y maestro antes de desvanecerse y unirse a la Fuerza.



Luke encendió su sable de luz y lo encajó gentilmente en el espacio que había entre las tres estatuas. Arcos de energía crepitante conectaron al sable de luz con Luke y con los Tejedores de la Niebla.

No había miedo en su mirada, ni arrepentimiento, ni ira. Sólo una profunda y respetuosa reverencia.

Las estatuas brillaron cada vez con más intensidad. Podía sentir el calor que emanaba de ellas. Retrocedí instintivamente y traté de que Luke hiciera lo mismo.

—No —dijo él—. Todo está bien. Deja ir tus miedos. —Su voz estaba impregnada de una fe y confianza absolutas.

Me hizo un gesto para que bajara el visor de mi casco y así lo hice.

Las estatuas parecían estar hechas de hierro fundido. Eran tan brillantes y producían tanto calor que tuve que cubrir mi rostro. Parecía imposible, pero la intensidad de su brillo seguía en aumento.

Con un paso lateral rápido y ágil, Luke movió el sable hacia abajo, como si cortara una cubierta brillante que envolvía a las figuras deslumbrantes.

Bajó su sable de luz, dio un paso hacia atrás y se inclinó respetuosamente frente a las estatuas antes de bajar su visor.

Me arriesgué a asomarme por el espacio entre mis dedos. Las estatuas estaban cobrando vida, como si fueran figuras de cera derritiéndose. La mujer abrazó a sus compañeros y no pude distinguir si la expresión de su rostro era de pena o de alegría.

Luego, una sonrisa tranquila apareció en su rostro, y lo único que podía ver en su mirada era resolución.

«Ahora», parecía decir.

Luke extendió sus brazos para protegerme.

Entonces el mundo desapareció a mi alrededor con la luz de mil estrellas recién nacidas.



Había un cráter nuevo y gigante en uno de los lados del asteroide. Nosotros nos encontrábamos acostados sobre su borde, jadeando dentro de nuestros trajes, como dos peces que la marea acabara de arrastrar a la playa.

Después, mientras nos tambaleábamos de regreso a la seguridad del A-Wing y Luke se quitaba su casco, vi que tenía rayas húmedas en el rostro.

—Existen patrones en la Fuerza, así como la marea sube y baja —dijo él. Tal vez hablaba consigo mismo; tal vez me hablaba a mí—. Las acciones del pasado tienen repercusiones en el presente. Los Tejedores de la Niebla fueron atraídos aquí eones atrás por chispas brillantes; nosotros fuimos atraídos aquí por las mismas chispas. Mi maestro actuó como carnada para salvarme; nosotros nos salvamos de la parvada de monstruos con otra carnada. Mi maestro se liberó del miedo y la duda para salvarme; los Tejedores de la Niebla se liberaron del miedo y la estasis para salvarnos. Una vez observé mientras mi maestro moría y me sentí inútil; hasta ahora entiendo que aceptar el sacrificio de aquellos que nos aman y compartir nuestros ideales es el primer paso para ser más poderoso de lo que uno podría imaginar.

Honestamente, era un discurso demasiado místico como para que yo lo entendiera del todo. Nunca fui muy versada en lo que respecta a los principios de la antigua religión de la Fuerza.

Pero recordé la manera en la que Luke había mantenido vivas las llamas de la esperanza en mí, y la manera en que me había protegido y rescatado, incluso arriesgándose a salir herido; la manera en que se había asegurado de que no dejara de admirar las maravillas que me rodeaban. Era mi amigo y estaba agradecida por el hecho de que sus sacrificios me hubiesen liberado de la trampa de la desesperación y la tentación del abatimiento para amar aún más la galaxia.

Entendía lo suficiente.



—Lamento que todas tus notas se hayan destruido durante el escape —dijo Luke.

Nos encontrábamos en un lago cubierto de hielo en Agoliba-Ena, en donde estaba determinado a completar el estudio.

—Habrá otras oportunidades —le dije—. Tengo pensado cambiar mi especialidad a exogorths.

—¿Estar dentro de uno no fue suficiente?

—Me tomará un largo tiempo procesar todo lo que he visto y quién sabe qué otras maravillas están ocultas dentro de otros.

—En la galaxia siempre hay más conocimiento que buscar —me dijo esbozando una sonrisa de comprensión.

Asentí y dio un paso hacia atrás.

El A-Wing despegó, dejando a su paso un rastro derretido y fangoso en el lago. Observé a la nave desaparecer en el cielo, consciente de que tendría que enfrentarme a una batalla cuesta arriba durante el resto de mi vida para lograr que las personas creyeran en lo que había visto. El interior de la babosa espacial era grande, muy, muy grande, como el universo oculto dentro de todos y cada uno de nosotros, como la eternidad oculta dentro de cada segundo.

«La galaxia es cognoscible y eso la hace maravillosa».

Pero no me importaba. Para mí, haber tenido un vistazo de lo que nadie más había visto era suficiente. Haber presenciado cómo la Niebla que cubre todo el universo se despejaba por un segundo para revelar el corazón brillante de asombro y esperanza que esconde debajo era suficiente.

SUEÑOS Y HÉROES

LOS FATHIERS GEMÍAN DE vez en cuando en su sueño. ¿Quién podría decir qué clase de sueños tenían?

La *Wayward Current* se deslizó por el cielo sobre Canto Bight como una hoja volando en el viento y aterrizó gentilmente entre las brillantes cúpulas de placer que estaban conectadas por collares de pasillos arqueados. Acurrucada a los pies de imponentes montañas junto a la costa, la ciudad era como una enjoyada emperatriz sentada en su trono, mojando sus dedos en el mar.

Ejércitos enteros de droides estibadores se pusieron en movimiento, conectando mangueras de aire, conductos de suministro, cintas transportadoras de carga, además de tuberías para cargar agua y drenar aguas residuales.

Las compuertas de la popa de la nave se abrieron, y torrentes de agua fresca y limpia fueron vertidos en la sentina, disolviendo y diluyendo el sucio lodo mientras la basura y las manchas de grasa flotaban en la superficie ascendente. Del otro lado de la nave, la proa, el puerto de acceso redondo se abrió y la mugrienta marea, llena de vegicus muertos, percebes espaciales que no podían sostenerse al casco, langostas de aguas residuales, más tres marineros jóvenes, una polizona y un droide custodio, se desparramaron fuera de la nave en una amplia tubería de aguas residuales.

—¡Esperen!

—¡Toma mi mano!

—¡No te sueltes!

—*¡DWEEP dweep!*

—¡Te tengo! ¡No te soltaré!

—Lo sé.



Cayeron fuera de la tubería en una enorme piscina del tamaño de un lago pequeño. Ahí, se asentarían y filtrarían las aguas residuales, y se reciclaría el agua para usarla en el muelle. Jalando, pateando y manteniéndose mutuamente a flote, el grupo de aventureros salpicó hasta llegar a la orilla de la piscina y subió a tierra.

Ni siquiera las autoridades del lugar consideraban necesario vigilar la piscina de recuperación de aguas residuales.

—Bienvenidos a Canto Bight —le dijo G'kolu a los otros con un gesto dramático. El chapuzón en la piscina había a ayudado a lavar la mugre que habían acumulado durante su tiempo en la sentina, aunque sus ropas tardarían un poco en secar.

Deleitados, revisaron sus alrededores. Había grandes domos que se asomaban por encima y alrededor de ellos, cada uno más grandioso que el anterior. Estos estaban iluminados desde el interior, mediante luces brillantes de todos los tonos del arcoíris. Parecían medusas que se alzaban sobre el cielo, el cual todavía tenía el característico tono índigo previo al amanecer. Las naves pasaban volando por los aires en todas direcciones. La música estruendosa y los anuncios llenaban sus oídos, mientras que el olor de miles de perfumes y comida exótica asaltaba sus narices (y cuernos). En la distancia se escuchaban olas de ruido de multitudes que aclamaban; el sonido aumentaba y disminuía como un océano invisible.

—Debe ser la pista de fathiers —dijo G'kolu.

—Así que esta es la galaxia —dijo Flux con una sonrisa de fascinación en el rostro. Volteó a ver a los otros—. Gracias por ayudarme a ver más de ella.

—¿Crees que Luke Skywalker esté aquí? —preguntó G'kolu emocionado—. ¿Por eso viniste aquí?

Flux cerró los ojos y pareció intentar tocar con la mente el aire cacofónico que la rodeaba. Los otros contuvieron la respiración y la observaron atentamente.

Ella abrió los ojos y negó con la cabeza.

—Oh —dijo Teal. Estaba decepcionada.

—Les dije que no existía esa supuesta Marea —dijo Tyra.

—No es así —dijo Flux—. Luke no está aquí. Pero la idea de Luke nos unió a todos. Así es como funciona la Marea. ¿No les alegra que nos hayamos conocido? De ahora en adelante, sin importar lo lejos que estemos el uno del otro, estaremos conectados por la experiencia que hemos compartido, por esta noche. Esta es nuestra historia y es la mejor historia de todas.

—Todos somos Luke Skywalker —dijo G'kolu, y sus cuernos se irguieron alegremente.

—Nos levantamos mutuamente —dijo Tyra.

—Y tenemos que regresar antes de que Tuuma enloquezca el ver que no estamos ahí para descargar la nave —dijo Teal.

G2-X emitió una serie de bips dirigidos a Flux y ella usó su túnica para limpiar un poco del lodo que se había atascado sobre su fotorreceptor.

—Cuídate —dijo Teal. Ella y Flux se abrazaron.

—Confía en la Marea —dijo Flux.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Teal.

Flux se dio la vuelta y se alejó del lago. Su túnica blanca y sencilla destellaba en las brillantes luces multicolores de la metrópolis. Pronto, su figura se desvaneció en el agitado tránsito.

—Vamos —dijo Teal. Mantuvo un tono de voz bajo, con la esperanza de que los otros no escucharan que se le quebraba la voz o vieran las lágrimas en sus ojos.



En el muelle de carga, los marineros se toparon con Dwoogan y Ulina.

—No los vi en el desayuno —dijo Dwoogan—. ¿Se llenaron demasiado anoche con esas colas de vegicus?

—Para nada —dijo G'kolu—. Nos levantamos temprano y queríamos echar un vistazo a los casinos antes de empezar a descargar.

—¿En serio? —dijo Ulina. El parche de su ojo brilló con un tono naranja de sospecha—. Yo estaba en el compartimento de carga antes de que la nave atracara y nunca vi salir a ninguno de ustedes.

—Estábamos… eh… —Tyra y Teal voltearon a verse con desesperación.

—Nos escabullimos al esquife del capitán cuando él se marchó para ver al jefe portuario —dijo G'kolu—. Usted sabe que nunca nos dejaría montarlo, así que simplemente saltamos a la parte trasera una vez que él se acomodó. Con ese cuerpo, no es como si pudiera darse la vuelta fácilmente, ¿cierto?

Dwoogan rio de alegría.

—Eres muy descarado.

—No me llaman el Grasoso por nada. Soy ágil.

—Saben que el capitán detesta que… —empezó a sermonearlos Ulina.

—¿Va a decirnos que nunca intentó algo así cuando era marinera?

Ulina suspiró y sacudió la cabeza. Su parche brillaba con un tono aguamarina afectuoso y suave.

—Vayan a ocuparse de los fathiers y prepárenlos para ser descargados.

—¡Sí, señora!

—Les dejé un poco de comida extra en la cocina —añadió Dwoogan.

—Si terminan antes de tiempo —dijo Ulina—, les daré permiso para bajar a tierra más temprano esta tarde.

Los marineros gritaron de alegría.

—¿Y qué me dicen ustedes dos? ¿Qué piensan hacer en Canto Bight? —preguntó Teal.

—Apostar en unas cuantas carreras —dijo Dwoogan.

—Buscar a algunos viejos amigos para intercambiar historias —dijo Ulina.

—Oh, nosotros ya tenemos muchas historias excelentes —dijo Tyra.

—Apuesto a que sí —dijo Ulina—. Por la manera en que se retuercen los cuernos de G'kolu, me doy cuenta de que no se han estado comportando muy bien que digamos.

—¡Ey!

Mientras los seres orgánicos seguían bromeando, el droide custodio G2-X se alejó desplazándose sobre sus ruedas. Había permanecido lejos de una fuente de energía mucho más tiempo de lo que estaba acostumbrado, y empezaba a sentir los efectos de su noche de esfuerzo.

Mientras la conversación detrás de él se desvanecía, G2-X dio vuelta en la esquina y encontró una toma de corriente. Se conectó y activó el modo de bajo consumo de energía. Ansiaba soñar con fathiers electrónicos y bares llenos de los cargadores de energía más puros.

Brevemente, y antes de que sus circuitos cognitivos pasaran a la fase de asociación libre, se preguntó con qué soñarían los marineros cuando se fueran a dormir. Esperaba que sus sueños estuvieran llenos de aventuras en una galaxia más maravillosa y hermosa que la que se podría crear en las historias más alocadas.

Estaba seguro de que ellos serían los héroes de esas aventuras, cada uno de ellos un Luke Skywalker.

